

REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:

ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO X

SANTIAGO DE CHILE
1920

UNA OPINION DISCORDANTE

ACERCA DE LAS CAUSAS DE LA BAJA NUPCIALIDAD Y DE LA ALTA NATALIDAD ILEGITIMA EN CHILE

El hecho cierto de la baja nupcialidad en Chile y de la enorme natalidad ilegítima, que es su consecuencia, tiene justamente alarmado al país. Chile es el país de mayor natalidad, con un coeficiente de treinta y nueve por cada mil habitantes en un año; sólo lo superan Rumania y Bulgaria, y de menor nupcialidad, seis matrimonios de término medio por cada mil habitantes, sólo le sigue Suecia.

La opinión pública formada por los políticos en el Parlamento y los periodistas en la prensa, culpa a la ley de Matrimonio Civil, que rige desde 1885 de este mal que viene desde la época de la Colonia, tan extendido en los primeros tiempos, que no es exagerado decir que el pueblo chileno tiene su origen, en gran parte, en la poligamia de los conquistadores.

Señalado el mal, el criterio político de los unos ha encontrado el remedio específico en la precedencia del matrimonio civil al religioso; el criterio de los otros, en dar valor legal al matrimonio religioso, dejando la Oficina del Registro Civil, como archivo de actas matrimoniales.

Esta convicción tan generalizada que señala a la ley de Matrimonio Civil, la que hay, por consiguiente, que modificar, como única causa de la viciada constitución de gran parte de las familias chilenas, proviene de la falta de una estadística completa, tanto de los matrimonios civiles como de los religiosos.

y de su errónea interpretación; de la carencia de lógica para apreciar los hechos sociales, cuyas causas son tan múltiples y complejas que es inaceptable este criterio simplista, que indica una sola causa concreta; de ser cierta la campaña de oposición y desprecio hecha por el clero a esta ley, durante los primeros años de su promulgación; de la común tendencia a generalizar prematura o superficialmente; del proselitismo que hace pensar a los católicos, que el país también es católico con raras excepciones y a los librepensadores desdenar el vigor y resistencias de las creencias religiosas; de la política en que están empapados los hombres dirigentes, la prensa y la opinión pública, y del carácter peculiar de nuestra política misma que gira toda ella alrededor de la cuestión religiosa.

Si se examina la estadística desde el año 1848 hasta 1914, aun cuando solo los datos desde el establecimiento del Registro Civil son dignos de crédito, se verá en general un descenso constante de nupcialidad en el transcurso de esos años, con un aumento de matrimonios muy marcado en los años de holgura, que siguieron inmediatamente después de los descubrimientos de California y Caracoles y los de expansión del salitre que siguieron a la Guerra del Pacífico, anteriores a la vigencia de la ley de Matrimonio Civil, y una disminución en las épocas de crisis económica y desde la promulgación de dicha ley, esta última, muy profunda, duró más o menos diez años y fué ocasionada por la indebida propaganda del clero en contra de la referida ley.

Esta campaña del clero hizo apresurar los matrimonios de los nupcientes antes que entrara a regir la ley de 10 de Enero de 1884, lo que explica el exagerado aumento de matrimonios de ese año.

Después de esos años de apasionamiento, el clero fanático con raras excepciones, ha callado y dejado hacer, el clero culto que lo constituye la casi totalidad del clero nacional ha recomendado a los feligreses a quienes casaba, que legalizaran su unión ante el Oficial del Registro Civil, y últimamente el Arzobispo de Santiago, Iltmo. Sr. Crecente Errázuriz, prelado ilustre y sabio, ha enviado una pastoral a los curas párrocos encareciéndoles que «enseñen al pueblo que es obligación de

conciencia el inscribir el matrimonio en el Registro del Estado Civil, para evitar gravísimos daños espirituales y corporales».

Esto ha acontecido, porque todo evoluciona, aun aquellas instituciones o creencias tenidas por inmutables, se acomodan a la evolución de las ideas, a los descubrimientos de la ciencia, por medio de interpretaciones ingeniosas, conservando sólo en apariencia su rigidez de antaño.

Como a una baja nupcialidad corresponde siempre una alta natalidad ilegítima, he tomado los siguientes datos estadísticos:

En el año 1852 hubo 7,6 de matrimonios por cada 1.000 hab.

»	»	»	1865	»	5,7	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1866	»	5,5	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1874	»	8,1	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1878	»	5,9	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1884	»	7,2	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1885	»	2,	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1886	»	1,5	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1887	»	2,7	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1894	»	5,7	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1904	»	5,2	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1912	»	6,	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1913	»	6,	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1914	»	5,2	»	»	»	»	»	»
»	»	»	1917	»	5,5	»	»	»	»	»	»

El término medio cada diez años es desde el:

Año	1848	hasta	el. año	1857	7,3	%
»	1858	»	»	1867	6,1	»
»	1868	»	»	1877	7,4	»
»	1878	»	»	1887	5,3	»
»	1888	»	»	1897	4,5	»
»	1898	»	»	1907	5,3	»
»	1908	»	»	1917	5,7	»

Si la ley de matrimonio civil fuera la única causa o, por lo

menos, la más importante de la baja nupcialidad, no se explicaría cómo antes de la vigencia de la ley en los años 1865, 1866 y 1878 hubo 5,7, 5,5 y 5,9 de matrimonios por cada mil habitantes, respectivamente, y en los años 1912 y 1913, vigente ya la ley, hubo una proporción mayor de matrimonios, de 6%.

Hay, pues, causas varias de este fenómeno social, siendo las más importantes las económicas y morales.

En los años de holgura y bienestar desde 1852 a 1857, en que la producción agrícola alcanzó un alto precio de exportación como consecuencia de los descubrimientos auríferos de California, hubo un término medio de 7,6 matrimonios por cada mil habitantes; los años 1873, 1874 y 1875 que siguieron al descubrimiento del Mineral de Caracoles, hubo respectivamente 8,6, 8,1 y 8,1%: los años 1882, 1883 y 1884 de expansión de la industria salitrera, después de la guerra del Pacífico, hubo 7,1; 7,1 y 7,2, respectivamente. En cambio, los años de pobreza, de 1878 antes de la guerra; de 1891 de la Revolución; de crisis monetaria de 1895; de crisis salitrera de 1914 y 1915 hubo respectivamente, 5,9, 2,5, 5; 5,2 y 5,2, matrimonios por cada mil habitantes.

El encarecimiento progresivo de la vida y el aumento de exigencias sociales que obligan al hombre de sociedad a permanecer célibe en su juventud, explica también el descenso lento, pero constante de la nupcialidad, aun durante la existencia del matrimonio religioso con carácter legal.

La misma causa económica explica el hecho de que el mayor número de matrimonios corresponde a los territorios más ricos del país: Tarapacá, Antofagasta, Santiago y Punta Arenas.

Una estadística boliviana tomada de la obra «Pueblo enfermo», de Alcides Argueda, confirma lo dicho.

En la ciudad de la Paz, el año 1904, antes que se estableciera el Matrimonio Civil, la estadística daba por raza esta proporción de hijos ilegítimos:

Blancos 40%, mestizos 58% e indígenas 33%.

Todos son igualmente creyentes; pero el indígena es más moral que el mestizo y el blanco tiene más exigencias para formar una familia que el indio.

Para comprobar que las medidas que se han propuesto, conforme a las aspiraciones y programas de los partidos, son efí-

cientes, sería menester que la estadística nos dijera con toda claridad, que la mayor parte de los hijos ilegítimos, han sido procreados dentro de matrimonios bendecidos por la Iglesia y no sancionados por la ley, lo que no acontece, o que el número de matrimonios que indica la estadística del Registro Civil, fuera muy inferior al que señalan los registros parroquiales y aun en este caso, habría que establecer que la causa de la existencia de los matrimonios religiosos no legales, ha sido la intolerante desobediencia a la ley, por culpa del fanatismo de los contrayentes o de la propaganda del clero.

La cantidad enorme de hijos ilegítimos que señala la estadística da la medida de la extensión del mal, pero no señala sus causas; ello ha venido sólo a alarmarnos cuando la cifra de la estadística comparada, nos han abierto los ojos para ver la situación desmedrada en que nos encontramos respecto de otras naciones. En 1914, la proporción de hijos ilegítimos fué de 37,4%; en 1915 de 36,8%; en 1916, de 38,1% y en 1917 de 39,1%, en tanto que en Holanda fué de 1,9% y en Argentina de 21,2%, lo que constituye una vergüenza para nuestro país.

Si hubiera habido estadística en los primeros tiempos de la Colonia, época no religiosa, sino fanática y monacal, habría señalado mayor número de hijos ilegítimos que legítimos, porque así se formó en gran parte nuestro pueblo, y así lo indican también las lamentaciones del clero, que fué impotente para luchar con la poligamia de los conquistadores.

No hace muchos años aun era corriente en nuestros campos encontrar hacendados que, como un resabio del antiguo derecho de pernada, seducían a todas las mozas guapas del inquilinaje, a quienes abandonaban después de tener familia. Recuerdo haber conocido a un viejo agricultor a quien se le achacaba la paternidad de cuarenta y seis hijos naturales. Esto se ha perdido por el aumento de independencia y dignidad que van adquiriendo los inquilinos, las facilidades de comunicaciones que permite a los jóvenes y acaudalados campesinos refocilarse en las ciudades y por la mayor cultura general que unos y otros han alcanzado.

Que la mayor parte de los hijos ilegítimos, son procreados fuera de toda unión duradera o dentro de concubinatos que no han recibido siguiera la bendición religiosa, lo prueba el hecho

de que en la ciudad de Antofagasta, en donde la proporción de hijos naturales es crecida, los matrimonios efectuados, según el rito católico, son menos que los efectuados ante el Oficial del Registro Civil, y esto no puede achacarse a la población cosmopolita, porque contra ochocientos cincuenta y nueve matrimonios legales de chilenos efectuados en el año 1917, sólo se verificaron noventa y uno de extranjeros en toda la provincia.

En los años 1914 se efectuaron 382 matrimonios civiles y 259 religiosos; en 1915, 292 matrimonios civiles y 260 religiosos; en 1916, 311 matrimonios civiles y 228 religiosos y en 1917, 351 matrimonios civiles y 232 religiosos.

Esto sucede probablemente en los centros poblados del norte del país; en el centro y sur, acontece lo contrario, no porque se haga propaganda religiosa contra el matrimonio civil, sino porque el matrimonio religioso es más conocido, hay más facilidades para celebrarlo, no exige trámites engorrosos y caros a los viudos, los curas son más numerosos y están mejor distribuidos en el país que los oficiales del Registro Civil, efectúan matrimonios en días festivos, recorren sus parroquias bendiciendo matrimonios, en las misiones que dan en los campos casan a los que viven en mancebía y al moribundo, a quien confiesan, le imponen en esos momentos solemnes la obligación de casarse para obtener la absolución de sus culpas.

El matrimonio es evitado por los hombres del pueblo a causa de la ignorancia de la ley, de la falta de moralidad, del deseo de mantener la independencia que satisface su espíritu aventurero.

Mas, no sucede en todo el país lo mismo; una ley que presenta mucha analogía con la económica de la oferta y la demanda, establece, sobre quienes rechazan el matrimonio, una diferencia característica entre las provincias del norte y las del centro y sur del país.

En el centro y sur, son los hombres, que están en menor número que las mujeres, los que eluden el matrimonio; ellos son solicitados, les corresponde elegir y su espíritu aventurero rechaza el lazo demasiado estrecho del vínculo legal; en el norte, en donde las mujeres son las menos, ellas tienen la elección y ellas, muchas veces, rechazan el matrimonio que las ataría al

marido tirano, para continuar siendo libres de abandonar al hombre con quien viven; porque así, éste es sumiso, tierno, perpetuo pretendiente ante el temor de perder a la mujer que le cuida, le cocina, le lava y le alegra la monotonía de la vida del desierto.

Un administrador de una Oficina Salitrera me declaraba, que ellos preferían los concubinatos a los matrimonios legales, porque, en general, aquellos eran más tranquilos, más económicos y menos viciosos que éstos.

Esto puede acontecer, cuando la juventud dora y alegra con ilusiones hasta las melancólicas arideces de la pampa; pero cuando la concubina o el hombre envejecen, la realidad trae el despegó, el abandono y esto acarrea la miseria y la corrupción de los hijos.

La mayor suma de hijos ilegítimos no los da siquiera el concubinato, lo que sería un mal menor, sino las uniones temporales de mujeres seducidas por hombres de situación social superior; esto lo indica el crecido número de hijos ilegítimos únicos que viven con su madre y que generalmente llevan su apellido: más o menos el diez por ciento de estos hijos únicos ignora el nombre de su padre.

El mal ejemplo recogido en las callejas infames y en las habitaciones insalubres en que promiscuamente duermen varios hombres y mujeres; el abandono de las niñas por sus madres, a causa de la desidia o el trabajo; la carencia de educación moral; la ignorancia de los perjuicios que a los hijos acarrea la ilegitimidad; la labor penosa y mal remunerada de la mujer; la miseria; la falta de respeto al bello sexo común en todas las clases sociales; la vista cinematográfica inmoral; la novela perniciosa; el *flirt* sensual; la vanidad y ambición de lujo; la falta de sanción social y legal para el seductor que se vanagloria de sus hazañas; el encarecimiento de la vida unido al aumento de exigencias sociales, que obligan al hombre sin fortuna a permanecer célibe a veces hasta una edad avanzada; los inconvenientes que encuentran los contrayentes en la ley, si son menores o viudos, en la falta de Oficiales del Registro Civil, fuera de los centros poblados o en la incorrección de éstos, que en ocasiones cobran gajes indebidos; todo esto da y ha dado mayor número de hijos ilegítimos que la ley de matrimonio civil o la

intransigencia del clero contra esta ley, que ya ha desaparecido.

Es hipocresía social o política buscar otras causas o culpar solo a vacíos legales de la existencia de este mal que debe corregirse en consideración a los hijos ilegítimos a quienes castiga implacable e injustamente la ley y cuyo abandono por sus padres es en parte causa de la mortalidad infantil y de la degeneración de nuestra raza.

Si el concubinato ha tenido un aumento paulatino en los últimos años, como se asegura, no podría ser la causa de ello el fanatismo religioso que repudia el matrimonio civil, porque si así fuera, lógicamente habría existido también un crecimiento paralelo de fe religiosa y, a la inversa, lo que ha aumentado es la incredulidad.

Es cierto que algunas veces el matrimonio religioso ha servido para seducir a mujeres creyentes, que pensaban que el matrimonio civil se celebraría después; en estos casos, el cónyuge de mala fe, dados sus dolosos designios, si hubiera existido la precedencia del matrimonio civil al religioso, no habría celebrado uno ni otro, lo que no es ciertamente una ventaja.

A primera vista se puede establecer que el mal no reside principalmente en el fanatismo religioso, por el hecho de no existir creyentes de relativa ilustración casados por la Iglesia que no hayan al mismo tiempo legitimado su situación ante el Oficial del Registro Civil. En cambio, he conocido católicos observantes que de ningún modo contraerían únicamente matrimonio civil, porque ello violentaría sus conciencias, que viven en concubinato y tienen hijos. La causa es la vanidad social; no habiendo podido contraer matrimonio en su juventud por falta de recursos, tuvieron que aceptar la única situación compatible con sus entradas, situación que no se atreven a regularizar por no unirse legalmente a una mujer de esfera social inferior.

El caso remoto, excepcional, que ha podido existir de personas que hayan rehusado contraer matrimonio civil por escrupulo de conciencia, lo que en lo sucesivo no sucederá en virtud de la Pastoral del Arzobispo, no puede generalizarse hasta creer que todos los concubinatos existentes reconocen este origen y culpar de ello a la ley de matrimonio civil; con

el mismo criterio podría culparse a la ley de pensiones por existir varias mujeres que, por no perder su derecho a una pensión que se les ha concedido, como viudas o hijas solteras de militares o marinos, han contraído sólamente matrimonio religioso, o culparse a la ley de accidentes de trabajo, porque algunas viudas de obreros muertos en accidentes de trabajo vienen en concubinato por no perder la pensión que la ley les ha acordado.

A la opinión generalizada, natural en el vulgo, de dudosa sinceridad en los políticos, de que el sentimiento religioso que rechaza el matrimonio civil es la causa principal de la natalidad ilegítima, obedece la pertinacia de legislar sobre esta materia, proponiendo la reforma de la ley de Matrimonio Civil como medida única y eficaz, cuando es la de menor importancia de varias que deben dictarse.

Hasta en el programa de uno de los candidatos a la Presidencia de la República, se dice: «Necesitamos establecer la constitución legal de la familia, sancionando como ley, la precedencia del matrimonio civil al religioso».

Todos los proyectos presentados hasta hoy al Congreso sobre esta materia, tienen este defecto: no abarcar todas las causas del mal para remediarlo, en cuanto esto puede obtenerse por disposiciones legislativas.

Al proponer los conservadores como la medida más conveniente para mejorar la constitución de la familia, dar fuerza legal al matrimonio religioso, convirtiendo la oficina del Registro Civil en un simple Registro Conservatorio de actas matrimoniales, lo hacen suponiendo que en Chile, salvo raras excepciones, todos son católicos, lo que es inexacto; al proponer los liberales, para alzanzar el mismo objeto, solamente y sin excepción la precedencia del matrimonio civil al religioso, con sanciones penales a los sacerdotes que la infrinjan, han desatendido las otras causas de que proviene el mal y no han considerado las situaciones en que los sacerdotes no podrían cumplir la ley sin violentar sus conciencias, como sucede en los matrimonios *in extremis*, efectuados por el confesor del cónyuge que está en artículo de muerte. No habría cura que titubeara en efectuarlo, cualquiera que fueran las penas que se le impusieran y, juzgado este acto con criterio de creyente, sería lógica y justa su rebeldía.

La constitución de la familia es principalmente cuestión económica y moral; según esto, para corregir su mala organización es primario moralizar, educar, independizar económicamente a la mujer, mediante un trabajo bien remunerado, y secundario, establecer la precedencia del matrimonio civil al religioso, imponer obligaciones a los padres respecto de su prole ilegítima y facilitar el matrimonio legal.

Las medidas conducentes a estos dos últimos propósitos son: autorizar la investigación de la paternidad ilegítima para obligar a los padres a la alimentación y educación de sus hijos; disminuir la edad exigida a los nupciantes para contraer nupcias sin permiso; suprimir el trámite previo de inventario y nombramiento de curador a los hijos de los viudos que deseen contraer segundas nupcias, cuando el haber de la sociedad conyugal anterior fuere inferior a diez mil pesos; aumentar el número de los oficiales del Registro Civil y sus sueldos y exigirles que tengan abiertas sus oficinas en las horas en que los obreros descansan y en una o dos de los días festivos; establecer oficiales auxiliares del Registro Civil que recorran todo un departamento para que inscriban, gratuitamente y a domicilio, matrimonios fuera del recinto urbano de las aldeas o ciudades en que haya Oficiales del Registro Civil residentes, y establecer un matrimonio verbal, con los requisitos que se exigen para los testamentos de esta clase, en el caso de que uno de los contrayentes esté en peligro de muerte.

Todas estas medidas legales, incluyendo la precedencia del matrimonio civil al religioso, disminuirán sólo en parte la natalidad ilegítima.

Las leyes son ineficaces para concluir con hábitos inveterados, con costumbres contempladas como inofensivas y normales, con influencias atávicas de nuestros antepasados monógamos ante la ley, polígamos de hecho, con el ejemplo de los padres, sólo la educación orientada en sentido favorable al progreso moral y en un momento favorable también de evolución social puede cambiar lentamente las costumbres.

La correcta o viciada constitución de la familia de un pueblo no sólo depende de las facilidades o trabas legales que existan para contraer matrimonio, sino de la educación que

se reciba en el hogar y en la sociedad, de la vida fácil o dura, de la igualdad o desigualdad de derechos que tienen los dos sexos, establecidas por la ley o la costumbre y del concepto que el pueblo tiene del objeto de la vida, de la felicidad, de la virtud y del deber social.

El mejoramiento de esta situación de excesiva natalidad ilegítima, anormal, desdorante y perjudicial para el país, más que obra legislativa debe ser la obra mancomunada de todas las fuerzas espirituales del país: de los maestros en la escuela, de los padres en el hogar, de los periodistas en la prensa, de los literatos en la novela y en el drama, de los sacerdotes de todas las creencias en sus iglesias y de todas las asociaciones morales, religiosas o laicas, como logias, cofradías, federaciones y sociedades obreras de instrucción, de socorros mutuos o de temperancia, ligas de higiene o de defensa social.

Para alterar el modo habitual de obrar, hay que cambiar las ideas existentes, que en la conciencia son por sí mismas sentimientos que nos afectan y nos excitan.

A. CABERO.

Antofagasta, 14 de Mayo de 1920.

LA MUERTE DE PAN

¡Poetas! ¡Con fragantes tuberosas
la mustia sien ornemos!
La acorde lira en que Tirteo un día
cantó viril, la libertad de un pueblo,
hoy muda yace en el obscuro olvido
sobre las ruinas del altar heleno...

¿Qué mano audaz recogerá esa lira
y con seguro plectro
arrancará a sus cuerdas vibradoras
un gemido, un lamento,
cuando a la musa del dolor pidamos
una elegía por los dioses muertos?

¡Mirad! Ya se agostaron los rosales
en cuyas flores el cantor de Teos,
engalanó sus sienes cuando ufano
cantó el prestigio triunfador de Eros.

La zumbadora abeja ya no ronda
los lirios de Hineto,
ni el Cefiso confía en sus retansos
a la núbil ondina sus misterios;
ya no danzan los sátiros en torno
del asno de Sileno,

ni las hermosas ménadas, airadas,
con la flotante cabellera al viento,
a la rojiza luz de las antorchas
simulan las deidades del Averno...

Ya la sibila con su voz vibrante
no responde a los ruegos.
¡Arcadia ya no existe! En vano entona
su canto plañidero
la pastoril zampoña que otros días
cantó Ceres el fecundo imperio...

En vano evoca el corazón los manes
de los invictos adalides griegos;
en vano intenta del oculto enigma
penetrar hasta el seno,
e interrogando las vencidas razas
de mundo antiguo levantar el velo...
¡En vano! ¡En vano! El misterioso Olimpo
continúa en silencio.

.....

Era una tarde en que el otoño
sus últimos aromas daba al viento,
y *alfombraba* con hojas amarillas
los bosques del Taijeto.

A la sombra de un roble centenario
yacía Pan enfermo:
sobre su frente pálida aun lucía
la corona de pámpanos ya secos
que para adorno de su sien, las ninñas
en ruidosa bacanal tejieron

Abandonada sobre el césped, muda
—como la imagen del extinto ensueño—
la dulce flauta que pobló las frondas
de arrullos y de arpegios,
y oyera Apolo con el ama henchida
de cólera y de celos!

En torno suyo silenciosos faunos
contemplaban su rostro macilento,
con la agonía del que aguarda, surja,
de amantes labios el adiós postrero!

La noche descendía. Entre el ramaje
mecido por el cierzo,
se oye trinar un pájaro errabundo
y a su canto fatídico gimieron
las selváticas dríadas transidas
de inexplicable miedo...

«—Tembláis?—díceles Pan: llegó la hora
y el paganismo ha muerto!
ya no hieren los rayos vengadores
de Júpiter soberbio:
y al impulso de un dios desconocido
se derrumba el oráculo y el templo
se apaga ya, bajo invisible soplo
sobre el altar el fuego,
y huyen despavoridas las vestales
y alborozados los ingratos pueblos
columbran ¡ay! la suspirada aurora
de un ideal supremo!...

¡Se ha cumplido tu horrenda profecía!
¡Has vencido a los dioses Prometeo!...
Calló su voz, mas al mirar, temblando
que el exánime dios rodaba al suelo;
que al boscaje las sombras de la noche
daban un tinte pavoroso y negro
ninfas, silbanos, sátiros y ondinas
—¡Se van! se, van los dioses!—prorrumpieron,
y desde el fondo de la selva obscura
tristísimo clamor subió hasta el cielo
y en el éter azul quedó vibrando
como un sollozo prolongado, inmenso.

LA EVOLUCIÓN DE LA NOVELA

La novela atraviesa en la actualidad por un período de crisis. Los relatos de peripecias y de desarrollo de caracteres se hacen cada día más raros. En Francia, como en Europa en general, hay pocos novelistas y en el más alto rango de la literatura europea vemos, sobre todo, figurar cuentistas.

Aun más, aquellos autores que parecen escribir novelas, no hacen más, en la generalidad de los casos, que desarrollar y alargar, hasta llenar todo un volumen con casos psicológicos sin peripecias que antes habrían solamente dado materia para novelas cortas.

Por eso, la rica imaginación que caracterizó a Balzac, Stendhal, Elliot, Dostoiewski, Tolstoy, Manzoni y a la que debemos las grandes obras novelescas del siglo XIX, parece estar hoy extinguida o menospreciada. A juzgar por lo que pasa en todas las literaturas europeas, particularmente en la francesa, llegaría a creerse que la novela de largo aliento y de trama complicada es un género literario que va en camino de ser cosa del pasado.

Si este estado de cosas no cambia, si él no es producido por una causa accidental y transitoria, se puede afirmar que la novela de varios centenares de páginas en que se narraban largas peripecias y se pintaban caracteres, va a desaparecer, en cuanto obra de arte a lo menos, porque la novela folletín vive y vivirá siempre. Como la poesía lírica ha reemplazado a la épica, las pequeñas piezas en versos a los grandes trozos narrativos, los

Heredia, Samain, Regnier, Mme. de Noailles, a los Hugo, Vigny, Lamartine, el cuento reemplazará a la novela.

Quiero hacer algunas consideraciones sobre este asunto, que está muy ligado a los problemas de estética general del siglo XX.

Comencemos con algunas constataciones evidentes, con la exposición de algunos hechos que no dejan lugar a duda.

Existen entre nuestros grandes escritores de hoy en día, mejor dicho de ayer, porque no quiero escoger mis ejemplos entre los jóvenes, algunos cuyo talento está definitivamente consagrado. Su mérito es incontestable, son los representantes de la excelencia de la novela francesa.

Algunos entre ellos son verdaderos novelistas a la manera de Balzac, de Sand y de Stendhal, esto es, se esfuerzan en sus obras en reproducir la vida; ambicionan hacer concurrencia al registro civil, retratando hombres, calcando la realidad, ofreciéndonos verdaderos bocetos de la vida.

Marcel Prevost y Paul Bourget pueden, a este respecto, servirnos de ejemplo. El primero mantiene con excepcional vigor la tradición del autor del *Lys dans la vallée* y la del autor del *Marquis de Villemer*. Nos encanta y nos interesa reproduciendo la vida, de preferencia en su aspecto sentimental; dando siempre mayor importancia al fondo que a la forma a la sustancia más que a la apariencia. Es un verdadero novelista.

Se puede colocar a su lado a Paul Bourget. Dotado de tenacidad y de sentido crítico, subordina su inspiración a su criterio y escribe novela en que la voluntad y un hondo sentimiento analítico priman sobre la imaginación. Sin embargo, ya en él mismo, la novela corta prevalece sobre la novela del antiguo corte, sus obras que han alcanzado mayor buen éxito, *L'Irréparable*, *Cruelle enigme*, *Le Disciple*, *Lazarine*, superiores probablemente a *Cosmopolis* y al *Démon du Midi*, son más novelas cortas, cuentos mejor dicho, que verdaderas novelas.

Al lado de estos escritores, de los que son ya una minoría, de los que permanecen fieles al ideal de los grandes novelistas del siglo XIX, de los que tienen por finalidad reproducir la vida y darnos la sensación de la realidad, hay otros que, imitadores en cierta manera, de los parnasianos, adoradores de la forma, menosprecian la ficción, se cuidan poco del ideal, se apartan de la realidad y no tienen más ambición que la belleza y la perfección del estilo y de las imágenes.

No es ya el fondo, es la forma lo que les interesa. En sus manos, la novela se transforma. Cambia de naturaleza, evoluciona.

El asunto, la intriga pasan a ser secundarios. En vez de detenerse en encontrar aventuras, en complicar la acción, esos escritores se contentan con desarrollar una simple anécdota que embellecen con todos los encantos de su lirismo, de su filosofía, de su erudición.

Son novelistas a la manera de Platón, esto es, se sirven de un pequeño cuadro de ficción para encerrar dentro de él pensamientos o para expresar estados de alma.

Por falta de imaginación o menosprecio por la intriga, prescinden de toda complicación y desarrollan un tema de cuento en un volumen entero, un volumen casi sin substancia, que se apoya sólo en la forma literaria y en que se quieren exhibir, no los recursos imaginativos del narrador, sino la magia del artista.

Tomaré como ejemplo entre esos novelistas estilistas, que han hecho escuela y que prescinden sistemáticamente de la ficción, a Anatole France, Pierre Loti y Maurice Barrès.

Anatole France será siempre el prosista más clásico, más armonioso, más profundo de nuestra época. Es el Voltaire del fin del siglo XIX. Sus obras poseen ese sello de perfección que asegura la inmortalidad.

Si se echa una mirada sobre la lista de las obras de France, se encontrarán pocas colecciones de cuentos y muchas novelas.

Pero ninguna de estas es, propiamente hablando, una novela según la antigua concepción. No son a menudo más que cuentos que el autor escribió antes en forma más breve, más concisa, más directa, y los cuales, después, en un segundo movimiento, profundizó, amplificó, enriqueció y adornó con escenas suplementarias, diálogos, digresiones. Y son precisamente esos adornos, de calidad única, los que hacen el encanto principal y determinan el valor singular e incomparable de Anatole France.

Así, para dar un ejemplo, la *Histoire comique* se publicó primamente con el título de *Chevalier* en una revista, donde ocupaba apenas una treintena de páginas. En esta primera forma de novela corta, el relato de la obsesión que la muerte del cómico Chevalier produce en la bella Nanteuil es ya conmovedora e impresiona poderosamente. France no tuvo más tarde que volver a sus personajes, pintárnoslos en detalle y desarrollar

y explicar sus estados de alma. Debemos felicitarnos de esta transformación. Las cien primeras páginas de la *Histoire Comique*, que no forman parte de la redacción primitiva y que contienen la descripción del medio teatral y del familiar en que vive Mlle. Nanteuil pueden figurar entre las más hermosas, las más finamente irónicas, las mejor investigadas de France.

Sur la pierre blanche, ese otro relato delicioso y profundo, es también la amplificación de una novela muy corta publicada en un periódico. En su redacción primitiva, la historia de Gallion, ese espíritu curioso tan deseoso de discutir todas las posibilidades relativas a la religión del porvenir y que, sin embargo, pasó al lado de San Pablo sin sospechar siquiera que se rozaba con la gran religión nueva, con la que habría de dominar el porvenir, parece hacer *pendant* a la exquisita novela corta el *Procureur de Judée*. En la continuación, Anatole France cambió de idea. Al alargar el diálogo de Gallion con su amigo, consiguió darnos en él un resumen completo de todas las suposiciones y de todos los sueños que los romanos instruidos podían tener y enunciar en el primer siglo de nuestra era, acerca de las probabilidades de una religión nueva. Esta vez, todavía, en la amplificación, la relación ganó en profundidad. Es uno de los más hermosos cuentos filosóficos de la literatura francesa.

La Rotisserie de la Reine Pedauque fué concebida, sino me engaño, de la propia manera. Primero, France bosquejó la figura inmortal de Coignard, después se aficionó a ella y le agregó nuevas aventuras hasta llegar a formar el conjunto inimitable que todo el mundo conoce.

Por lo demás, para comprender hasta qué punto Anatole France menosprecia la intriga y la considera como elemento inferior y hasta qué punto todo el encanto de sus libros está en la alteza del pensamiento y en la inefable seducción del diálogo y de las descripciones, no tenemos más que recordar la novela por excelencia, la más larga y desarrollada que France ha escrito. Me refiero al *Lys rouge*. Toda la intriga de este libro se reduce a la historia de Jacques Dechartes, segundo amante de Teresa Martin-Belleuse, que está obsesionado por la idea del primero que la ha poseído. Es una anécdota que Maupassant habría tratado en diez páginas y que France desarrolla en cuatro cientos, dándonos una descripción detallada de los

primeros amores de Mme. Martin-Belleuse, introduciendo al inolvidable Choulette y encantándose con abundantes y atinadas consideraciones sobre Florencia, sobre Napoleón, sobre el arte del Renacimiento y sobre el Perugino. El libro aumenta de valor con esos episodios y digresiones.

Esta repugnancia, este desdén por concebir y desarrollar una intriga complicada, una fábula novelesca que hemos estudiado en Anatole France existe igualmente en Barrès y en Loti.

Las primeras novelas de Barrès, de un número muy reducido de páginas, contienen escasos, casi ningún, sucesos. La más complicada de esas novelas, el *Jardin de Bérénice*, en cuanto a intrigas y tejidos de aventuras, no podría suministrar el material necesario para un cuento. Las otras *ideologías* de Barrès carecen, por decirlo así, de toda fábula y su argumento puede ser referido en una línea. Son las descripciones originales, las digresiones sutiles o fantásticas, las cualidades del pensamiento y del estilo las que dan precio y originalidad a esas obras. Mr. Barrès trató más tarde de componer obras con más apariencias de novelas.

Los *Déracinés*, por ejemplo, o *Colette Baudoche*. Pero allí precisamente se manifestó su inferioridad como narrador. Allí vemos claramente que su única excelencia es la de describir bellos paisajes, traducir estados de alma y que está absolutamente desprovisto del talento de trasmitir esa impresión de vida y de realidad que, como lo ha dicho Paul Bourget, es la primera condición de todo relato, largo o breve.

En cuanto a Loti, en toda su vida sólo ha concebido cuentos. Uno de sus cuentos *Le libre de la pieté et de la mort*, es, probablemente, su obra maestra y son cuentos, enriquecidos con hermosas descripciones, con maravillosos paisajes exóticos, lo que forman sus volúmenes, algunos de los cuales, como *Fantôme d'orient*, solo penosamente y con artificios tipográficos alcanzan a completar doscientas páginas. Un oficial de marina que pasa unos cuantos días encantadores al lado de una jovencita taitiana, un marinero que muere lejos de su Bretaña y de su novia, un francés que traba un breve idilio con una mujer en Constantinopla, es la sustancia, escasa y sin complicaciones, que forma el tejido de los cuentos de Loti.

Este desdén de nuestros novelistas por el relato de imaginación y de intriga es, por lo demás, fácilmente comprensible.

Por la extensión de su campo de acción, la novela contemporánea, que parece el resumen de todos los otros géneros literarios y aun de todas las artes, que participa algo de la esencia de la poesía, del drama, del ensayo filosófico, y que pretende invadir aún los dominios de la pintura y la música, es contraria a las largas complicaciones tan apreciadas por los novelistas de antaño.

Concebida, en otro tiempo, como medio de arrullarnos y divertirnos, en el siglo XIX la novela se convirtió en espejo fiel de la vida. Y hoy, evolucionando aun más, elevándose de su propia esfera de acción, pretende ser la quintaesencia del arte. Rechaza el concurso de la imaginación. Pudiendo vivir del estilo y del pensamiento y pretendiendo arrebatar, instruir, levantar, no se satisface ya con divertir, distraer y reproducir lo verdadero.

Es esta la principal explicación de la desuetud en que han caído las vastas intrigas y los temas complicados.

Pero hay, tal vez, también otras causas secundarias que nos hacen preferir las novelas cortas.

Se puede, en efecto, creer, como se ha dicho, que la fiebre que se ha introducido en la vida moderna con el vapor, la electricidad, el americanismo, que han acelerado el ritmo vital de la existencia, nos condena a preferir los relatos breves, las narraciones rápidas y precipitadas. Amamos lo sensacional, y, como Bourget lo observaba a propósito de las novelas cortas de Balzac, este género literario hiere mejor la imaginación y es más capaz de impresionar que la novela de corte antiguo. Por eso mismo, es más adecuada para sacudir la apatía de nuestros cerebros gastados.

¿Puede afirmarse que esta evolución, estas nuevas tendencias artísticas no produzcan inconvenientes de ninguna naturaleza? Ciertamente, no.

Es preciso, por ejemplo, reconocer que había grandeza en el desarrollo de caracteres como los de una Eugenia Grandet, de una Mme. Bovary, de un Julián Sorel. Fisionomías semejantes, vivas e imborrables, no pueden ser precisadas sino en largos relatos. No pueden retratarse dentro de los estrechos límites de un cuento o de una novela corta, del propio modo que un Aquiles o una Dido no pueden pintarse en un soneto. Necesitan indispen-

sablemente los vastos espacios de la epopeya. Ahora bien, la atmósfera muy artística, pero sin gran realidad de la novela moderna, parece poco propicia a la creación de esas grandes figuras. No conozco un solo personaje de Loti o de Barrès que pueda colocarse al lado de los de Stendhal, de Balzac o de Flaubert. Por el arte, por la personalidad del escritor, por el estilo, no por sus personajes, se distinguen obras como el *Pêcheur d'Islande* o el *Jardin de Bérénice*. Tan sólo Anatole France ha creado tipos refinados, pero vivos, tales como el abate Coignard, Bergeret y Silvestre Bonnard.

Y no vaya a creerse que estas nuevas disposiciones de la novela sean peculiares de Francia. La imaginación europea entera parece estar como agotada. En Inglaterra, en Rusia, en Italia, se produce el mismo fenómeno. A Gogol, a Dostoiewski, a Tols-
toy, novelistas épicos, creadores de grandes figuras vivas, ha venido a reemplazar una generación de cuentistas, por lo demás, todos ellos de primer orden. Los grandes nombres de ayer y de hoy, Korolenko, Tsekow, Gorki, Andreiff, Archibatsev, son todos de cuentistas. En Inglaterra, también, a los Walter Scott, a los Elliot, ha venido a reemplazar un autor de relatos breves, Kipling. En Italia, del propio modo, dominan los autores de novelas cortas.

Puede ocurrir que se produzca un cambio de rumbo. Así, últimamente, se han publicado en Francia varias novelas de imaginación; pero no vemos todavía un gran talento, una alta personalidad que nos permita fundar grandes esperanzas en el porvenir.

En todo caso, las novelas artísticas dominan sin contrapeso. El novelista es, ante todo, un estilista y un pensador. Se dirige, preferentemente, a nuestra inteligencia, se esfuerza por satisfacer nuestros gustos artísticos.

Lo mismo que no hay ya poetas de largo aliento, de gran vena lírica, sino cinceladores de sonetos, no hay tampoco novelistas de fogosa y ardiente imaginación, sino maravillosos descriptores o pensadores delicados.

La novela ha evolucionado, y al evolucionar, ha arrojado por caduco el lastre de la imaginación.

NICOLÁS SEGUR.

EL AMBIENTE CIENTÍFICO EN LA AMÉRICA LATINA

Un esfuerzo para fomentarlo en Chile

Observa Lord Bryce en el capítulo final de su libro «Sur América (1912)» que los numerosos viajeros europeos o norteamericanos que visitan las grandes ciudades de nuestro continente, al hallarlas dotadas, como sus propias capitales, de redes de tranvías eléctricos, hermosos parques, servicios de prensa a la moderna, administración y legislatura calcadas sobre los de aquéllas, hacen extensivas en su imaginación estas analogías externas a la vida interior de las respectivas naciones.

Sin embargo—agrega el escritor británico—el pensador que ha observado los países suramericanos en su conjunto, echa de menos el «ambiente de ideas» que se respira en Europa y Norteamérica. No es que falten los hombres de talento; pero no lo utilizan sino en prosecución de fines prácticos; no les interesa de la *Ciencia* sino sus aplicaciones. Se mantienen ajenos a la paciente investigación intelectual y se dejan sugerionar por frases y fórmulas hechas a las que atribuyen la virtud de darles acceso directo, como por un «desecho» al *Saber* y a la *Verdad*.

Queremos creer que si Lord Bryce repitiera hoy su viaje a Chile, se vería lealmente conducido a modificar favorablemente su juicio y a reconocer, en cuanto toca a nuestro país,

el marcado movimiento ascendente de nuestro nivel de cultura general durante el último decenio.

Entre los factores—o mejor dicho los exponentes— de esta cultura figura en primera línea la nueva REVISTA CHILENA cuyas treinta entregas constituyen una recopilación de artículos substanciales de información, discusión y crítica sobre temas literarios, históricos, sociales, económicos, políticos, filosóficos y artísticos. Allí salen a campear, alternativa o simultáneamente, la sólida ilustración de unos, la nutrida documentación de otros, el fino discernimiento y la sutil hermenéutica de no pocos.

Al lado de este repertorio de la cultura general es justo mencionar los de la cultura profesional y técnica. Numerosas revistas especiales: Anales de la Universidad, de las Sociedades de Agricultura, de Minería y Fomento Fabril, Revista Médica, del Instituto de Ingenieros, etc., atestiguan el progreso de las respectivas profesiones e instituciones, el Foro, la Medicina, la Ingeniería, la Agronomía, la Geografía, el Ejército, la Marina, la Pedagogía, etc., etc., en grado igual y quizás superior al de la cultura general.

Si a estos indicios del avance cultural de los círculos «intelectuales» del país, se agregan los acelerados impulsos que recibe la instrucción pública, en cuyo fomento parecen rivalizar los diversos partidos de gobierno y de oposición, no queda duda de que esa «gran masa inerte de ignorancia popular» de cuya acción inhibitoria del progreso general tomó nota Lord Bryce hace diez años, va en camino de rápida desagregación y que la generación que se levanta puede aspirar por lo menos a la extinción del analfabetismo.

Con todo, no podemos ni debemos ocultarnos que bajo uno de sus aspectos, y no el de menos importancia, sigue siéndonos aplicable el dictamen emitido por Lord Bryce en 1912. Si bien no sería justo ni exacto decir que no existe hoy en Chile un «ambiente de ideas», hay que reconocer que ese ambiente no incluye la *Ciencia pura*.

Cuán ajeno ha permanecido nuestro país—y con él toda la costa americana del Pacífico—al movimiento de transformación y regeneración que han experimentado en el último medio siglo todas las Ciencias, desde la Astronomía hasta la

Psicología, bastan para atestiguarlo los índices de materias de las mismas Revistas que hemos citado, los escaparates de nuestras librerías y las estadísticas de lectores de nuestras Bibliotecas Públicas (1).

Apenas si por una u otra vía asoman tímidamente sumarias e imperfectas reseñas de instrumentos y métodos nuevos de investigación; más raras veces mención de hechos o teorías nuevas en químico-física, en energética, en fisiología, en el dominio mental animal o humano; jamás un reflejo de la evolución que vienen sufriendo los conceptos clásicos tradicionales, de las nuevas interpretaciones sintéticas que los substituyen respecto del Cosmo, de la Materia, de la Vida... con los que se va elaborando a nuestra vista el *substratum* de la filosofía experimental del porvenir.

¿Cuál es la causa—o combinación de causas—de donde procede esta indiferencia nuestra hacia la cultura científica, único conducto por medio del cual puede llegar el hombre a formarse conciencia *racional* de sus deberes y de su destino y acerca de la «finalidad» de las sociedades y colectividades humanas en el Universo de que forman parte?

¿Será que operan entre nosotros factores atávicos complejos que concurren en producir una actividad mental, sino antagónica, por lo menos congénitamente apática a la adquisición de puros conocimientos científicos?

¿O será que nuestros círculos intelectuales se mantienen

(1) *Literatura de vulgarización científica*: Daremos algunas cifras relativas a Francia, que permiten formarse idea del número de lectores de esta clase de obras: La «Biblioteca de Filosofía Científica» del Dr. Le Bon, que comenzó a publicarse en 1902 cuenta con unos 150 volúmenes, algunos de los cuales han alcanzado tirajes de más de 30,000 ejemplares, de suerte que esta Biblioteca represente una circulación mínima de 2 millones de volúmenes. Por otra parte tan solo los 40 volúmenes de Ciencia y Filosofía publicados por el Astronomo Flammarion suman un tiraje de millón y medio de ejemplares. Las Bibliotecas de «Filosofía Contemporánea» y «Científica Internacional» del editor Félix Alcan, suman cerca de mil volúmenes, muchos de los cuales llevan 10 y más ediciones: el tiraje total de obras de Ciencia y Filosofía editados por Alcan excede seguramente de 5 millones de ejemplares. Finalmente los 12 tomos en 4.^o de la Enciclopedia Larousse con sus suplementos, tan populares en todo el mundo latino, equivalen a no menos de 300 volúmenes en 16.^o de 300 páginas cada uno.

deliberadamente impermeables a todo aquello que en las Ciencias no les parezca conducente a influir directa e inmediatamente en el progreso material del país, en la mejor satisfacción de las necesidades, o en el disfrute de los goces, de la vida?

¿Acaso no penetra aún en esos círculos la convicción de que la cultura científica general es una etapa previa y necesaria en el progreso integral de una nación? ¿Que las transformaciones de la Ciencia tienen que repercutir tarde o temprano sobre la vida individual y social; que su influencia tiene que hacerse sentir especialmente en la evolución de los conceptos políticos, en la selección del personal dirigente, en los procedimientos de administración pública; que el actual desnivel y desequilibrio de nuestra cultura científica respecto de nuestra cultura general, si persistiera por mucho tiempo amenazaría degenerar en factor de seria inferioridad en el concierto con las otras naciones civilizadas que han reaccionado, o manifiestan síntomas de reaccionar, en ese sentido?

Sean cuales fueren las causas de nuestra indiferencia intelectual en materia científica, hemos podido cerciorarnos «de visu» que esta indiferencia es un hecho real, y viendo que hasta hoy no se manifiestan indicios de reacción, que nadie toma la iniciativa de provocarlos, ha surgido en nuestros ánimo el osado propósito de intentar siquiera una preparación del terreno, limitando por ahora nuestro esfuerzo a presentar a los lectores de la REVISTA CHILENA un cuadro general de lo que es la Ciencia contemporánea al término de este segundo decenio del Siglo XX.

Huelga explicar que, al hablar de la *Ciencia* no nos referimos a la serie de hechos enumerados, clasificados y descriptos en los manuales de enseñanza secundaria, destinados ante todo, a constituir un tejido que se ajuste a las mallas de los programas oficiales, y a suministrar al estudiante un material que satisfaga a las exigencias de los exámenes. Queda entendido que la instrucción colectiva, única que recibimos en la niñez y en la primera juventud, no admite otro sistema; entendido también que los conocimientos asimilados durante esos períodos dejan en el espíritu del hombre medianamente dotado de propensiones intelectuales un residuo permanente, fácilmente alimentado y mantenido por lecturas ocasionales.

Tal estado de preparación mental debemos suponerlo como mínimo en los lectores de la REVISTA CHILENA a quienes nos dirigimos ahora.

Sobre esta base nos proponemos escribir una serie de artículos cuyo conjunto forme una síntesis de los conocimientos de carácter científico adquiridos y acumulados por la humanidad hasta el momento presente. Considerados en el orden decreciente de sus objetivos en cuanto a magnitud y en orden de aproximación al hombre en cuanto a esencia, incluimos entre esos conocimientos, los concernientes al Cosmos Universal, a sus elementos Materiales y Dinámicos, a la concatenación no interrumpida de los fenómenos Vitales en el Mundo Orgánico, al desarrollo Histórico de las Actividades Humanas en sus fases Individual y Colectiva, Material e Ideal, como Voluntad y como Inteligencia.

Abordaremos esta tarea sin disimularnos las insuficiencias de preparación y de forma literaria que no nos permitirán hacer justicia a medida de nuestro deseo a un tema tan vasto que no pretendemos por lo demás, agotar, ni siquiera profundizar. No va nuestra pretensión más allá de exponer, acerca de los grandes Problemas Científicos que actualmente escudriña una «élite» de sabios cada día más numerosa y especializada, lo suficiente para excitar el interés de nuestros intelectuales en seguir de cerca el progreso del saber humano en el conocimiento de la naturaleza y en penetrarse de las consecuencias trascendentales que envuelven algunos de estos problemas, cuyas soluciones podrán afectar, a su turno, las grandes cuestiones sociales del libre albedrío y de las responsabilidad individual y colectiva, o sea, de una sanción racional de la conducta humana.

* * *

Para mayor claridad creemos deber anticipar desde ahora, un brevísimo sumario de lo que contendrán las partes consecutivas de nuestro trabajo.

Principiaremos por recordar al lector las fases del desarrollo histórico del saber humano, esforzándonos en hacer resaltar el aspecto cuantitativo de ese desenvolvimiento, respecto

del tiempo transcurrido y de los efectos perceptibles para la humanidad, de cada invento, descubrimiento o introducción de nuevos métodos de investigación o utilización de fuerzas y materias naturales.

Esta ojeada retrospectiva será indispensable por dos razones: la primera para podernos dar cuenta cabal, y por decirlo así tanjible, de la rapidez sin precedentes con que ha progresado la «ciencia organizada» en sólo los cien últimos años (los mismos que llevan de vida independiente nuestras Repúblicas) hasta el punto de superar a la suma de todos los progresos realizados anteriormente, durante los 40 ó 50 siglos que los precedieron, desde los albores prehistóricos de las civilizaciones primitivas. Al seguir en su marcha acelerada los progresos científicos del pasado, trataremos de dejar bien establecido lo que la civilización debe realmente a la ciencia, pues, así como sucede a veces que se desconoce su influencia, también acontece que se la exagera.

No es menos conveniente esa mirada hacia atrás para poner en evidencia las nuevas características cualitativas adquiridas por la Ciencia en su continua evolución de lo subjetivo a lo objetivo. Entre estas nuevas características descuelga el reconocimiento del principio de continuidad que parece dominar en la naturaleza toda, trátese de la escala de los seres en sus grados de organización, de los modos dinámicos y fenomenales de la materia, o de la transición entre ésta y el mundo psíquico. Como manifestación de esa continuidad van borrándose los contornos de las viejas definiciones *a priori* y cayendo una a una las barreras, que erigidas por el espíritu de clasificación como medios de estudios necesarios, nos aparecían revestidas de existencia objetiva. Otra manifestación—que podríamos calificar de concomitante—de la continuidad universal, es la actual compenetración de las antiguas ramas de la ciencia, de la física con la química, de la geología con la zoología, etc.

Tan importante como el principio de continuidad, se viene reconociendo que es el de «relatividad» y «contingencia» de todo saber humano, inclusive de las que llamamos «leyes naturales», tan sólo aplicables a las pequeñísimas fracciones del espacio infinito y del tiempo eterno en que se viene desarrollando la evolución mental y social de la raza humana.

Una característica que fué especial a la ciencia del siglo XIX, que también se va desvaneciendo gradualmente, es el prematuro dogmatismo nacido de sus brillantes avances en la primera mitad de ese siglo. El análisis subsiguiente de los detalles de ese progreso, a la par que ha realizado una aceleración de éste, ha tenido como consecuencia, una actitud de la Ciencia más modesta en cuanto al alcance de sus interpretaciones. Predomina ahora, entre sus representantes más eminentes la tendencia a reconocer el carácter hipotético de todo postulado inicial de índole antropomórfica, y se va operando a la luz de los principios de continuidad y relatividad una transformación, del ambiente de antagonismo entre *deterministas* y *finalistas*, en el de cooperación en que se retiene de cada uno de ambos conceptos sólo lo que tiene de eficiente, aplicando el criterio determinista como instrumento de análisis y utilizando la intuición finalista como directiva sintética en el estudio e interpretación de la naturaleza.

Como resultado de esta evolución los términos antes vagos de «espíritu científico», de «método experimental» han adquirido significados tan precisos como amplios, siquiera en principio, no subsistiendo sino divergencias secundarias respecto de tal cual aplicación específica.

Otra consecuencia no menos importante de la evolución científica, en su sentido cualitativo, es el cambio de actitud de los investigadores más modernos respecto de los fenómenos—cuyo número se constata cada día ser mayor de lo que se creía—que no tienen explicación dentro de las teorías científicas reconocidas. Al desdén y denegación que se oponía casi unánimemente a su estudio, va sucediendo el reconocimiento de que se les debe aplicar el método experimental, esto es, comprobar su autenticidad, observar los que se produzcan espontáneamente y experimentar sobre los que sean susceptibles de ser provocados a voluntad.

* *

Definidos así el radio y medios de acción de la ciencia contemporánea, pasaremos a resumir lo que se considera hoy como hechos y conocimientos adquiridos, en lo que concierne

al origen, formación, composición y evolución del Cosmo Nebular y Sidéreo, cuidando de establecer, dentro de lo posible, la diferencia entre las certidumbres positivas y científicas, y las hipótesis de trabajo que requieren y esperan confirmación, y limitándonos a lo indispensable para poder ubicar mentalmente nuestro mundo terrestre en el Tiempo, en el Espacio y en el Movimiento Universales.

Podremos así, desprendernos del cartabón antropomórfico, inaplicable a lo inmensamente grande, mediante la adquisición de escalas ultra-sensoriales para medir el Tiempo y el Espacio siderales, escalas en que los millones de siglos cuentan—para los efectos de nuestra representación mental—como minutos y la velocidad anual de la luz como centímetros.

Resumiendo en seguida los últimos descubrimientos relativos a la constitución de la materia, mediante los cuales el químico pretende definir la estructura de los edificios moleculares y el físico sabe ya pesar los átomos, habremos de abandonar a su turno el hábito antropomórfico respecto de lo inmensamente pequeño, familiarizándonos con las escalas infra-sensoriales en que el *micrón* (milésimo de milímetro) es para el átomo lo que el kilómetro para el hombre.

Haremos ver cómo este átomo tradicional—cantado ya por el inmortal Lucrécio, veinte siglos há—ha venido a ser revelado por el fenómeno de la radioactividad como un vínculo entre el mundo de la materia y el de la energía bajo todas sus formas dinámicas, desde el sonido y el calórico hasta los rayos X, mundos cuyas unidades son los millones y trillones de vibraciones por segundo.

* * *

Pasando de lo que llamamos materia bruta a la materia viviente, podremos contemplar, a las nuevas luces que irradia la biología moderna, el siempre misterioso fenómeno de la vida, tan inescrutable en su origen como en su esencia, sea que se trate de los organismos ultramicroscópicos, apenas diferenciados de las pseudo-células que se obtienen por síntesis en algunos laboratorios, como de los organismos colectivos superiores, verdaderos complejos de individualidades

jerarquizadas. En su evolución ascendente los agregados biomoleculares que constituyen estos organismos van adquiriendo nuevas propiedades por grados de diferenciación tan insensibles que hacen inoperante e ilusorio todo intento de clasificación basado en la posesión o carencia de cada una de estas propiedades, llámense sensación, irritabilidad, memoria, instinto, inteligencia, conciencia.

Abordando en seguida a riberas casi inexploradas, asistiremos a la incepción, sobre nuevas bases, de un estudio verdaderamente objetivo del ser humano.

Consintiendo, por fin, a hacer materia de este estudio, además de las actividades consuetudinarias de la persona consciente, esas otras actividades siempre existentes, pero deliberadamente ignoradas o desdeñadas hasta hoy por la ciencia clásica del ser subconsciente, veremos cómo filósofos, físicos y biólogos se resuelven a desertar los unos el campo metafísico de la introspección pura, los otros un insatisfactorio materialismo, para plegarse sin reticencias al método científico. Dentro de este nuevo criterio la tradicional «psicología» de índole escolástica se transforma, bifurcándose en dos ramas: una, la «psicología biológica», que busca el origen y desenvolvimiento de las facultades normales del hombre, es decir, de las que funcionan por medio del uso consciente de sus sentidos, en la serie de organismos animales de donde procede filogénicamente; la otra, la «metapsíquica», actualmente en su período de gestación, cuyos adeptos acumulan observaciones y sistematizan la experimentación de los fenómenos psíquicos supranormales, es decir, de los que se producen con prescindencia de los sentidos o con su colaboración inconsciente. De estos materiales que vienen preparando una pléyade de sabios eminentes, es de prever que tocará a las generaciones venideras hacer surgir interpretaciones de una transcendencia todavía incalculable.

* * *

Si bien no pretendemos aportar, en este esfuerzo de divulgación, elementos ni opiniones propias, sino hacer mera obra de síntesis crítica con los resultados obtenidos por los

investigadores de la generación actual, será casi inevitable que se trasluzca en más de una ocasión la actitud mental del autor.

No pedimos por ello excusas. Fuera de que, con una simple compilación de datos y citas no podría formarse sino un conjunto incoloro y sin vida, tampoco nos sería posible impar-tille consistencia y unidad. En efecto, si bien se puede hablar con propiedad de «las tendencias actuales de la ciencia», no se quiere con esto significar que reine un perfecto acuerdo entre los investigadores especializados en cada rama determinada; predominan, es cierto, nuevas tendencias que en ciertos sentidos vuelven la espalda a las antiguas, pero también esas nuevas tendencias divergen, aunque en menor grado, unas de otras, y para darles, una expresión sintética le será preciso al autor ejercer una opción, atribuyendo a la resultante general de esas tendencias una dirección que se resentirá inevitablemente de la calidad del sentido crítico; o en otros términos, de las idiosincrasias mentales del autor.

Por lo demás—y lo repetimos—no pretendemos formar opiniones sino en cuanto a la magnitud presente e importancia futura de los grandes problemas de la ciencia y poner bien de manifiesto el supremo interés que ofrece su estudio, de por sí para la mente del hombre culto, en cuanto a sus repercusiones morales para el sociólogo, y por sus consecuencias materiales para el estadista.

Otra confesión queharemos, es que si bien nos hemos resuelto a echarnos encima una tarea que pudiera resultar superior a nuestras fuerzas, es porque después de prolongadas y concienzudas exploraciones bibliográficas, nos hemos formado la convicción de que la tan abundante literatura de divulgación científica del último cuarto de siglo no contiene, entre los numerosos «ensayos de interpretación del mundo» que han visto la luz, ninguno que pueda considerarse como genuinamente representativo del actual saber humano y reuna las condiciones de ser a la vez armónico, imparcial y completo.

Por inverosímil que pueda parecer—y a muchos preten- cioso—este aserto, lo dejaremos comprobado con el testi- monio de los más eminentes sabios y pensadores de la época

presente. Sólo observaremos, por ahora, respecto de esas «interpretaciones del mundo» a que hemos aludido, que la deficiencia fundamental de que adolecen en general, queda bien definida mediante una fórmula ya célebre en crítica filosófica:

«Tienen razón en cuanto afirman; no la tienen en cuanto niegan y silencian».

* *

Como punto final a este ya largo preámbulo, nos adelantaremos a desvanecer la expectativa—o temor—que pudiera haber suscitado en ciertos lectores nuestra referencia crítica a anteriores «interpretaciones del mundo», de que nuestro intento no fuera otro que el de introducir alguna nueva interpretación haciéndola pasar como propia y original.

No alcanzan para tanto, ni nuestra ciencia ni nuestra presunción.

Si nos fuera permitido evocar, por una imagen familiar, la materialización de nuestro propósito, querríamos asimilarlo al de un aeronauta, quien sin hacer mérito de haber explorado por sí mismo, ni levantado planos, ni publicado volúmenes ilustrados, ni obtenido concesión de tierras, ni síquiera acciones de sociedades ganaderas, en una vasta región aun mal conocida—por ejemplo la Patagonia Chileno-Argentina—invitara a una compañía de turistas a instalarse en los confortables sillones de la cabina-Pullman de su barco aéreo último modelo, impermeable al viento y surtida de oxígeno respirable a toda altitud, ofreciendo hacerles contemplar desde lo alto, ese vasto territorio bajo sus diversos aspectos y en corto espacio de tiempo.

Diríamosles—si fuéramos ese piloto—no temáis oír de vuestro guía áridas enumeraciones de nombres geográficos, menos aun nomenclaturas de latitudes, longitudes, alturas sobre el mar, temperaturas y presiones. Nuestro programa es dominarlo todo rápidamente en cortas horas; pasar sin detenernos sobre las muertas pampas Atlánticas para llegar luego a los valles y llanuras de la precordillera oriental, donde podemos seguir con la vista, el ondeo de las gramíneas a impulsos del viento, y los grupos de bovinos que allí pacen, inconscien-

tes fuentes ambulantes de dividendos. Luego veremos obscurecerse más y más, como tupidos vellones puestos a secar al sol, los inmensos bosques en que podremos distinguir al aproximarnos los característicos follajes del roble austral y del raulí, las verdes estratas del coigüe, las imbricadas ramazones de los piñones. Pasaremos verticalmente por sobre nevados macizos de la cordillera entre cuyos ramales extienden sus brazos tentaculares los azules lagos que nos harán el efecto de simples gotas de agua aplastadas entre dos vidrios bajo el lente de un microscopio. Podremos seguir desde su origen el sinuoso curso de los arroyos que, después de sucesivas confluencias, de alternados desplayos y desfiladeros, forman los grandes ríos que fluyen al poniente. Los veremos desembocar en esos profundos fiordos que fragmentan la costa Patagónica del Pacífico en un enjambre de penínsulas e islas. Finalmente nos detendremos, antes del regreso, para contemplar como en un grandioso mapa extendido bajo nosotros, el gradual desmenuzamiento de aquellas fragosas costas en innúmeras rocas y escollos. Y al seguir con la vista cómo se dibuja y desaparece alternativamente, en torno de sus angulosas o tortuosas bases la blanca franja de espuma, al compás del ritmo pulsátil de sempiterna marejada, a más de uno de nosotros se le ocurrirá tal vez que, con esta manifestación dinámica de su invisible atracción, nuestro satélite parece querernos recordar cuán ignorantes somos aún los ingenieros sub-lunares, en la ciencia de aprovechar las fuerzas naturales más abundantes, ostensibles e incesantes.

* * *

Perdónesenos—en razón de nuestro «entrenamiento» geográfico—esta comparación con un panorama terrestre real, del panorama ideal del vasto campo de la ciencia, que nos proponemos esbozar a grandes rasgos. Procuraremos justificarla siquiera bajo dos conceptos: claridad y rapidez.

ALEJANDRO BERTRAND.

París, Abril 1.^o de 1920.

(3)

ESFUERZOS DEL GOBIERNO ARGENTINO PARA CONTRATAR LOS SERVICIOS DE LORD COCHRANE.

Señor don Bernardino Rivadavia.

Valparaíso, Noviembre 13 de 1822.

Estimadísimo señor:

He tenido la satisfacción de recibir en este puerto su apreciable del 17 del mes próximo pasado. En ella me dice usted que sentía el que no le hubiese escrito con más detalles sobre la situación de Lima en mi carta del 16 de Septiembre; mas esto no fué posible porque aquel correo salió en circunstancias que no se sabía en Santiago otra noticia con alguna certidumbre que la llegada de San Martín, pues aun no habían sido recibidos los papeles públicos y cartas que conducía el buque, siendo de advertir que éste salió del Callao al día siguiente del arribo de dicho general.

Luego que recibí la carta de usted, escribí al señor Mosquera, transcribiéndole el párrafo en que usted manifiesta la afectuosa consideración que tiene de su persona, y en contestación me expresa su gratitud, y me encarga asegure a usted el invariable afecto que le profesa, y el aprecio que hace y hará siempre de su mérito como un patriota distinguido y buen amigo.

Con respecto a Zañartu ya se habrá usted instruído por mis

comunicaciones anteriores. En la conferencia que tuve con el director no fué preciso esfuerzo alguno para lograr el fin; y atendido el disgusto que había ocasionado el suceso, creí prudente usar de toda la circunspección necesaria sin dejar de manifestar con energía cuál era la conducta pública de dicho individuo.

En mi carta anterior escribí a usted sobre la visita que hice a Lord Cochrane de su parte. Nada de interesante porque el Lord, o no me entendió bien lo que le dije a nombre de usted, o con estudio usó de alguna indiferencia, porque no me contestó directamente, y sólo se contrajo a elogiar la administración en general. Pero en la visita que le hice ayer ha sido más franco y se ha presentado la mejor oportunidad para hablar claramente.

Su habitación se halla como a una milla del puerto en un pequeño recodo de la montaña; allí ha puesto una tienda de campaña bien injuriada del tiempo, con el único amueblamiento de un banco, una silla y una mesa. La soledad del lugar inspiraba confianza y la habitación retraba el disgusto de su dueño. En tales circunstancias resolví sacar todo el partido posible con respecto al proyecto que me expresa usted en su carta. Me introduce haciéndole algunas preguntas sobre el estado de la escuadra y destino que por ahora pueda dársele, el Lord me contestó lamentando la apatía del Gobierno y el estado ruinoso en que se hallan los buques; me instruyó del número de ellos según se ve por la razón que acompaña; me aseguró que no podía absolutamente calcular el destino que pensase dar el Gobierno a la escuadra, y por último me significó que él se hallaba bastante aburrido, y que deseaba que el Gobierno le concediese su separación como lo había solicitado.

Discurrió en seguida sobre la situación política de Lima y Chile, indicó los males que habían sufrido estos países por la mala conducta de San Martín, y opinó que para Chile era una desgracia el tener en su territorio a este general que jamás pue de estar tranquilo.

Pasó después a elogiar la actual marcha del Gobierno de Buenos Aires, examinó las mejoras de su administración, pero dijo que nunca podría estar seguro aquel territorio mientras ocupasen a Montevideo los portugueses; entonces creí oportunuo decirle que yo calculaba llegado el tiempo que Buenos

Aires, aprovechándose de las circunstancias y división en que se halla aquel país pensase en su restauración; que el único obstáculo que se me presentaba para el logro de este objeto era la falta de 2 ó 3 buques de guerra respetables, y deseando oír al Lord sobre el particular le rogué me diera su opinión sobre el modo cómo pudiera llenarse este vacío. Su contestación fué cual podía desearse; me dijo que aunque en realidad en la escuadra de Chile tres eran los buques que se hallaban en disposición de poder montar el cabo, el uno que era la corbeta *Independencia*, el Gobierno de esta República no estaba en ánimo de venderla, y que a la sazón iba a cruzar el Pacífico; pero que los otros dos el *Galvarino* y el *Lautaro*, quería el Gobierno venderlos; que el primero de 18 cañones podría comprarse en 30,000 pesos y el segundo, de 44 cañones, y que había costado 170,000 pesos, se conseguiría en 70. Que si el Gobierno de Buenos Aires llegase a pensar en esta empresa, él no tendría el menor inconveniente, antes bien, le sería muy satisfactorio el pasar a su servicio, y que aun se comprometía con 200 marineros ingleses, y sin necesidad de llevar de aquí buque alguno a tomar a los portugueses, los que fuesen precisos.

Rodó en seguida la conversación sobre las obras públicas que tenía entre manos el Gobierno de Buenos Aires, y después de haberle yo indicado cuáles eran, paró la consideración en la construcción del muelle y me dijo: que los que se han adoptado últimamente en Inglaterra, tanto por su economía como por su utilidad, eran los que se formaban sobre columnas con las cadenas correspondientes, pues éstos tenían la ventaja de no aglomerar bancos de arena en su contorno. Le pregunté si tenía algún plano de los que últimamente se habían construído, y me dijo que no sabía si entre sus papeles conservaría alguno, pero que podría indicarme la persona que en Londres se había distinguido en este ramo. Por último, me convidió a comer para el día de hoy y si algo se adelanta lo comunicaré.

Con respecto a Lima nada puedo decir a usted, pues no ha arribado buque alguno desde la llegada de San Martín. Me escriben de Santiago con fecha 11 de los corrientes que dicho general se halla ya en la quinta del Supremo Director, que está en los suburbios de la ciudad: me aseguran también que viene quejoso del general Alvarado, Guido, y aun del Libertador Bolívar.

El Supremo Director se halla en este puerto. Su venida, como dije a usted en mi anterior, fué para aquietar el disgusto de los marineros. Se están haciendo los ajustes de éstos, y se dice que va a pagárseles.

En el correo pasado escribí a usted sobre Olivera. Recomiendo a usted nuevamente a este joven, y espero que no haya merecido la reprobación de usted la libertad que me he tomado de traerlo en mi compañía. Al leer el presupuesto de gastos para el año 23, observo que usted se ha olvidado de este oficial, pues él me había asegurado varias veces que para dicho tiempo le tenía usted ofrecido declararle el sueldo de 1,200 pesos que disfrutaba ahora tres años.

Mi regreso de Lima debe ser pronto. Allá procuraré tomar todos los conocimientos necesarios sobre su estado político, para transmitirlos a usted. Estaré sin duda alguna de vuelta en este país, del 5 al 8 de Enero, y puede usted escribirme con dirección a Santiago, donde mi apoderado don Juan Manuel Härbin, está encargado de recojer mi correspondencia y reservarla. En este concepto aguardaré sus órdenes, que pueden estar en Santiago a mi arribo.

Somos 15 del mismo.

Concurrí al convite del Lord, pero no se trató sino de cosas indiferentes. Aseguro a usted de nuevo que en el próximo Enero estaré de vuelta.

Soy de usted con la más alta consideración, affmo. servidor.
—Q. S. M. B.

Félix de Alzaga.

ENCICLOPEDIA JURÍDICA

I. Objeto y utilidad de una introducción al estudio del derecho y las ciencias sociales.—II. Enciclopedia y filosofía del derecho

I. En nuestra casa se establece, al igual que en otras del país y del extranjero, el estudio de una asignatura que podríamos llamar preliminar cuyo valor científico y didáctico interesa fijar aportando en lo posible nuevos puntos de vista—es aventurado hablar de soluciones—a la discusión que se mantiene acerca del rol de la enciclopedia jurídica.

Dos corrientes por igual legítimas y poderosas agitan el conocimiento humano invariablemente activo: la una se propone desmenuzar la realidad con audaces mazas, la otra se propone fundir en generalizaciones las fragmentarias resultantes, con firmes amalgamas. Análisis y síntesis dispútanse el señorío del conocimiento y, por tanto, de la ciencia que es su expresión culminante y fecunda.

La ciencia, cuya definición no nos preocupa por ahora es, en su expresión objetiva, la reducción de la Naturaleza a nuestra conciencia. Y el proceso de su constitución reproduce el de la del Universo y de la vida. La nebulosa, tomada en su acepción más lata como equivalente de indiferenciación, está en la base de las teorías cósmicas y biológicas. La cosmogénesis y la biogénesis, (así como la sociogénesis) arrancan infaliblemente de lo indistinto, lo simplicísimo, para alcanzar la cima de la diversidad armónica y compleja. El proceso de la génesis científica no ha podido ser otro.

En sus comienzos la ciencia se mostraba unitaria y genérica, si vale la expresión, conteniendo en potencia ciertamente los principios generadores de las disciplinas que habrían de constituirse en el futuro. Puede decirse que la humanidad en la infancia del conocimiento percibía el bosque, pero ignoraba el árbol, echando mano de una imagen ya familiar. En las ciencias jurídicas los conceptos de moral, justicia, religión; política y derecho; lo civil; lo comercial; lo penal; lo individual; y lo social, etc. existieron confundidos estrechamente hasta que el progreso, cuya ley magistralmente enunciara Spencer, impuso la separación definitiva. Los campos hoy diversos de las matemáticas, de la ética, de la física, de la política, eran englobados en el latifundio de la ciencia total: la filosofía según se constata en Aristóteles. Ser filósofo era estar familiarizado con todos los problemas del conocimiento. Contemporáneamente la sociología, en su afán excesivo de los primeros días, pareció reeditar el propósito de absorción de las ciencias sociales; con todo, tal fué un ímpetu de adolescente, temible pero fugaz.

La ley de la división del trabajo, matriz del progreso económico, se cumple también inflexiblemente en los dominios de la especulación científica y si hoy no es posible imaginar al hombre realizando por sí mismo la fabricación de armas y otros instrumentos, la justicia y el aprovisionamiento, cosas fáciles para nuestro bárbaro antecesor que lograba milagros con su feroz egoísmo; tampoco es posible al hombre de estudio, al investigador de nuestra era atender a todos los aspectos de la fenomenología, recorrer la variedad de las relaciones, abarcando todos los órdenes de la realidad, pues mientras ésta acrecienta ilimitadamente su acervo a través del tiempo y del espacio la inteligencia humana está sujeta a esas dos trabas formidables que se suman a la relatividad más desconcertante. De ahí que la creciente complejidad y amplitud de la vida solitaria conduzca a un ininterrumpido fraccionamiento de la ciencia. El hombre, de cara al cosmo y a la vida, en su eterno afán por la Verdad inasible, multiplica sus ojos inquisidores, nuevo Argos, pero cada ojo ha de ver sólo una fase del inmenso dato. Día a día asistimos a la constitución de nuevas ciencias y, en lo social, campo inconcebible durante el imperio del antropocentrismo

(mecanicismo) uno de los últimos vástagos la Sociología— tuvo el vigor necesario para convulsionar el casillero de las ciencias jurídicas y sociales.

Sería ocioso insistir respecto de la legitimidad de la multiplicación de las ciencias particulares. Pero asimismo sería imperdonable no preguntarse: ¿Son todas conexas; no constituyen las unas el antecedente indispensable de las otras aun sin pertenecer al mismo orden de conocimientos como ocurre, por ejemplo, entre las matemáticas, la astronomía y la mecánica; no es posible reducir a las afines a un «mínimum» fundamental que sería como el alma única que alienta en tan complicado organismo?

Mientras el proceso analítico ha conducido a la pluricidad (ciencias particulares), el sintético impone la unidad (encyclopedia). Resultando imposible alcanzar un total conocimiento de la ciencia se recurre a la «especialización» mas ¿será servir la tendencia del espíritu humano limitar la tarea a una exclusiva rama del saber cuando todo hombre de estudio encuentra que la meta de una disciplina lo coloca en el punto de partida de otra y aquella meta no es sino un punto de referencia, al fin, en la serie infinita de las metas? La aspiración de un estudio integral sería absurda entendida con un criterio de cantidad («in totum», pero es realizable entendida «en calidad» recurriendo a una labor selectiva que tuviera por finalidad desentrañar de la diversidad las bases comunes, los principios más generales que son la potencia indestructible mantenedora de la solidaridad de las ciencias particulares a pesar de todos sus pujos de independencia que no pueden tolerarse más allá de una honorable autonomía.

No nos ocupamos, queda dicho, de la encyclopedia «suma de saber», a la manera que lo fuera muy oportunamente la Grande Encyclopedia, sino de la que significa un ciclo o periplo de materias afines. El término «encyclopedia» se originó en la Grecia clásica para entender un estudio circular emprendido en las escuelas de segunda enseñanza. En Roma se usó una expresión análoga: «orbis doctrinarum» que era más bien una colección del «mundo del saber».

Algunos atribuyen el carácter de encyclopedia jurídica al *Corpus juris* y al *Speculum juris*: el primero contenía el «cuerpo»

de la justicia; el segundo era el «espejo» en que la justicia se reconocía. Sin embargo, tales obras no fueron sino colecciones legislativas para el uso de los prácticos. Cierta obra de un jurista alemán, Lagus, es la primera enciclopedia jurídica que se conoce, aunque es verdad que no ostentaba nombre de tal: (siglo XVI). Posteriormente (siglo XVII) se produjeron las de Hunnius y Tomassio. Pero fué menester la obra de Leibnitz, entre otros, y el inmediato influjo de Schelling y Hegel que afirmaban con el mismo entusiasmo el mérito de la enciclopedia, para que ésta fuera aspirante al rango de una ciencia independiente. Schelling aplicaba la concepción organicista del Universo a la ciencia y aducía que así como no es posible conocer la función y valor de un órgano sino en relación al organicismo de que hace parte, tampoco podía estudiarse fructuosamente una rama científica (órgano) sino en función de la ciencia total (enciclopedia). De ahí Schelling derivaba esta concepción: que la enciclopedia debería ser una «ciencia de ciencias» conteniendo «potencialmente» la materia de que se sirven las ciencias particulares. Para Hegel el Universo no es más que un proceso ininterrumpido y dialéctico del pensamiento absoluto. Este postulado lo traslada a la ciencia y sostiene que siendo ella una fase de tal desenvolvimiento, sus ramas (ciencias particulares) no son otra cosa sino pasos o momentos de esa fase y, por tanto, que las ciencias parciales no debían estudiarse sino en relación al todo desde que son simples aspectos de una ciencia fundamentalmente «una».

Schelling y Hegel provocaron un verdadero florecimiento de la literatura enclopédica, pero a fines del siglo XIX se advierte con Merkel el abandono de la concepción filosófica para encarar la obra desde un punto de vista preferentemente didáctico.

¿Cuál sería el objeto de una enciclopedia jurídica destinada a la docencia universitaria? Ante todo, mostrar la unidad fundamental de la ciencia del derecho «en sus permanencias abstractas», según la sugerente expresión de Picard y, además, representar en el plan de estudios el extremo límite de lo simple y abstracto ya que el desarrollo de los conocimientos ha de llevar a un paulatino grado de complejidad y de concreción, fórmula preconizada por Comte y antes instituida por Aristóteles.

La ciencia jurídica, no obstante sus divisiones y especializaciones, concurre a un fin único: la realización de la convivencia por la permanencia del ideal de lo justo. Todas sus ramas están íntimamente trabadas, son interdependientes, y si puede discutirse la posibilidad de la enciclopedia jurídica como realización científica no es juicioso dudar de la importancia de un curso enciclopédico para quien va a emprender el estudio del derecho en su integridad, lo que supone un conjunto de nociones previas, una síntesis, un panorama del vasto dominio de lo jurídico: desde la génesis del derecho, su organización en la costumbre (norma instintiva) y su traducción en la ley (norma reflexiva); hasta su diversificación en lo privado y lo público; lo adjetivo y lo sustantivo; lo interno y lo externo para establecer cómo todos los aspectos son imposiciones del genio social que trata de cercar de normas al veleidoso Bienestar; y veremos que el uno apoya sobre el otro sus construcciones, cediéndose elementos y compartiendo fronteras en un condominio admirable. Asimismo la introducción no podría olvidar que el individualismo se bate en retirada; que vivimos una era de imperativos sociales y que el estudiante debe ser iniciado en el contenido de parcelaciones recientes que, como las ciencias de la sociedad (por oposición a las del Estado), ofrecen grande interés y despiertan en el espíritu poderosas corrientes de renovación penetrando en el sistema de la moderna y noble metafísica.

Hemos indicado el objeto de nuestro curso y ha quedado de manifiesto su utilidad. Cousin ha parangonado la enciclopedia a una carta geográfica y a la enseñanza de una lengua para aquel que va a visitar el país en que se habla. Pepere, por su parte, la compara a un observatorio desde el cual el viajero contempla el país que a sus pies se dilata, mide la extensión y admira el conjunto. Todas estas imágenes resultan exactas. Sería excesivo, claro está, pretender que no pueda emprenderse el estudio del derecho sin intentar previamente el de la enciclopedia jurídica como sería igualmente afirmar que un foráneo desprovisto de un libro-guía no llegaría a conocer una grande y populosa urbe, pero es evidente que si de dos viajeros que se proponen visitar por primera vez una ciudad compleja entregamos tan solo a uno el plano con referencias y al otro lo dejamos librado al azar; el primero adquirirá un conocimiento

de la ciudad más ordenado y provechoso, obtenido en menor tiempo y más completo que el segundo que posiblemente excusaría su ignorancia con el relato de sus sorpresas, extravíos y perplejidades. Asimílese la ciencia del derecho a una gran urbe cuyas vías febres las constituyen las ciencias particulares; supóngase dos estudiantes, el uno «guiado» por principios fundamentales y el otro sin otra guía que su bella audacia y dígase quien está en condiciones de realizar una incursión más feliz, metódica y fructuosa en el dilatado dominio de lo jurídico.

Nuestro estudio, por fin, serviría para que el futuro doctor o abogado se posesionara, desde el primer instante, del tecnicismo propio para el éxito y la apreciación científica del tratadista y del profesional.

II. La circunstancia de significar nuestra asignatura un curso de iniciación y el de filosofía del derecho uno de culminación de los estudios jurídicos sociales en la Universidad nos obliga a detenernos brevemente en la distinción de estas disciplinas ya que no han faltado quienes las confundan o pretendan descalificarlas.

Entre otros, Fridlander y Karasievich las identifican; Zvérov las separa; algunos, como Korkounov, pretenden que deben sustituirse por una teoría general del derecho.

Habiéndonos ocupado de la enciclopedia como aspiración sintética y referido su origen y desarrollo, digamos algunas palabras acerca de la filosofía del derecho. Durante los siglos XVII y XVIII los filósofos del derecho fueron los cruzados del derecho natural («*jus naturale*»). Grocio y sus continuadores se lanzaron en el más fervoso apriorismo, persiguiendo un derecho-ente, un derecho-sustancia, absoluto, inmutable, superior a los hombres y, según Grocio lo sostenía, superior al designio de la propia divinidad puesto que tal derecho «existiría aunque Dios no existiese». Los filósofos del derecho no podían sino aplicar a la naturaleza del derecho el concepto vigente para el Universo: se hablaba de primeras causas, de primeros principios, de verdaderas categorías metafísicas a que se ascendía por escalas de sofisma. Así se mantuvo el estado de la ciencia hasta la aparición de la escuela histórica (Hugo, Savigny, Puchta) que echó las nuevas bases del derecho haciendo posible su concepción positiva y humana. La filosofía del

derecho abandonó las categorías absolutas y contrajo su afán al estudio crítico del derecho, tal cual se objetiva en las normas para concretar el nuevo ideal jurídico destinado a realizar su hora de arrogancia. La filosofía del derecho resulta una ciencia que discute y estudia, mientras que la enciclopedia afirma y expone, según la atinada distinción de Zvériov. La enciclopedia muestra al derecho tal cual es: la filosofía tal cual debe ser. La primera exhibe la trama del derecho; la segunda persigue la razón del derecho. Podríamos decir, recurriendo a una expresión gráfica, que la enciclopedia considera el derecho desde un punto de vista preferentemente estático, mientras que la filosofía lo contempla desde un punto de vista dinámico. Y aquí tocamos lo relativo a una novísima concepción que pretende desplazar tanto a la enciclopedia como a la filosofía del derecho, pues no serían otra cosa—dice Korkounov— que «elementos previos de una disciplina más amplia: la teoría general del derecho». Despejada la mala atmósfera en que ha vivido envuelta la filosofía del derecho a causa de su error teleológico no puede dudarse de que, precisamente, el objetivo actual de tal disciplina es formular una teoría general del derecho, coordinando y sistematizando las conclusiones de las ciencias jurídicas particulares. Así lo reconoce Carle cuando expresa que lo que «importa al filósofo del derecho es seguir a grandes rasgos la explicación progresiva de la grande idea de lo justo»; mientras que el enciclopedista del derecho se limitará a exhibir las líneas generales que circunscriben la expresión jurídica: éstos realizarán una labor anatómica del derecho, aquellos una labor fisiológica.

Enciclopedia y filosofía se relacionan íntimamente. Sería truncar el proceso de integración de la realidad jurídica, concebida en su aspecto genérico, si no se la sometiera a la crítica filosófica asentada sobre un riguroso método positivo; como sería peligroso pretender la concepción de una filosofía que ignorase la íntima armonía de la juridicidad y no partiese de tal punto de vista. El enciclopedista modesto de hoy está destinado a transformarse en el osado filósofo de mañana.

EL PAISAJE DEL SUR DE CHILE

Me preocupa, desde, algún tiempo a esta parte, cuanto al paisaje chileno se refiere.

Voy ahora a formular algunas observaciones sobre el paisaje austral, el más interesante y el menos conocido de cuantos presenta nuestro país.

Si el Sur, la antigua frontera, por siglos ha producido el pánico de la presencia oculta de la indiada, el Sur remoto, el lejano Sur, como quien dijera el Far West el de los canales y archipiélagos sólo nos evoca el temor ante los peligros naturales.

Cuanto la fantasía no llegó a crear, allí lo realiza la naturaleza.

Sólo en el último tiempo hemos venido a descubrir aquella nuestra tierra: Todo parece sernos extranjero allí: el clima hostil, el fiordo hondísimo lleno de vericuetos peligrosos, la abrupta montaña cubierta de selva impenetrable y hasta los nombres de los parajes. Así, un monte será el Fitz Roy, una isla se llamará Wellington, un canal, Smith; pero los hermosos nombres chilenos que comunican nuevo sabor al territorio, aquellos que nos hablan de nuestra raza de vieja tradición española, esos no sellan con el cuño de nuestra nacionalidad la región más hermosa de la tierra.

Los artistas de aquí aun no han hecho nuestra con sus descripciones esa «tierra incógnita», tierra desconocida como aparece en los mapas.

Apenas si uno que otro fotógrafo, como el padre Agostini, se ha aventurado por tal región maravillosa.

En sus vistas hemos podido observar las manadas de focas en los roqueríos costaneros y vislumbrar la magnificencia de los crespúculos en esa tierra única.

La mayor parte de los literatos chilenos, engolfados en la servil imitación de lo europeo, olvida lo nuestro, siendo que es más bello que lo más hermoso que de Europa pueda venirnos.

Bórquez Solar, en el afán de describir su tierra, ha pretendido en las inéditas «Canciones del Cielo, de la Tierra y del Mar», darnos la impresión de Chiloé y del Archipiélago «desde la nube, hasta la brizna de yerba que los vientos impelen, según su propio decir. Pero sus escritos de la tierra natal se resienten de exótismos fraseológicos.

Armando Dónoso, en la introducción de la *Pequeña Antología* se lo echa en cara elocuentemente. Bórquez Solar tiene buenos versos en *El Trovador del Archipiélago* cuando canta el recuerdo del pasado, que en Chiloé dejó hondas raíces.

Dicen así sus versos:

Arriba en la colina, se duermen los cañones
Que el rojo orín enfunda, a la lluvia y al sol,
Del castillo no quedan ni los viejos bastiones
Que alzó la mano heróica del abuelo español.

Y en la noche, siempre más propicia que el día para las fantasías del poeta, oye Bórquez alertear las claras voces castellanas que bajan de la colina en donde aun se elevan los restos de la antigua San Carlos, hoy la nebulosa Ancud.

Con toda la ingenuidad que le falta a Bórquez Solar, con la sencillez eglógica de un primitivo, ha ido a hacer sus llanas descripciones a las islas del liróforo antedicho, un espíritu joven y fuerte.

Me refiero a Pedro Prado, quien en sus *Pájaros errantes*, en artículos y en su desconocida *Ciudad de los Césares* nos da la impresión precisa de la vida y del paisaje isleño.

Transcribo algunas de sus frases, por considerarlas clásicas en nuestra literatura:

«Distante, en la ensenada, una balandra se mueve apenas flotando en el agua tranquila. La sombra proyectada de la isla comienza a trepar por la vertiente de las colinas del otro lado

de la angosta ensenada. Más luminoso y resplandeciente, entre las oscuras riberas, clarea el mar apacible.

De los boscajes espesos fluye un olor acre a humedad y maderas podridas. Desde algunas revueltas del sendero se divisa la tranquilidad indiferente de grandes panoramas: islas e islas medio sumergidas en aguas soñolientes y luminosas, vastos aires en reposo y lejanías azules e indefinibles por brumas nacientes. Un frío sutil y penetrante viene de las malezas en sombra y denuncia, una vez más, que la noche se avecina».

Don Benito Pérez Galdós en uno de los episodios históricos, fijó incidentalmente su mirada austera sobre aquel extremo del Mundo. «Los esteros y canalizos del Archipiélago, las angosturas y desfiladeros», «Laberintos habitados por monstruos», «las calles y callejones de aquella Venecia desconocida», los «arrecifes» «que forman huroneras» en el oscuro dédalo de Chiloé», son las frases que le inspira eso que él, temeroso, llama «la madeja intrincada», el fantasma del Archipiélago».

Uno de los encargados de la Comisión de Límites (1), en 1899, describe así sus recuerdos de las «interminables jornadas patagónicas» donde los únicos entretenimientos son los «de correr a un aveSTRUZ o de matar un guanaco, de perseguir un huemul o de acotagar un león»: «caminábamos a la lenta marcha de nuestra tropa, días, semanas y hasta meses sin encontrar en nuestro eterno camino ni una vivienda, ni una persona extraña que significara un cambio a nuestra vida y a nuestros panoramas siempre iguales». En aquellas regiones de montaña donde forman «poético contraste los sombríos y enmarañados bosques de la orilla, con las azuladas y tempestuosas aguas del lago», sólo se pudo viajar en verano, pues «cuando ya empezaban a soplar los vientos huracanados que desnuban los árboles y yestán los campos de blanca mortaja» todos hubieron de guarecerse en cuarteles de invierno.

No hace mucho, nuestra gran poetisa, después de purificar su corazón entre el hielo de un amor desventurado, fué ella misma a rodearse de blancura y de nieve en la inhospitalaria ciudad Magallánica. Me refiero a Gabriela Mistral, de quien se dijo que «con unos cuantos «brochazos» de su pluma nos

(1) Don Santiago Marín Vicuña.

describía paisajes o escenas del lejano y poco conocido Territorio de Magallanes». Ella, desde su helado destierro pudo escribir a un autor que le enviara una obra: «Su libro me ha traído en esta primavera las flores que en esta helada tierra no se han dado».

Voy a recitar uno de sus últimos poemitas, por ser lo que hasta ahora mejor me ha dado la impresión del paisaje de la Patagonia. Se llama *Arbol Muerto* y dice así:

En el medio del llano
un árbol seco su blasfemia alarga,
un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en las que el viento, vuelto
mi desesperación, aulla y pasa.

De su bosque, que ardió sólo dejaron
de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y lo lamió, como el amor mi alma,
y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada.

Los que amó, y que ceñían
a su torno, en Septiembre, una guirnalda,
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped
con una angustia humana.

Le dan los plenilunios en el llano
más dolorosa plata
y alargan tristemente
su sombra desolada,
y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga.

Hasta aquí lo hecho por los literatos. Quien deseare conocer más a fondo las bellezas de esa región tendría que adivinarlas

en las desmañadas descripciones de los exploradores y viajeros.

Darwin, al despedirse de Chiloé el año 1834, escribía en su diario. «Nos sentimos contentos de poder decir adiós a Chiloé, isla que sería encantadora si las lluvias no la entristeciesen tanto». Y el padre Cavada, laborioso varón amante de su tierra, escribe en su obra *Chiloé y los chilotas*. «Empero, nuestra Isla, triste, tempestuosa, envuelta en húmeda y fría niebla, ofrece, por la ley del contraste, en la buena estación el más admirable espectáculo: «sus días y sus noches son de espléndida belleza»; «sus golfos y canales tienen la tersura del espejo» y «sus islas de exuberante verdura semejan ramos de siemprevivas arrojadas allí por la mano de Dios para flotar sobre las aguas».

El paisaje de Chiloé nos deja en el ánimo una impresión de vaguedad y al mismo tiempo de solidez, tal vez por la firmeza del *alerce*—«el árbol simbólico de Chiloé—endurecido durante mil años en vientos y lluvias, incorruptible en el mar, fuerte y útil como el hierro». (Chiloé por Alfredo Weber).

Tal vez el único pintor nuestro que se haya aventurado por los lodosos caminos de Chiloé sea Isamitt. Allí encontró una nebulosa vaguedad, y cierta impresión de contornos muy conformes con el misticismo de su alma contemplativa.

En el carácter del chilote ha influido poderosamente el paisaje de Chiloé. Y es que el alma, dice el padre Cavada, acostumbrada a vivir en diario contacto con la triple majestad del mar, del cielo y la montaña, va adquiriendo cierta austeridad religiosa, cierta mística inclinación al silencio y a la soledad, una tendencia a lo sobrenatural que la hace vivir en un mundo ideal y soñar con visiones extraterrenas».

Dijo, Blasco Ibáñez, hablando de Chiloé: «Me encanta esa región insular con sus brumas y tempestades, con sus chilotas fuertes y pequeños...»

Más al Sur sigue una zona estupenda de belleza y de grandiosidad. Raro es el viajero que, escapando a las inclemencias del tiempo, baje a tierra y explore los contornos. Recuerdo haber oído de muy niño el relato de un marino que había vivido en un escampavía, levantando la carta geográfica de aquellas costas. Cuando bajaban a las islas, enterrándose en el barro,

para hacer triangulaciones, tímidas y curiosas bandas de huemules se acercaban a observarlos. Cierta noche de luna alojaron en medio de un bosque en un islote. En mitad del sueño despertaron oyendo unos ladridos fortísimos y pudieron ver, proyectándose en la blanca tela de la carpa iluminada por la luna las siluetas de grandes perrazos. Eran los descendientes de los que, en siglos anteriores, habían salvado de los naufragios. Del mismo modo, otras islas están llenas de cabros o de toros salvajes.

Todas esas tierras que presentan al ojo del observador un primitivismo grandioso y bárbaro, aun no han encontrado quien las describa dignamente. El mar de los canales también espera un autor que explote en su totalidad sus rasgos inconfundibles. ¿No es verdad que es una vergüenza que Chile, en gran parte esencialmente marino, no haya producido hasta hoy al artista que ha de cantar su mar? Nuestra acción se ha disuelto en meros tanteos. La obra definitiva y sintética aún no aparece. Ha quedado anunciada solamente en ciertas breves composiciones de Silva, de Prado, de Bórquez, de Dublé Urrutia, de Samuel Lillo y de su hermano Baldomero, y hasta me atrevo a agregar que también en las *Narraciones* del almirante Silva Palma. Pero el filón permanece inexplorado y los horizontes de nuestro mar no se han abierto más que fragmentariamente. A propósito de los atractivos desconocidos de esos mares, voy a referir un detalle de la narración que me hiciera un compañero que se atrevió a viajar por los canales en un buquecito a la vela: «Por las tardes, cuando la quietud desesperante de la calma marina seguía al estrépito de las tempestades, los marineros supersticiosos, echados sobre la borda del navío inmóvil, llamaban con silbidos y gritos angustiosos al viento que se negaba a hinchar las velas.

El pueblo ignorante de pescadores y marineros cree en un buque misterioso tripulado por brujos. El representa el peligro que acecha en cada roca, corriente o ensenada al marino expuesto a perderse en cualquier momento. El Caleuche tal vez sea el mito más pintoresco de nuestro pueblo. En las puestas de sol, cualquier nube enrojecida en el horizonte presenta a los ojos del medroso chilote el velamen siempre encendido del buque maligno. El Caleuche no es otra cosa que un símil más

hermoso del otro navío de brujos que inspiró a Wagner en *El Buque Fantasma*, «El músico germano tuvo el tino de unir su genio a la leyenda espontáneamente brotada del pueblo». He ahí la doble razón de su inmortalidad. La mayoría de los literatos de aquí sigue a los extranjeros, olvidando que si esos maestros son grandes en el arte es porque supieron encontrar lo genuino de sus respectivas razas y países.

¿Nada dicen mitos y escenas como los anteriores al que puede aprovecharlos artisticamente?

Aquello que no encontramos en los artistas, es necesario buscarlo en los relatos de los exploradores que con sus aparatos prosaicos han desentrañado el misterio de tierras desconocidas.

Hace apenas cinco años una Sociedad Científica de Buenos Aires emprendió expediciones con el objeto de saber a ciencia cierta lo existente en las zonas que en los mapas aparecen con el título de *Inexploradas*. Ademas de las observaciones científicas, se desprenden resultados de orden estético, que son los que deberemos considerar especialmente:

Podemos adivinar allí la belleza de los fiordos, de los lagos montañoses rodeados de selvas vírgenes, de las montañas cuyas paredes nevadas al ser heridas por el sol ponen en movimiento gigantescos aludes y podemos quedarnos pasmados ante la hermosura selvática y desconocida de ventisqueros de 30 y 40 kilómetros de extensión, de cerros como el Puntiagudo, cuya forma de obelisco perfora fácilmente las más altas nubes. Y así, llevándonos de milagro en milagro, nos hablan los exploradores de volcanes que en sus erupciones lanzan cenizas a enormes distancias, de volcanes muertos que, llenados de agua, se transforman en lagunas circulares, praderas pantanosas en mitad de la cordillera y soñadores y silenciosos lagos con témpanos flotantes.

Todo esto dará en lo futuro el más rotundo mentis a la afirmación hecha por Benjamín Vicuña Subercaseaux que dice que por formarse el chileno en un clima templado y en un paisaje mediocre, carece de imaginación para ser poeta. Ya que es grandiosa la naturaleza en nuestra patria, mientras más se acerque a ella el hombre, más grandiosas han de ser sus obras.

Más al Sur aun que todas las partes recién descritas, está

la tierra del Fuego, inmensa y desolada. Más ingrata y hostíl que la Siberia, ha sido tocada por uno de nuestros literatos para decir que en pleno siglo XX existía estancieros que pagaban diez pesos por cabeza de indio vivo y una libra por una de muerto. La región en que tales pruebas de exterminio se han realizado estando nosotros en vida, como para ocultar el dolor por la pérdida de su raza autóctona, se cubre eternamente con blancura. Cuando en el verano la capa de hielo y nieve se retira, ocupan su trecho los enormes mares de ovejas.

Las llanadas magallánicas, presentan, simbólicamente, una inmensa y blanca página intacta que sólo espera los signos que en ella ha de grabar la robusta mano del moderno arte chileno, arte conforme con nuestra raza y con nuestro paisaje.

VICTOR ALFONSO.

TENTATIVAS DE CHILE EN 1879 PARA SEPARAR A BOLIVIA DE LA ALIANZA PERUANA

Berlín, 27 de Noviembre de 1911.

Señor don Alberto Gutiérrez

Quito.

Muy estimado amigo:

El recorte que me manda Ud. y que se lo agradezco, se refiere al acto crítico y decisivo de mi vida: el que ha impreso rumbo a mi existencia, ha dado lugar a que me muerdan y despedacen, y me ha cortado las alas para volar.

Hace tiempo que yo he hecho luz sobre este asunto, primero en un opúsculo *Mi defensa*, que publiqué cuando me cerraron las puertas de la Convención, y después en el alegato que el doctor Ismael Montes presentó a mi favor en el Congreso de 1893, cuando la acusación contra Daza y Reyes Ortiz.

Ahora tengo que decirle sincera y lealmente que lo dicho en el recorte que me remite Ud. es exacto en el fondo, si bien en los detalles falta algo de verdad.

Santa María (1) propiamente no me buscó; pero aprovechó de mí y de mi viaje a Bolivia que yo realizaba sin otro propósito que el de repatriarme en ese momento de guerra, para rea-

(1) Don Domingo Santa María, Ministro de Relaciones Exteriores del Gabinete que presidió don Antonio Varas.

lizar, o mejor dicho, *tentar* la realización de un proyecto que *todos* acariciaban en Chile: la separación de Bolivia del Perú y el cambio del Litoral, por Tacna y Arica.

En Abril de 1879, todo el mundo, y especialmente los hombres dirigentes sentían la necesidad de atraerse a Bolivia y rectificar su frontera con la adquisición de Tacna y Arica.

Confieso que a mí me seducía este plan, y que siempre he creído que Tacna y Arica eran indispensables para la vida de Bolivia. Por eso cuando ví desarrollarse el proyecto, y Santa María me propuso trasmitirlo a Daza, yo lo acepté con entusiasmo, creyendo hacer obra patriótica y trascendental.

Yo no recibí notas ni comunicaciones de Santa María para Daza. Sólo recibí el *encargo verbal* de hacer saber a Daza que en Chile había buena disposición para un arreglo con Bolivia, mediante la cesión de Tacna y Arica.

Pero yo no fui tampoco a «*tentar*» a Daza, y sólo me limité a decirle, *cuando él me mandó buscar* a la casa en que me alojé en Tacna, la de D. Manuel Granier,—que en Chile había buena disposición para un arreglo con Bolivia; que así me lo había dicho el alma de ese Gobierno, que era D. Domingo Santa María, y que habría posibilidad de entenderse fácilmente con él, si el Gobierno de Bolivia se mostraba de algún modo dispuesto a oír proposiciones de Chile.

Debo decirle que *en ese momento*, Daza y todos los bolivianos se encontraban sumamente descorazonados, desilusionados y hasta heridos, por el modo cómo se les había recibido en Tacna, én donde habían podido también ver que el Perú no estaba preparado para la guerra y carecía de elementos.

Y aquí debo declarar que encontré a Daza con ideas muy levantadas, lleno de espíritu patriótico, ansioso de gloria y con profundo desprecio por el Perú. Mostróse desinteresado, previsor, pero muy desconfiado con respecto a los procedimientos de Chile, de los que ya tenía él conocimiento por las cartas de Justiniano Sotomayor, que Reyes Ortiz, Farfán y otros peruanófilos habían hecho publicar por la prensa, creyendo dañar a Chile y hacerse valer ante el Perú. Daza, meditando, y con esa rapidez de concepción de los hombres enérgicos, me preguntó cómo podría hacer para entenderse con Chile.

Le contesté que Chile podría mandar un emisario, secreto

o público, siempre que supiese que él lo respetaría, y agregué que, a mi juicio, ese emisario podría ser D. Eusebio Lillo.

Me preguntó quién era Lillo, y muy sorprendido yo de que no le conociera, pues Lillo había estado varias veces en Bolivia, le dije que era un poeta muy celebrado y con grandes relaciones en Bolivia. Manifestó cierto desagrado, diciendo: «Estos escritores nunca sirven para nada». A lo que yo le repliqué que Lillo era una persona de importancia, muy amigo del Presidente Pinto y más del Ministro Santa María.

Daza se mostraba meditabundo, buscando, a mi juicio en la memoria, quién pudiera servir para el caso, y llegó a preguntarme si podría ser bueno para el efecto Eguino, un Teniente Coronel que estaba en Chile, como prisionero de Calama. Le contesté que no, porque no creía que Santa María confiase tan alta misión a un personaje secundario, y fui yo mismo quien entonces le indicó el nombre de D. Gabriel René Moreno.

«Antes de salir de Chile, yo había hablado con Moreno de estos asuntos, le había comunicado las ideas de Santa María, y manifestádole que éste me encargaba trasmítirlas a Daza y hacerlas conocer en Bolivia.

Yo no tenía mucha intimidad con Moreno, que era de mucha más edad que yo, y le trataba con el respeto que me inspiraban su carácter, su reputación literaria ya hecha y su posición superior a la mía, pero en aquellas horas de congoja y ansiedad patriótica, solíamos departir sobre la guerra, discutiendo el problema de la victoria, comunicándonos nuestras esperanzas, confesando nuestros temores.

El era optimista, y aunque habiendo vivido muchos años en Chile, no lo consideraba pueblo guerrero, ni se mostraba consciente de sus elementos de fuerza. Juzgaba que Bolivia y el Perú, aliados, constituyan una fuerza muy superior a la de Chile; creía que las naciones de Europa y América, no habían de consentir en la expansión de fronteras que Chile pretendía, y que, aun cuando el triunfo favoreciese a Chile en los campos de batalla, la victoria habría de ser a la larga de los aliados, que con su resistencia aniquilarían a Chile.

Yo solía discutirle, alegando que las poblaciones del Perú y Bolivia, no podían prestar gran contingente guerrero, que los recursos bolivianos habían de agotarse, que nos faltaban

jefes idóneos, y que el Perú era una entidad negativa; que a Bolivia le convenía más la adquisición de Tacna y Arica que la posesión del Litoral, etc.

Y en este punto, debo hacer notar que Moreno, que había crecido en Sucre, y cuyas afecciones eran todas por el Sur de Bolivia, no daba gran importancia a la adquisición de Tacna y Arica, que yo consideraba de vital importancia para Bolivia.

Pero el punto en que más divergíamos, era el referente a la intervención de la Argentina, que Moreno creía inevitable, mientras yo la consideraba, más que dudosa, irrealizable.

Moreno había sido amigo de D. Félix Frías y de D. Santiago Estrada, y de otros argentinos que odiaban fuertemente a Chile, y las ideas de éstos las hacía extensivas a todo el pueblo argentino.

A pesar de mi inexperiencia, juzgaba yo que la Argentina, pueblo cosmopolita y de tendencias especulativas, negligente y flemático, no se lanzaría a la guerra, para sostener un ideal tan abstracto como el del «equilibrio americano»; y que, por otra parte, si quisiese hacerlo, contra la voluntad de sus hombres dirigentes, tan amigos todos de Chile como enemigos de Bolivia, sería contenido por el Brasil.

Estas discusiones casi familiares, o mejor dicho, charlas íntimas, que traslucían la zozobra de nuestras almas y las ansiedades de nuestro patriotismo, fueron la base del papel muy importante, pero oscuro y que se prestó a interpretaciones diversas, por desgracia, que ambos desempeñamos en los meses de Abril y Mayo de 1879.

Yo intervine, llevado por un ardor juvenil y patriótico, bajo la inteligencia de que Bolivia podía adquirir Tacna y Arica, con lo que, a mi juicio, sería grande, feliz, y sobre todo completa e independiente.

Moreno obró bajo el supuesto de ejecutar un acto patriótico, cuya importancia no se le ocultaba, pero cuyas responsabilidades le asustaban. Conociendo mejor que yo la vida y los vericuetos de la política, vacilaba, temía, y sólo se decidió, cuando supo que el Presidente de Bolivia estimaba necesario su concurso.

Por otra parte, de carácter sibarita y tímido, Moreno se asustaba ante las contingencias de un proyecto secreto, de una

aventura arriesgada, cuyas emergencias podían ser desagradables.

Lo que principalmente hacía vacilar a Moreno era la mala idea que tenía de Daza, a quien calificaba de déspota, arbitrario, ignorante y mal intencionado. Se consideraba su enemigo y temía encontrarse al alcance de la mano de él.

Yo, por el contrario, sin conocer a Daza, tenía de él un concepto muy levantado. Para mí, militar, joven y valiente, debía ser hombre ansioso de gloria y del bien de su país. Así me lo pintaron también el Coronel Eguino y algunos de los prisioneros de Calama.

Moreno, espíritu recto y tímido, si bien comprendía las grandes ventajas que podían resultar para Bolivia de un arreglo con Chile, sentía repugnancia a entenderse con un país que, sorpresiva y casi traidoramente, había ocupado el Litoral, y a la vez, mostraba resistencia a abandonar al Perú. Juzgaba Moreno que el Perú podía hacer frente a Chile, y que la alianza pactada por Adolfo Ballivián, de quien era idólatra, debía respetarse. Para él, las ventajas que podrían alcanzarse mediante arreglos con Chile, nunca serían tantas como las que se obtuviesen con la victoria.

Hacía poco tiempo que Moreno había estado en Lima, y tenía sobre los recursos, la riqueza, la fuerza y el poder de este país, una idea exagerada. De ahí sus vacilaciones y repugnancias para aceptar abiertamente un arreglo con Chile.

Conviene tener presente que antes que a mí, y por diversos conductos muy autorizados, habían llegado ya hasta Moreno esos proyectos de arreglos. Él, Moreno, tenía excelentes relaciones sociales con todos los hombres que ocupaban el Gobierno en Chile: Alejandro Fierro, Cornelio Saavedra, Francisco Puelma, los Concha, los Vicuña, eran todos amigos de él y todos alimentaban las ideas de paz con Bolivia, que eran dominantes en Chile.

Así, pues, cuando yo hablé con Daza, le manifesté que Moreno era la persona que podía informarle mejor sobre estos antecedentes, y la que podría venir a Tacna sin despertar sospechas; y aquí es preciso notar que Daza se mostraba muy temeroso de que el Perú se apercibiese de cualquiera tendencia

en favor de la paz. Me dijo que ya con la publicación de las cartas de Sotomayor, los peruanos, y especialmente el Almirante Montero, estaban muy recelosos, y que además en el mismo ejército boliviano se había despertado un sentimiento de hostilidad al Perú, que sus enemigos trataban de explotar.

Me habló entonces, colérico, de la actitud de algunos políticos bolivianos, como D. Belisario Salinas (que sin embargo patriótica y abnegadamente había venido a incorporarse al Cuartel General) y Federico La Faye, contra el cual se manifestaba enconado y temeroso.

En resumen, después de muchas divagaciones, que es inútil consignar, Daza me pidió volviese a Chile, especialmente para hacer saber a Moreno que estaría dispuesto a discutir proposiciones de paz de parte de Chile; que le recibiría con todo afecto; que nada temiese; y que, sobre todo, se convenciese de que trasmitiendo las proposiciones de Chile, prestaría un servicio importante a su Patria. Me recomendó todavía dijese a Santa María que yo había sido bien recibido, que él había escuchado con satisfacción que existía en Chile una corriente favorable a la paz con Bolivia, y que en todo caso, él trabajaría por todo lo que fuera ventajoso para la Patria.

Salí de Tacna, de vuelta para Chile, en el primer vapor, seis o siete días después de haber llegado allí, llevando en mi ánimo el convencimiento de que Daza se inclinaba a un arreglo con Chile; pero sin poderme explicar el misterio, la obscuridad de que se rodeaba. A mí me exigió la más grande reserva, y hasta me obligó a jurar de que a nadie revelaría nada de lo que habíamos hablado, lo que, sin embargo, se traslució en Tacna, no por indiscreción de nadie, sino por las cavilaciones y sospechas que se producen siempre acerca de los actos de un Presidente.

Es un punto muy importante, y que el historiador debe tener muy en cuenta, qué mientras yo fuí a Chile, el Presidente Prado con algunas fuerzas llegó a Tacna, haciendo propalar la voz y afirmando él mismo, de que se negociaba la compra de buques de guerra y mucho armamento en Europa. Esto, renovando las esperanzas, avivó la alianza de bolivianos y peruanos.

Desde Coquimbo, avisé mi vuelta a Moreno, y en cuanto

llegué a Santiago, visité a Santa María, que había tenido cuidado de enviar a mi encuentro a su hijo D. Ignacio, no sé si para protegerme o para celar mi discreción.

Dos o tres días después de mi llegada a Santiago, se produjo la catástrofe de Iquique, que fué la ruina de la armada peruana y que cambió por completo la situación bélica, dando a Chile la superioridad naval, que fué el elemento principal de su victoria.

Naturalmente, desde ese momento las cosas cambiaron, y la opinión de Chile, que se mostraba favorable a un arreglo, dejó de manifestarse así.

Desde entonces la ambición de Chile creció. El pueblo vió las probabilidades de un triunfo fácil, y los políticos se mostraron con ideas contrarias a las manifestadas antes.

La corriente de amistad y benevolencia que había existido, se cambió por una de animosidad.

De ahí que Santa María, o mejor dicho el Gobierno de Chile, del cual aquél era el alma, recogiese velas, como vulgarmente se dice.

Ya Santa María no me volvió a hablar, y ni aun pude verle más tarde.

Con Moreno se entendió; pero según supe por éste mismo, lo hizo con frialdad, con despego, como quien realiza un hecho que le importa poco, o del cual nada espera.

Esto explica por qué las instrucciones que llevó Moreno y las proposiciones hechas a Daza fueron tan mezquinas, hasta podría decirse ridículas. Ningún Gobierno, en vista de ellas, hubiera dado el paso trascendental que se perseguía antes y e aconsejó con tanto empeño.

Moreno llegó a Tacna, en donde encontró ya al Presidente Prado; y si bien el hundimiento de la *Independencia* había debilitado considerablemente el efectivo de las fuerzas peruanas, las ilusiones y esperanzas de los aliados habían crecido con los rumores de la compra de nuevas naves, la intervención de otras potencias y la llegada de algunos escasos contingentes de tropas.

Prado dominaba a Daza, que además estaba sugestionado por el círculo peruano, de que formaban parte Reyes Ortiz,

Farfán, Carlos Basadre y Guillermo Mac Lean, y algunos extranjeros, como Hellmann, Outram y otros casados con peruanas.

Había aún la sugestión de los políticos guerreros *a outrance*, como Camacho, el General Jofré, Nataniel Aguirre, Espectador Rivas y casi todos los bolivianos, que se mostraban iracundos y furiosos contra Chile, al que acusaban de conducta felonía, artera, etc., etc.

Todos éstos se mostraban llenos de esperanzas en un próximo triunfo, y creían, como artículo de fe, todo lo que Prado decía respecto a la adquisición de naves de guerra, armamento e intervención de los Estados Unidos o la Argentina.

Naturalmente, aquel medio ambiente influyó en la resolución de Daza, y de ahí que en cuanto llegó Moreno y le entregó las proposiciones que llevaba, desprendiéndose de ellas como asca que le quemaba la mano, Daza con infantil candidez, las entregó a Prado.

Ya no veía tan desesperada la situación, y creyó preferible seguir con el Perú, antes que unirse a Chile, que en resumen de cuentas no ofrecía nada.

Que Daza aceptó el hecho y reconoció que el viaje de Moreno obedecía al llamado de él, o mejor dicho a las órdenes que yo le trasmisí, lo prueba el hecho de que Moreno pudo volver tranquilamente a Chile, y más que todo, de que Daza le nombró Secretario de la Legación de Bolivia en París!

Ahí tiene Ud., mi amigo, la relación sucinta y verdadera de los hechos que narra Bulnes, y que como buen amigo ha puesto Ud. en mi conocimiento.

Quizás debo agregar todavía, que yo pude ver en Santiago a Moreno, de vuelta de Tacna, desilusionado, abatido, creyendo haber sido el juguete de una intriga y sintiendo haberse mezclado en un asunto que él no creía perfectamente correcto. Rabiaba contra Santa María, considerándole el Mefistófeles de Daza, y contra éste, juzgándole falso y artero.

Moreno volvió creyendo sinceramente en el triunfo de los aliados.

A pesar de haber vivido tantos años en Chile, desconocía los recursos y el empuje de este pueblo, que, por otra parte, fué para todos una revelación y un prodigo de esos que sólo

el patriotismo opera. Venía, además, con las esperanzas que Daza le hizo consentir, revelándole las que Prado alimentaba, sincera o falsamente, y propalaba con empeño, acerca de la adquisición de blindados e intervención de la Argentina o Estados Unidos.

Por mi parte, yo, después de Calama, nunca creí en el triunfo de los aliados, ni en intervención alguna, menos en la de la Argentina; y quedé asombrado y anonadado al ver de cerca el entusiasmo y ardor con que los chilenos de todas las clases, se lanzaron a la guerra.

En el punto referente a las expectativas de la victoria, diferíamos sustancialmente con Moreno, que al principio la creía dudosa en favor de Chile; después de su viaje a Tacna, muy posible en favor de los aliados, y sólo al último, después de las batallas de Tarapacá, vislumbró el resultado final, que deploramos.

En cuanto a mí, volví a Tacna, y de allí a La Paz; y mi opinión actual, después del transcurso de tantos años, es que Santa María obró al principio de buena fe, queriendo atraer a Bolivia, dispuesto a darle Tacna y Arica, no por favorecerla, sino en cambio del Litoral, en odio al Perú, al que detestaba; y porque juzgaba, *entonces*, que Chile, con la adquisición del litoral boliviano y de Tarapacá, se hacía suficientemente grande.

Mi convicción es que Santa María obraba *entonces* sincera y lealmente, tratando de realizar las ideas que alimentaba desde años atrás, desde que estuvo en el Perú, conforme a su patriotismo y criterio chileno, y que, en aquella época, eran generales en Chile.

No debe olvidarse que las proposiciones de Chile traídas por Moreno, sirvieron eficazmente para modificar el tratado de Alianza, que era muy oneroso para Bolivia. Merced a ellas muchas de las obligaciones que pesaban sobre Bolivia, fueron canceladas o modificadas.

De esta fiel y exacta relación, referente al punto histórico que trata Bulnes, se desprende que obré honradamente y creyendo servir con patriotismo los intereses de mi país. Si erré, si obré como iluso, si quizás procedí mal, fué en todo caso honradamente y guiado por el más puro patriotismo.

No creo haber sido iluso, ni menos obrado mal, porque la verdad es que en aquella época la opinión chilena era favorable a Bolivia, y la oportunidad propicia para una rectificación de fronteras y la realización del sueño dorado de los más ilustres bolivianos: la posesión de Arica.

El tiempo y los hechos están probando que Bolivia necesita de Tacna y Arica; y yo fuí, guiado por el buen sentido y la sana razón a la consecución de ese fin.

Desde que todos en Chile, en esos momentos, ansiaban un arreglo con Bolivia sobre la base de Tacna y Arica, hubo sobrado motivo para que yo juzgase posible la realización de ese acontecimiento trascendental.

Aquella corriente de opinión era tan poderosa, que es ella la que decidió a Santa María a poner en práctica su plan diplomático, que parecía a todos de muy fácil realización, dadas las ventajas que él ofrecía a Bolivia. Aquella idea dominante persistió con fuerza en Chile, hasta la batalla de Tacna, si bien ya algo debilitada por la ocupación de Tarapacá, que avivando la ambición chilena, hizo ver la posibilidad de la victoria, sin la necesidad de la concurrencia de Bolivia, y le infundió nuevas ambiciones.

Fué entonces que para contener y desvirtuar las corrientes de opinión favorables a Bolivia, lanzó Vicuña Mackenna aquel famoso grito, de tan trascendental consecuencia: *No soltéis el Morro*. Ese grito histórico cambió la opinión, y está probando que hasta entonces se pensaba en Chile dar a Bolivia Tacna y Arica, o sea sintéticamente el Morro.

Estoy tan convencido de haber obrado entonces bien y patrióticamente, que si se repitiesen los sucesos narrados, y se me presentase la ocasión de desempeñar igual papel, no vacilaría en aceptarlo, aun cuando sea sacrificándome.

Las amarguras, sufrimientos y torturas que he experimentado por mi pasada actuación, no debilitarían mi propósito, siempre que se tratase de la adquisición de Tacna y Arica.

El éxito no coronó el plan de Santa María, que era la idea dominante en Chile.

El Destino frustra así, a veces, los más bien intencionados propósitos y cambia el curso de los sucesos.

El éxito hace a los hombres grandes y les da gloria. Un fracaso arruina, desprestigia y aun mata.

Fuí víctima del Destino, como Bolivia entera fué víctima del Acaso. La victoria la habría hecho grande; la derrota la ha empequeñecido.

Quién pudiera prever los sucesos y predecir el futuro!
Créame siempre su afmo. amigo S. S.»

LUIS SALINAS VEGA.

LA FILOSOFIA DE TOMAS CARLYLE

(Conclusión)

Si un individuo poseyera tan sólo una buena cualidad moral, con esto tendría ya asegurada la posibilidad de llegar a ser un hombre moralmente bueno: «es la primera semilla lo esencial; todo un bosque o un matorral tienen a menudo como padre una sola semilla». Hay que aclarar, sin embargo, que el hecho de que un hombre sea moralmente bueno no significa que sea infalible. Todos los hombres cometan faltas, y así, para juzgar de su verdadero mérito no es bastante tomar en consideración los detalles exteriores de su vida, porque estos detalles pesan muy poca cosa si ignoramos las luchas secretas que mantiene, sus tentaciones y sus remordimientos. La existencia del hombre no es sino una serie continuada de fracasos y de errores, y todo hombre sincero reconoce los que ha cometido, de todo lo cual, podemos deducir que «la peor de todas las faltas consiste en creer que no hemos cometido ninguna». *La sinceridad, por lo tanto, nos da la medida de la dignidad de un hombre.* Es necesario que no olvidemos esto, pues aquí nos encontramos con el verdadero fundamento en que descansa toda la ética de Carlyle.

Es indudable que todo hombre moralmente bueno es en cierto sentido heroico, y, «la primera característica de todos los hombres heroicos, en uno o en otro sentido, es una sinceridad honda, grande y verdadera». Deberíamos, pues, con-

gratularnos si todos los hombres fueran sinceros, y en ningún modo nos está permitido despreciar a los que tienen el valor suficiente para confesar sus errores: no consiste el mayor de los males en disfrutar los placeres, ni aún cuando esto se hubiera convertido en hábito, no, el daño está en que nos convertamos en esclavos de los vicios. Podemos, por lo tanto, fundar halagadoras esperanzas en un individuo que pueda dominar sus vicios y que sea capaz de abandonarlos tan pronto se convenza del error en que se encuentra.

Personas hay que confunden el ser sincero con el ser comunicativo, y así es como caen en el error de creer sincero un individuo que esté siempre dando a conocer sus opiniones sobre todo asunto que llegue a su conocimiento. Hay que combatir este error, porque «cada persona debe juzgar por sí misma qué parte de sus ideas puede dar a conocer a los demás». Esto nos autoriza, concluye Carlyle, a defendernos de las indiscreciones de ciertas personas que tienen la costumbre de inquirir cosas que no debieran; y esto podemos hacerlo de dos diversos modos: o no damos las informaciones que se nos solicitan o bien, siendo imposible seguir este camino, damos informaciones falsas. De este principio cuyo valor puede justificarse en la vida diaria, se desprende que las mentiras no sólo deben ser permitidas, sino que, hasta cierto punto, son a veces necesarias. Es claro que el abuso de ellas causaría grandes males y de ahí el que se deba insistir en que únicamente pueden emplearse en caso que a ello nos obligue la imprudencia de algún indiscreto. Hay, además, profesiones en que a diario y justificadamente se calla la verdad, como sucede en la medicina; un buen médico, con el objeto de que no decaiga el ánimo del su enfermo, a menudo lo engaña respecto a la verdadera gravedad de su mal. Recordemos que según Schopenhauer, hay también mentiras que llegan a ser sublimes: si una persona se atribuye la responsabilidad de una mala acción cometida por un ser que le es querido y a quien no desea que el mundo crea culpable, no se podría negar que tal persona emplea una mentira que a nadie perjudica, excepto a ella misma. En tal caso, el mentiroso en vez de ser reprobado merece nuestra admiración, porque si hay nobleza en sufrir valientemente por culpas ajenas, no hay duda que él ha ejecutado un acto

noble. No es raro encontrar ejemplos de esta clase de abnegación: hay muchos casos de madres que han sido heroínas de tales actos.

Ya hemos visto que la vida de la creatura humana es una serie de caídas de las cuales se levanta para seguir luchando por avanzar. ¿A qué se debe esto? ¿Qué es lo que el hombre espera? ¿Qué es aquello que le da tanta fuerza, tanta perseverancia, para avanzar sin sentirse jamás abatido? No es sino el hambre de felicidad lo que lo alienta, la felicidad que es para él como un fanal que en una noche de tormenta le indica el puerto, obligándolo así a avanzar siempre con la esperanza de alcanzarlo.

El hombre persigue la felicidad sin encontrarla jamás, porque ya desde que el hombre existe sabemos que alcanzarla es tan difícil como llegar a alcanzar los pies de oro en que, según la hermosa leyenda, descansa el arco-iris. La pena, la infelicidad, tiene su origen, dice Carlyle, en que el hombre anida en su pecho un jirón de infinito que no puede sepultar, en el mundo finito que lo rodea, o, lo que es casi lo mismo, porque es ambicioso en demasía y jamás está conforme con su situación. De aquí que se considere siempre infeliz; pero como desea alcanzar la dicha, vive de la esperanza, la razón de su existencia es la esperanza. Pero si el hombre no logra la felicidad, dice Carlyle, nadie sino él mismo es culpable de ello porque «no ha seguido fielmente la Naturaleza y sus leyes». De todos modos, hay una cierta clase de felicidad posible de alcanzar, la única felicidad a que debe aspirar todo hombre digno: el *Trabajo*.

No hay situación que no implique el cumplimiento de un deber y que no tenga como guía un ideal: cumplamos, pues, el primero y tratemos de realizar el segundo, no perdiendo de vista que el ideal se encuentra en nosotros mismos y que, los obstáculos para alcanzarlo se encuentran también en nuestra propia persona. Nuestro deber entonces, es trabajar, *producir* algo, aunque sólo sea una cosa insignificante. Cuando una persona se encuentra entregada de lleno al trabajo, no parece sino que su alma se hubiera convertido en armonía. El deseo de terminar nuestra labor nos aproxima cada vez más a la verdad, porque nos pone en comunión con la natu-

raleza. Ya no es posible, agrega Carlyle, que siga imperando aquello del «*Nosce te ipsum*» (Conóctete a ti mismo) de los antiguos: «el moderno evangelio de este mundo: es: conoce cuál es tu trabajo y hazlo». Así, pues, la única felicidad que debe ambicionar un hombre digno es sólo «la necesaria para concluir su tarea».

Podemos concluir de todo esto que además de la «sinceridad», que sirve de base a toda su ética, Carlyle considera «el trabajo» como la otra piedra angular del edificio de lo que llamariamos un hombre moral.

La *unión* que puede existir entre diversos individuos de un grupo social, es considerada también por Carlyle como un factor muy importante, y es mientras trata de este asunto cuando se ocupa brevemente de aquella unión ideal que llamamos *Amor*. Son muchos los centenares de páginas que se podrían llenar hablando detalladamente de esta pasión sobre cuya naturaleza tanto se ha discutido y a la que tan diversas definiciones se ha dado. Sólo citaremos la definición de Spinoza que es la más sencilla y que reza así: «*Amor est titilatio, concomitante idea causae externae*», lo que significa: «El amor es un placer acompañado de la idea de una causa externa». (B. de Spinoza, «*Etica*», parte IV, emoción VI y proposición XLIV).

Dice Carlyle que uno de los primeros problemas que debemos resolver para tener éxito en la vida, es el que se refiere a nuestro amor por alguien y por algo. Es cierto que nos consideramos ligados a todos; pero hay una clase especial de atracción, como la que existe entre el polo positivo y el negativo en los imanes, que tiende a aproximar precisamente seres desemejantes: es esta aproximación, la que se llama amor cuando se desarrolla entre individuos de sexo diferente. Verdad vieja es ya que el amor une seres que en nada se parecen, lo que se debe a que cada individuo busca las cualidades que él no posee. No es el caso de sostener, como algunos lo han hecho, que si un hombre ama a una mujer es porque ella tiene un carácter completamente diferente al suyo, pues la verdad es otra aunque el resultado sea casi el mismo: no es un carácter contrario al suyo lo que el hombre busca, sino un carácter que posea aquellas cualidades que él no tiene, de modo que ám-

bos se completen. Entre las infinitas teorías que sobre el amor existen, es muy común aquella que se empeña en considerarlo como un delirio, afirmación que Carlyle cree errada, pues, considera que se trata más bien de un sentimiento que nos lleva «a distinguir lo infinito dentro de lo finito, o de la idea hecha realidad».

Es lástima que Carlyle no se explaye lo bastante sobre este tópico y que lo poco que dice no sea ni nuevo ni importante, y es lástima porque sabemos que la influencia que el amor tiene en la vida moral de todos los mortales es enorme.

Debemos constatar en este lugar que Carlyle afirma que la moralidad está íntimamente relacionada con la intelectualidad y nuestras demás fuerzas intelectuales. Es indiscutible que todas nuestras facultades superiores están relacionadas entre sí; pero hay una gran diferencia entre reconocer este hecho y el afirmar que «si conociéramos una de ellas podríamos conocerlas todas». Y añade que «sin la moral la inteligencia sería imposible, y, un hombre completamente inmoral sería un ignorante» (*«Hero-W.»*, p. 339). En defensa de tan peregrina teoría dice que para que el hombre pueda conocer una cosa, es necesario que se encuentre relacionado con ella, que simpatice con ella.

En todo esto Carlyle sostiene un error manifiesto, porque la moralidad y la inteligencia, si bien relacionadas, son cosas diferentes. Cualquiera de nosotros podría afirmar que conoce, muy a su pesar, hechos y cosas con que no simpatiza en lo más mínimo. Conocer un hombre en su aspecto moral no es lo mismo que conocerlo en su aspecto intelectual, y es muy raro encontrar una persona en quien ambos aspectos guarden armonía, es decir, es raro encontrar una persona que, moral e intelectualmente sea igualmente meritoria. No es extraño, pues, constatar que muchas personas de inteligencia superior son moralmente depravadas.

En alguna parte de sus obras, dice Carlyle, refiriéndose a la manera de conocer lo que es moralmente un hombre, que por la conversación de una persona se puede adivinar qué clase de actos pueden esperarse de ella. Esto tiene indudablemente tan sólo un valor relativo y con igual razón podríamos decir que según la clase de silencio que guarde una persona, así serán los actos que podrá ejecutar.

Terminaremos este capítulo estableciendo que Carlyle afirma (lo que no es una novedad), que la esencia genuina de la verdad no muere, que permanece siempre la misma, agregando que lo que está de acuerdo con la naturaleza es siempre lo verdadero y que, por lo tanto, el hombre sincero obrará de acuerdo con ella y con sus leyes.

Si reflexionamos sobre lo anterior, comprobaremos que se contrapone con otros principios del autor, cosa que sucede con frecuencia en Carlyle. Veamos: el hombre vive en sociedad, pensemos un momento de qué modo está constituida la sociedad moderna y consideremos qué llegaría a ser de esta sociedad si el hombre ajustara sus actos únicamente a los mandatos de la naturaleza. Por cierto que tal hombre sería perfecto juzgado desde el punto de vista naturalista; pero no sería en modo alguno *lo que llamamos* un hombre moral. Y mal que nos pese, tenemos que reconocer que sin la moral, la sociedad sería imposible o algo tan sucio que no valdría la pena vivir en ella, porque el hombre tiene todavía instintos salvajes y obrar de acuerdo con la naturaleza significaría obrar de acuerdo con estos instintos. La moral, es, pues, algo así como un freno accesorio que se pone a nuestra naturaleza para que la existencia en sociedad sea llevadera. Y en general, ¿qué es la educación (que no debe confundirse con la instrucción) sino una lucha contra nuestros malos instintos, es decir, contra la naturaleza? Estos instintos que podrían ser perjudiciales a la sociedad, la educación los aprovecha transformándolos, dándoles otra dirección.

IV

DE LOS HÉROES Y DE LA ADORACIÓN A LOS HEROES. — Si queremos conocer las ideas de Carlyle sobre los grandes hombres, debemos recurrir ante todo, a su obra «On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History», aunque no es ésta la única en que a tal asunto se refiere, porque, como ya lo dijimos, este es uno de sus temas favoritos y donde quiera que se le presente la oportunidad, le dedica ardientes párrafos. Como ya se vió en el capítulo I, este libro es la recopilación de seis conferencias dadas por el autor en el año 1840. En ellas estu-

dia al héroe considerado desde los puntos de vista siguientes: como divinidad, como profeta, como poeta, como religioso, como escritor y como rey, ilustrando cada uno de estos temas con la biografía y panegírico de los hombres más eminentes que han figurado a través de la historia y que podían considerarse dentro del marco del asunto de cada conferencia. Podría decirse, que, en suma, la obra no es sino una aplicación de sus teorías sobre moral, porque en todos los grandes hombres que alaba, encuentra las virtudes que ya ha predicado.

Pero al mismo tiempo este libro es un exponente de lo que eran sus ideas sobre la filosofía de la historia. Sabemos que esta ciencia moderna *procura* explicar los hechos históricos por medio de leyes generales, leyes que se derivan de la observación del desarrollo y evolución de los diferentes pueblos y razas. De este modo se reconoce implícitamente que todo gran hombre (la parte) se encuentra subordinado al pueblo (el todo). Carlyle sostiene, por el contrario, que la individualidad lo es todo. En contraposición a la teoría universalmente aceptada que dice que los grandes hombres no han sido sino los representantes del espíritu de su época, Carlyle sostiene que «la historia universal, la historia de lo que el hombre ha hecho en este mundo, no es en el fondo sino la historia de los grandes hombres que en él han vivido». Carlyle no se cansa de repetir esto mismo en tono y en formas diversas, e insiste en considerar como un hecho probado que los grandes hombres han sido los salvadores de su época, de todo lo cual concluye que «la historia del mundo no es sino la biografía de los grandes hombres». Por esto es por lo que Carlyle considera la biografía como una de las ciencias más agradables y provechosas.

Vamos a citar un párrafo completo en el que podremos apreciar hasta qué punto llega el desdén que muestra por la teoría que sostiene que todo genio es el producto de su tiempo. Hélo aquí:

«Mostrad a nuestros críticos un gran hombre, un Lutero, por ejemplo, y ellos empezarán a hacer un examen de él, no lo venerarán sino que le tomarán las medidas y terminarán por declarar que es un hombre de poco valer. Dirán que fué la creatura, el producto de su tiempo, que la época lo llamó, que el Tiempo lo hizo todo y él nada, excepto lo que nosotros

los critiquillos podríamos haber hecho también. Esto me parece un trabajo harto melancólico. ¿Que el tiempo lo llamó? ¡Ay! hemos conocido épocas que han pedido a grandes voces su gran hombre; pero que no lo han encontrado cuando lo llamaron. El héroe no estaba allí, la Providencia no lo había enviado, y el Tiempo, aunque clamaba con su voz más poderosa, tuvo que ir a la confusión y a la ruina, porque él no quiso venir cuando fué llamado» («Hero W.», pág. 259).

Como vemos, Carlyle cree que todo ser superior es como un relámpago de luz que nos enviara el cielo. Son palabras muy bonitas, sin duda; pero que suenan a huecas y que no prueban el hecho de un modo científico. Más aun, si reconocíramos esta teoría, no tardaríamos en caer en el fatalismo; perderíamos la confianza en el progreso humano y en su base, la educación, porque todo esto resultaría inútil toda vez que a la Providencia no se le antojara concedernos un genio. Confiamos en que la educación y el progreso han de producir hombres capaces de hacernos avanzar aún más. Es indudable que la educación puede contribuir en gran manera a producir grandes hombres, sobre todo cuando ejerce su influencia sobre inteligencias que nacen con una buena disposición natural, o en otras palabras, que tienen una buena herencia social, moral e intelectual, de acuerdo con la evolución de determinada familia; porque creemos que así como podemos constatar la evolución de un pueblo o de una raza, así también una familia determinada tiene necesariamente su evolución dentro de la raza o el pueblo a que pertenece.

¿Quién puede negar que la educación ha producido grandes hombres? Lo que hay de cierto es que en los tiempos actuales en que la cultura general se ha elevado mucho, no podemos distinguirlos como en la antigüedad; debido al alto grado de civilización alcanzado, no siempre les consideramos como tales; pero es indudable que estos grandes hombres existen y esto sin que necesitemos esperar su advenimiento como si se tratara de un milagro.

Si al término «héroe» no le damos otro significado que «hombre superior», es indudable que Carlyle está en lo cierto cuando afirma que el hombre debe obedecer a aquellos que son sus superiores en todo sentido, que son más nobles, más

sabios y más valientes. Sabido es que según sea la estera en que cada cual actúa, todo hombre obedece aun con placer a su jefe cuando está convencido que moral e intelectualmente es superior a él; pero no lo hará en el caso contrario sino porque la necesidad lo obliga.

«Hay algo divino en este mundo, la esencia de todo lo que ha sido o será divino: la veneración experimentada hacia la dignidad humana por el corazón de los hombres» («Past and Present», p. 275).

Este hecho es la expresión de una bella cualidad moral que implica la ausencia de egoísmo y de envidia, y Carlyle tiene razón al afirmar que «no hay en el corazón del hombre un sentimiento más noble que aquel que lo hace sentir admiración por otro que valga más que él» («Hero W.» pág. 240).

Pero llevado de sus sentimientos más bien poéticos que bien fundados, Carlyle se extralimita al afirmar que debemos venerar a los héroes sometiéndonos a ellos en todo y por todo, obedeciéndoles como si fuéramos niños. Cree que en este sentido es inútil hablar de «independencia», pues, la única libertad posible es la veneración de que debemos hacerlos objeto, y eso, si somos dignos de ser gobernados por ellos. Esta religión, concluye él, ha tenido eternamente sus raíces en el corazón del hombre y en todas las edades se ha manifestado claramente: podría afirmarse que sobre esta religión por cimientos «podría descansar segura toda política por el correr de los siglos y los siglos».

Como por esto se comprenderá, la confianza de Carlyle en el poder del Hombre Superior, no tiene límites, con lo que está en un error; pero está en lo cierto cuando afirma que no podemos estudiar la vida de un gran hombre sin que con ello salgamos beneficiados.

Esta admiración hacia los genios llega a convertirse en adoración a ellos (hero-worship) y cree Carlyle que «fuera de ellos no hay ninguna otra cosa que sea admirable». De acuerdo con esto, sostiene que la dignidad de un hombre debe medirse según la reverencia que sienta por estos seres superiores, porque «no puede un hombre dar una prueba más triste de su propia pequeñez, que su desconfianza en los grandes hombres».

Por cierto que todas estas teorías de Carlyle respecto a la veneración que se debe a los héroes, son en extremo exageradas y más parecen fantasías poéticas que otra cosa. Reconocemos que está en lo justo mientras habla de la admiración que todos sentimos al encontrarnos frente a un alma heroica; pero esa especie de religión panteísta que él propone, no sólo es imposible sino que también pueril. Sin embargo, debemos congratularnos de que haya exagerado de este modo porque así llamó la atención sobre un hecho que no debe despreciarse, como lo es este de la admiración por los grandes hombres. Esta teoría tiene indudablemente gran valor para contribuir a formar ciudadanos patriotas y eficientes, y es la educación, sobre todo, la llamada a servirse de ella.

Si comparamos estas ideas de Carlyle con algunas de Platón, nos es fácil constatar que los héroes del primero figurarían entre aquella clase privilegiada de gobernantes que establece el segundo en su utópica «República». Los héroes serían los verdaderos hombres llamados a gobernarnos. ¿Qué es la democracia, pregunta Carlyle, sino el fruto de la desesperación de poder encontrar héroes que nos gobiernen? Y es por esto por lo que Carlyle es un enemigo declarado de la tendencia democrática que trata de poner a todos los hombres a un mismo nivel.

Explayándose en sus ideas sobre la adoración a los héroes Carlyle reconoce que ésta no puede ser hoy día lo mismo que fué en tiempos remotos. En las diferentes etapas de su evolución y de acuerdo con las transformaciones que ha experimentado, el hombre ha venerado diversas manifestaciones del poder. Así por ejemplo, el paganismo, la primera religión que el hombre tuvo, es esencialmente «el reconocer las fuerzas de la naturaleza como divinas, estupendas... como si fueran dioses y demonios». De aquí que en aquella época el héroe fuera considerado como un dios por sus semejantes quienes se asombraban ante el valor más que ante ninguna otra cosa. La religión era, pues, una consagración del valor y esto es precisamente lo que sucede con Odín (Wodan), endiosado por sus compatriotas. Cree Carlyle que esto ha sido al fin y al cabo beneficioso, porque «los más valientes son también por lo general los más sabios, los más fuertes, los mejores en todo sentido».

Posteriormente ya no se considera a los héroes como dioses sino como hombres inspirados por Dios, es decir, como profetas: tal sucede con Mahoma. Esto nos demuestra que, tanto en las condiciones de la vida como en el modo de pensar de la humanidad, ha ocurrido un gran cambio. El profeta, sin embargo, es también un producto de la antigüedad, de cierta rudeza de pensamiento, y su caso no se repetirá porque los conocimientos científicos modernos lo impiden. Pero hay una clase de héroes que pertenece a todas las edades, y que ha tenido poder en el pasado y que lo tiene en el presente, y tal es el Poeta, que no solamente pertenece a su país, sino que al mundo entero, como sucede con Dante y con Shakespeare. Los reformadores religiosos como Lutero, encarnan otra forma del heroísmo: el héroe como sacerdote, producto también del pasado. Los tiempos modernos tienen un héroe que les es propio: el hombre de letras, una forma nueva de heroísmo que se hizo posible sólo después de la invención de la imprenta. Para terminar, Carlyle se ocupa del héroe como rey, como gobernante, y en tal categoría considera a Cromwell a, quien dedica bellas páginas.

Carlyle cree indispensable que tengamos alguna clase de adoración a los héroes (aunque la forma de ésta no importa cual sea) porque sin ella el hombre no podría vivir y de ahí la necesidad de que nos procuremos una forma apropiada de esta religión sin la cual «este mundo no promete seguir siendo habitable por mucho tiempo» y en cuyo culto se encuentra la única salvación posible del alma de una nación; sólo de acuerdo a la buena o mala forma en que se practique dicho culto «podrá juzgarse de la bondad o de la maldad que existe en los asuntos mundanos» (Véase «Past and Present» págs. 33, 34 y 237). ¿Para qué insistir en todo lo exagerado y estrambótico de estas ideas?

Como ya lo habíamos observado, Carlyle encuentra entre todas estas categorías de héroes, rasgos que le son comunes y en su lenguaje figurado afirma que «toda suerte de héroes son intrínsecamente del mismo material; si a un hombre le es concedida una gran alma abierta a la significación divina de la vida, tendremos a un hombre que podrá hablar sobre esto, que podrá cantarlo, que podrá luchar y trabajar por

ello, todo en una manera grandiosa, victoriosa y constante», etc. («Hero W.» pág. 346).

Además, la característica de todos los grandes hombres consiste en una sinceridad profunda y verdadera, es decir, su característica es la moral, porque ya sabemos que la moral se basa en la sinceridad según Carlyle. Ahora, si recordamos que él repite a menudo que un hombre es sincero cuando ajusta sus actos a las leyes de la Naturaleza, se puede concluir que todo héroe debe ser un verdadero hijo de la naturaleza y que su vida no será otra cosa que «un fragmento del corazón eterno de la Naturaleza misma» (Véase «Hero W.» pág. 280, 372 y 384).

Hemos hablado en general de las teorías de Carlyle sobre este tópico: hablar de cada uno de los casos particulares que analiza, además de ser largo y cansado, no agregaría nada de nuevo para la buena comprensión de sus ideas. Una vez más diremos que Carlyle es imaginativo en demasía, a esto se debe que sus teorías sobre los héroes pierdan, si no todo, parte de su valor y asimismo la posibilidad de muchas aplicaciones prácticas que podrían habérseles dado si hubiera sido más sencillo en sus explicaciones.

V

CARLYLE Y SUS IDEAS SOBRE LA SOCIEDAD.—Ya hemos examinado de pasada, algunas de estas ideas de Carlyle y hemos visto que repite con frecuencia, que la sociedad descansa en una serie de convencionalismos. Pero como nada es eterno, llega una época en que ciertas costumbres y fórmulas se convierten en anticuadas y en que, por lo tanto, es necesario reemplazarlas por otras. Sin embargo, como las fórmulas nos han sido de mucha utilidad no sería lógico que las abandonáramos de repente, y menos aún si tomamos en cuenta que es peligroso hacerlo antes de tener otras mejores. La posibilidad de tener nuevas fórmulas más perfectas se explica porque «todo se encuentra en continuo crecimiento y regénesis, y en un perfeccionamiento de su propia personalidad». Es por esto por lo que los convencionalismos sociales, como todo lo que es externo, no pueden durar indefinidamente.

Ya vimos también que Carlyle considera que el *yo* de cada individuo, es lo único que tiene existencia real. Pero tan pronto nace un individuo, un *yo*, nos apresuramos a darle por envoltura el primer convencionalismo: el nombre. Poco a poco llega a convertirse en una víctima de todas las demás fórmulas.

La sociedad, cuya existencia se debe a las necesidades de los hombres y a su tendencia al gregarismo, tiene mucho de falso debido a que «el hombre, consciente o inconscientemente, vive, trabaja y se desarrolla de acuerdo con ciertos símbolos», y ya sabemos que éstos son muy a menudo errados. El tiempo añade siempre algo a laantidad de los símbolos; pero del mismo modo los desacredita cuando ya son inútiles. Y, precisamente, podemos formarnos una alta idea del legislador capaz de comprender cuando estas fórmulas son ya imposibles, y que procede en consecuencia a removerlos con el tacto debido.

Si es conveniente reemplazar las fórmulas antiguas por otras modernas, quizás sería mejor, dice Carlyle, terminar de una vez con esta sociedad enferma, porque siendo como una especie de fénix, pronto nacería de sus cenizas una más joven y mejor. Esto podría hacernos creer que Carlyle considera que las fórmulas y costumbres anticuadas no son dignas de respeto; pero ya hemos visto que sus ideas sobre este punto son bien diferentes, y él dice categóricamente: «No confíes en el corazón del hombre para quien los antiguos vestidos no son venerables» (*Sartor Resartus*, pág. 181).

Este cambio que debe experimentar la constitución actual de las instituciones del mundo, no es obra de un momento: probablemente se encuentra ya en principios; pero deberán transcurrir siglos antes que pueda terminar. Sólo entonces, es decir, en un futuro lejano estaremos capacitados para abandonar todos estos convencionalismos inútiles. Como se ve, se trata de una transformación lenta y es interesante a este respecto observar cómo están entrelazadas entre sí las generaciones que se suceden, siendo cada una de ellas como una nueva fuerza de avance. Esta fuerza se encuentra contrarrestada, sin embargo, por la *tradición*; los hombres por lo general, creen y respetan lo que sus antepasados han creído y respetado, y aún piensan de un modo parecido.

Siendo así, se hace difícil toda evolución social y para ello solamente podemos confiar, afirma Carlyle, en que todo hombre no se contenta únicamente con aprender sino que también procura inventar algo nuevo; al descubrir algo, el hombre ensancha su opinión sobre el universo, es decir, nadie tendrá por verdadero *exactamente lo mismo* que creyó su padre. Pero como la esencia de la verdad permanece eternamente igual, sólo aquello que está más de acuerdo con ella, es decir, lo que más profundas raíces tiene en la Naturaleza (ya sabemos que para Carlyle lo que está de acuerdo con la Naturaleza es siempre verdadero), eso será lo único que se desarrolle.

La ciencia ha probado que la serie de cambios por que pasa una semilla o un huevo hasta convertirse en planta o en animal, respectivamente, es un avance desde la homogeneidad a la heterogeneidad de estructura. Si, como dice Carlyle, en la sociedad ha de desarrollarse todo lo verdadero, claro está que esta sociedad se hará cada día más heterogénea. Y añade que es necesario, que es indispensable, que progrese todo lo bueno, porque si la sociedad actual se hace tolerable, gracias únicamente a su aproximación a la perfección, se haría imposible sin esta semejanza a ella.

Es una ley de la Naturaleza que todo lo nacido debe morir y es indudable que lo mismo deberá suceder con ciertas fórmulas y con ciertos ideales sociales: tendrán sus períodos de auge; pero después de haber alcanzado su mayor grado de perfección, decaerán y morirán para ser reemplazadas por otras más convenientes. Hecho esto último, los hombres podrán marchar de acuerdo y entonces se hará con mucho mayor facilidad esta transformación gradual de la sociedad moderna por otra mejor.

Tócanos ahora considerar las ideas de Carlyle sobre el Gobierno. Del modo en que está actualmente constituida la sociedad, es indudable que los gobiernos tendrán muchos defectos y es necesario pensar en cuál sería el gobierno ideal para un país. Resumiremos los pensamientos de Carlyle sobre este problema, principalmente de acuerdo con las teorías que expone en «Past and Present», libro especialmente importante por ocuparse de problemas sociales.

La vida de un verdadero gobernante está sembrada de tra-

bajos y de sacrificios: no está él destinado a gozar de la gloria del triunfo sino únicamente de la del combate. Pocas cosas hay tan dificultosas como gobernar y, sin embargo, es necesario que haya un gobierno. Se explica la posibilidad de la existencia de tal institución, porque si bien todo hombre puede ser igual a otros en méritos, también puede ser superior o inferior a algunos. Sabemos que las ideas anti-democráticas de Carlyle lo llevan a sustentar que la democracia es una prueba palpable de nuestra imposibilidad de encontrar verdaderos héroes que nos gobiernen, a los que deberíamos someternos como niños inconscientes. El gobierno ideal para Carlyle, sería, pues, el de los héroes; pero como esto es imposible, se conforma con reconocer la misión de las aristocracias, y sobre todo, la de la aristocracia trabajadora, cuya misión es para él sagrada (1). Es indispensable que existan verdaderas aristocracias, cosa que es difícil de alcanzar. Es digno de meditarse esto de la aristocracia del trabajo: realmente se echa de menos la falta de aristocracias conscientes de sus deberes para con sus compatriotas.

La salvación de un país mal gobernado está, pues, en las aristocracias de verdadero mérito, está muy principalmente en la aristocracia del talento. Pero no es fácil llegar a conseguir tal aristocracia: se necesita que haya más sabiduría y que se tenga verdadera reverencia por el talento, cosas ambas que hoy por hoy no existen. Reconoce Carlyle que esto es difícil; pero que es absolutamente necesario.

Tomando la sociedad como actualmente es y no como debería ser, puede decirse, que, en general, «todo gobierno es el símbolo exacto de su pueblo, con toda su sabiduría e ignorancia; tal pueblo, tal gobierno» (*Past and Present*, pág. 259). He aquí una verdad que Carlyle repite con frecuencia. Si cada pueblo tiene el gobierno que merece, un pueblo meritorio elegirá hombres superiores, al paso que un pueblo indigno elegirá equivocadamente títeres, héroes de pacotilla: de aquí el bienestar del primero y la desgracia del segundo. Si inver-

(1) Nótese que Carlyle no da al término «aristocracia» la acepción que comúnmente se le atribuye: no es para él aristocracia la clase privilegiada por su cuna o por su fortuna, sino aquella superior en méritos.

timos el orden, tendremos que podemos juzgar del verdadero valor de un pueblo tan sólo con conocer su gobierno.

Demos ahora una ojeada sobre otro asunto.

Tanto los pueblos como los individuos buscan la felicidad y esta felicidad, como se ha visto, puede procurarse sólo por el trabajo; por medio de él la gente llega a alcanzar cada día un mayor grado de sabiduría, porque es imposible adquirir otros conocimientos verdaderos que aquellos que se adquieren en el trabajo. (Véase capítulo III). El hombre goza trabajando porque es esencialmente «un animal que usa herramientas»; de aquí que el verdadero grito épico de este mundo debe ser: «Las herramientas y el hombre». Carlyle considera aún los símbolos y las costumbres como herramientas de que el hombre se aprovecha.

Esta tendencia del hombre hacia el trabajo, que puede ser constructivo o destructivo, se observa desde la niñez. Pero el trabajo humano tiene que ejecutarse necesariamente bajo ciertas condiciones, y en esta categoría pueden considerarse la calidad del material y la clase de herramientas con que cuenta. De todos modos, «nuestros trabajos son el espejo en que el espíritu ve primeramente sus cualidades». Nadie puede tener conciencia de sus propias fuerzas sino por el mérito, pequeño o grande, de los trabajos que ha realizado. Asimismo, se puede juzgar de la capacidad de un pueblo sabiendo qué clase de obras ha ejecutado, y es de augurar un porvenir brillante a todo pueblo o persona que trabaja constantemente en algo, aunque sólo trabaje por amor al trabajo, sin otro fin premeditado.

Carlyle cree que todo hombre posee una parcela determinada de talento, y, que, al mismo tiempo, sus actividades se encuentran limitadas por ciertas condiciones exteriores; la resultante de estas dos cosas nos da su capacidad. Es entonces de primordial importancia para el hombre conocer su capacidad, es decir, conocer en qué consiste su talento y conocer el terreno en que ha de actuar. Ahora, como a la sociedad pueden aplicarse los mismos principios que al individuo, resulta que el problema principal que ha de resolver un pueblo consiste en conocer aquello de que es capaz: una vez que lo conozca, su tarea está en realizar el o los ideales de que se considera capaz.

Existe en los grupos sociales una serie de instituciones, algunas de las cuales son realmente indispensables. Tal ocurre, por ejemplo, con la instrucción, porque si bien es cierto, que el fin que el hombre persigue es la acción y no el pensamiento, hay verdadera necesidad de adquirir ciertos conocimientos para asegurar nuestra eficiencia en la lucha por la vida. La gente sin instrucción, los ignorantes, son de escasísima o de ninguna utilidad a su patria; y es, en verdad, trágicamente doloroso constatar cuán gran porcentaje de hombres no recibe la menor instrucción.

De las diversas clases sociales hay dos, pues, que merecen toda clase de honores: la clase trabajadora que nos procura el pan de cada día, y la clase intelectual que trabaja por el alimento de nuestros cerebros.

Pero así como encontramos en la sociedad, instituciones cuya existencia es tan necesaria y útil como las que acabamos de nombrar, hay también, por otra parte, una clase perjudicial y peligrosa y ella es, como dice Carlyle, la categoría de los dandies (dandiacal-body). En efecto, es común encontrar en la sociedad individuos que no son otra cosa que zánganos, individuos que no tienen valor alguno, que se encuentran completamente dominados por la vanidad y que han exagerado las costumbres y los convencionalismos hasta tal punto que ya no observan estas fórmulas para poder vivir, sino que viven con el único objeto de observar estos convencionalismos.

Como hemos podido ver, Carlyle insiste más de una vez en que la sociedad está basada en fórmulas y convencionalismos y que de esto mismo se deriva la diferencia que se observa entre los hombres.

VI

OPINIONES SOBRE CARLYLE.—CARLYLE ESTIMULADÓR.—De toda la ética de Carlyle se desprende una conclusión principal de la cual se derivan algunas otras a manera de corolarios:

- I.—*La sinceridad es el fundamento de la moral.*
- II.—Es sincero quien obra de acuerdo con las leyes de la Naturaleza.

III.—La religión, que es el nervio de la sociedad, sirve de

ayuda a la moral y, por lo tanto, debe basarse también en la sinceridad.

IV.—La única felicidad posible se encuentra en el Trabajo.

V.—El progreso de la sociedad se encuentra en *el trabajo y la producción*.

VI.—En su avance hacia el progreso, la sociedad va dejando a un lado lo falso, todo lo que es contrario a la Naturaleza. El error y la mentira deben ser destruidos. La Naturaleza es buena; pero es susceptible de ser mejorada por el Arte.

VII.—Las fórmulas y los símbolos anticuados e inútiles para la sociedad deberán abolirse sólo después de tener otros mejores.

VIII.—El principio anterior, lo mismo que las conclusiones IV, V y VI, pueden aplicarse también a la religión con las variaciones correspondientes. Más aun, el mejor y el único dogma que será eterno es: «*Laborare est orare*» (Trabajar es orar).

Estas son las principales teorías sobre ética, sobre ciencias sociales y sobre religión, por cuyo triunfo Carlyle luchó con denuedo; estos son los principios que por muchos años predicó a sus compatriotas desde el libro, la revista, el folleto, o desde la tribuna del conferencista. Ya anotamos en el capítulo I que logró sacudir la apatía del público y que obligó a sus compatriotas a reflexionar en los principios que predicaba. La mejor arma que tuvo para conseguir semejante triunfo, como ya también lo dijimos, fué su estilo peculiar, un tanto extravagante, un tanto salvajemente musical, un si es no es profético; de todos modos, un estilo que cautiva. El mismo Carlyle reconoce que su estilo no es perfecto y que está plagado de un cruel sarcasmo hacia la mayoría de las cosas que los hombres aman. Carlyle es sincero al reconocer este hecho, porque como dijo su ilustre amigo y, hasta cierto punto, su discípulo, R. W. Emerson, «jamás hemos tenido en literatura nada que tanto se parezca a un temblor como la risa de Carlyle».

Como sucede con todo escritor de algún mérito, la obra de Carlyle ha tenido que resistir muchas críticas. Para formarnos una idea de los reproches que se le han hecho, citaremos lo que dijo un contemporáneo del autor: «Su filosofía es muy imaginativa e irreal para que pueda ser de una utilidad prá-

tica general, o para que pueda servir de refugio contra los cuidados y tormentos de la vida actual. Aun los pensamientos más vulgares expresados en el estilo peculiar del señor Carlyle, poseen un aire de originalidad» (R. Chambers, «Cyclopaedia of English Literature», edición de 1856, vol. II, pág. 694).

Es también interesante y digno de meditarse lo que sobre Carlyle dice Nietzsche en su libro «El crepúsculo de los ídolos», en la parte correspondiente a sus Pasatiempos Intelectuales, (capítulo XIII, pág. 86 de la edición española de Sempere): «He leído la vida de Carlyle, esa farsa involuntaria, esa interpretación heroico-moral de una dispepsia. Carlyle fué un hombre de enérgicas palabras y vigorosas actitudes, un retórico por necesidad, excitado continuamente por el deseo de una sólida fe y por su incapacidad para conseguirla (en esto era un romántico típico). El deseo de una vigorosa fe no es prueba de poseerla, sino muy al contrario. Cuando se posee esa fe se puede uno permitir el lujo del escepticismo, está uno bastante seguro, bastante firme, bastante ligado para poder hacerlo. Lo característico en él es una deslealtad constante para consigo mismo, esto es lo que le hace interesante. Verdad es que en Inglaterra se le admira precisamente por esa deslealtad. Pues bien, esto es muy inglés y si se considera que los ingleses son el pueblo del *cant* más acabado, es, no sólo comprensible, sino hasta legítimo. En el fondo, Carlyle es un ateo inglés que se empeña en no serlo».

Verdaderamente, Carlyle no es un filósofo en la amplia y noble acepción del vocablo, no es un pensador profundo y rara vez funda sus afirmaciones en buenas razones científicas. Lejos de ello, puede decirse que su éxito se debió casi exclusivamente a su vigoroso estilo. Casi todos los asuntos filosóficos que lo preocuparon los trató de una manera a tal extremo obscura y simbólica que, a menudo, el lector tiene poco menos que interpretar adivinanzas para comprender el significado. Es este curioso simbolismo que domina en sus libros el que ejerció tan gran poder en la imaginación de sus lectores y lo que ha hecho que algunos, erradamente, lo hayan declarado un gran filósofo. Si Carlyle hubiera escrito en un estilo sencillo, su nombre sería tal vez únicamente conocido por los estudiosos; en suma, no habría pasado de ser un escritor medio-

cre. Pero comprendió que poseía un dón valioso y supo aprovecharlo bien.

Por todo esto, debemos considerar a Carlyle más bien como a un estimulador, y como tal es indudable que ocupa el más alto lugar entre los escritores ingleses. Sus palabras estimularon a sus compatriotas a pensar sobre varios problemas morales que, aunque no eran originales de Carlyle, habían adquirido algo de su personalidad al pasar por el crisol de su estilo.

Así, pues, aunque reconocemos muchos de sus errores y contradicciones, la grosería y la hiel que hay a veces en sus palabras, es forzoso confesar que «la filosofía de Carlyle puede parecer a algunos algo vano, pero realmente procuró raptos de entusiasmo y de heroico estímulo a su generación» (Craik, «Manual of English Literature»). Este solo hecho es más que suficiente para cimentar la fama de un escritor y para ganar nuestra admiración. Las semillas de indignación moral por todo lo falso que logró plantar en el corazón de sus contemporáneos, fructificó más tarde: la mejor alabanza que en su honor puede hacerse es que muchas de sus ideas que en su tiempo parecían extrañas y que no se consideraban nada de agradables, son comunes entre los ingleses de nuestros días.

Es verdad que si no hubiera sido tan perverso y grosero como lo es a veces, su triunfo habría sido mucho más franco; pero, de todos modos, hay que confesar que es difícil que un escritor pueda obtener un triunfo más honroso que el que dejamos anotado. Pero también es verdad que, como el mismo Carlyle lo dijo, todo ideal tiene su período de auge y que después decae y muere: muchos de los ideales de Carlyle pasan hoy por el segundo período y otros ya han fenecido. Su mérito, sin embargo, no por esto es menor y siempre habrá de considerársele como uno de los más eminentes hombres de la patria de Shakespeare y de Milton.

GUILLERMO ROJAS CARRASCO.

Santiago, a 12 de Febrero de 1920.

DON RICARDO PALMA

Con D. Ricardo Palma, que a los ochenta y seis años de edad acaba de fallecer en una pequeña casa de campo, de Miraflores, junto a Lima, desaparece para el Perú el más representativo y característico de sus literatos; y para toda la América Española, el último sobreviviente de la escuela romántica que en nuestros países no llegó a difundirse y prevalecer sino hasta bien mediado el siglo XIX.

Sus célebres *Tradiciones*, nutrita serie de breves y amenas leyendas en prosa, evocan, como una colección de brillantes miniaturas, toda la historia peruana, en sus más significativos aspectos y contrastes, desde el siglo XVI; son el cabal florecimiento y la artística concreción de aquel donairoso criollismo limeño que Palma supo sentir y expresar insuperablemente, y que vino a encarnarse y condensarse, con toda perfección, en su persona y escritos.

Nació en Lima, el 7 de Febrero de 1833. Durante su infancia y su primera juventud, conservaba aún su ciudad natal el ambiente singular que en América la hizo famosa: y en él se educó e impregnó don Ricardo Palma, de indeleble manera. Fueron los primeros años de la República agitados y anárquicos, cual ningunos; pero, por los excepcionales y externos impulsos que determinaron la independencia del Perú, dejaron subsistir casi intactos los usos y sentimientos de la época colonial. Los turbulentos Mariscales y Generales republicanos se codeaban y fraternizaban con los viejos marqueses y los innumerables frai-

les mendicantes. Al lado de los cuarteles, resonantes con la vocería de los pronunciamientos, ahumados y maltrechos por los continuos asaltos revolucionarios, se alzaban, íntegras todavía, las extensas cercas de los monasterios de monjas, sombreadas de platanares; las fachadas churriguerescas y retorcidas de las iglesias; y las de los caserones de títulos y mayorazgos, cuyos balcones tallados, con caladas y voladizas celosías de madera, recordaban, por atavismo remoto, mucho más que los *miradores* españoles, los *muxarabiés* arábigo. Con mayor frecuencia que los desfiles y los *cierrapuertas* pretorianos, ocupaba las calles el despliegue de las procesiones religiosas, en que alternaban, con las andas hieráticas y recamadas, las burlescas comparsas populares. En las arcaicas alamedas de Abajo del Puente, rodaban las últimas carrozas doradas de la nobleza criolla; y junto a los surtidores virreinales, las *tapadas de saya y manto* perpetuaban el incitante misterio de su disfraz semioriental. Al caer la tarde, en los ruidosos portales de la Plaza de Armas, perfumados de frutas y misturas de flores, cesaba de pronto la alegría algazara de la abigarrada muchedumbre, cuando de las torres de la Catedral descendía el pausado toque de la Oración. Quitábanse los clérigos los puntiagudos sombreros de teja, los caballeros los altísimos *tarros*, las vendedoras los *jipijapas*, y los esclavos los gorros. Por unos minutos se descubrían todos; y rezaban a coro, unánime y devotamente, las Avemárias del *Angelus* los pobladores de Lima, del propio modo que en las tierras islámicas suspende el bullicio vespertino la plegaria del *muezín*. Por las portadas de las murallas que erigió el Duque de la Palata, penetraban soldados y montoneros de extraños y rotos trajes y armados de trabucos disformes. Aclamaban un día al taimado Gamarra, otro al apuesto y arrogante Orbegoso, otro al sanguinario Salaverry; y, en nombre de tantos y tan encontrados cabecillas, iban a perturbar con sus violencias y desmanes, la placentera paz de la capital risueña.

De entre las miserias de la cotidiana guerra civil y las ruindades del vulgar personalismo, lució de pronto una noble idea: la reconstitución del *Perú Grande*, la reunión federativa del Bajo Perú con el Alto Perú o Bolivia. El caudillo que la personificó y realizó, el Mariscal don Andrés de Santa Cruz, obtuvo, por un momento, para este propósito de reacción nacionalista

en el mejor sentido de la palabra, el concurso, no sólo de la mayoría de las clases altas y conservadoras, sino también de buen número de liberales, y de casi toda la clase media y el pueblo de Arequipa y Lima. El padre de don Ricardo Palma, modesto comerciante limeño al pormenor, fué un ferviente santacrucino; y sus opiniones se transmitieron desde la niñez al futuro tradicionista, el cual en su ancianidad se complacía en repetir la siguiente anécdota, que varias veces escuché de sus labios:

Corrían los posteriores días de Enero de 1839. La Confederación, al cabo de tres años de establecida, se deshacía al embate de sus ciegos enemigos domésticos y de sus muy perspicaces adversarios extranjeros. El Protector Santa Cruz, después de recuperar Lima, a la cabeza del ejército perú-boliviano, se había dirigido al Norte, hasta el valle denominado Callejón de Huaylas, persiguiendo en su retirada al ejército chileno, engrosado ya por varios cuerpos peruanos disidentes. Susurrábase que en esta campaña la suerte había abandonado a Santa Cruz; pero el vecindario limeño, que lo había recibido jubilosa y triunfalmente hacía dos meses, le continuaba su adhesión.

Era una noche de verano, el 24 de Enero. En un largo balcón, próximo a la iglesia de San Francisco, tomaba fresco la familia Palma, en compañía de otras honradas familias de mediana condición que habitaban departamentos de la misma casa. De repente, en el silencio y la obscuridad de la calle, apareció un pelotón de hombres montados y armados; varios militares, embozados en capas, que apresuradamente tomaron hacia los barrios de Santo Toribio y San Pedro. El padre de don Ricardo, sin saber quiénes eran, no quiso desperdiciar la ocasión de manifestar sus predilecciones políticas, y lanzó un estentóreo: *¡Viva Santa Cruz!*, que fué coreado por su familia y vecinos. Entonces el jinete que ocupaba el centro del grupo, y a quien al parecer obedecían los demás, volvió la cara, paró un instante el caballo y se tocó el sombrero, como contestando la ovación. En seguida continuó su acelerado caminar. Según pudo averiguarse después era, en efecto, el propio Santa Cruz, que rodeado de algunos leales edecanes, venía huyendo desde los aciagos campos de Yungay. Recién llegado esa noche a Lima, a los cuatro días de prestísima y fatigósima marcha, se enderezaba a cenar y descansar un momento en la casa de su inquebrantable

ble amigo, don Juan Bautista de Lavalle, situada en la esquina de las cuadras de Melchormalo y Beytía. A las pocas horas, continuaba de allí su viaje hasta Arequipa, donde acabó de malograrse y desvanecerse aquel su empeño restaurador de la unidad y supremacía de la raza peruana en el Occidente de Sud América; y se vió obligado a dimitir el mando.

Cuando muchos años después, don Ricardo Palma, consecuente con sus tradiciones paternas, fué en Europa a rendir homenaje al ilustre desterrado, que vivía en una casita de Versalles (propio lugar de extinguidas grandezas), comprobó que bien recordaba y con qué íntima emoción había agradecido Santa Cruz aquel último aplauso que le tributó Lima en la más amarga hora de su derrota, como espontánea y commovedora muestra de fidelidad. En esta escena de la infancia de Palma, que en sus posteriores años tanto recordaba, nos place hallar un símbolo profético: el que había de ser supremo evocador histórico del Perú, tesorero y joyero de sus leyendas, encarnación de su ingenio, viva voz de su alma, aclamó, con la presciencia del niño, y más tarde con la del artista, al precursor del magno ideal patriótico que es clave de nuestro porvenir.

La ruina de la Confederación trajo para el Perú años calamitosos, de conflictos y desastres externos y de imponente caos interior. Hubo época en que a la vez coexistieron tres gobiernos. Al cabo, renació el orden, en el primer período de Castilla (1845-1851); y pudieron cultivarse los estudios y las letras, en el respiro que dejaron las destructoras contiendas civiles.

El canónigo limeño don Bartolomé Herrera, en el Colegio Mayor de San Carlos, y el profesor murciano don Sebastián Llorente, en el de Nuestra Señora de Guadalupe, reabrieron y renovaron los cursos de Filosofía y Humanidades que habían cesado hacía largo tiempo en la vetusta Universidad. Ya desde el gobierno de Santa Cruz, y aun algo antes, los había iniciado el que fué su secretario, el gaditano don José Joaquín de Mora, que en *El Ateneo del Perú* enseñó las teorías psicológicas y éticas de la escuela escocesa del *sentido común*; y que en literatura popularizó el nombre y las obras de Sir Walter Scott. Pero las semillas de novedades románticas que esparció Mora, no fruc-

tificaron entonces, por lo áspero y revuelto de los tiempos; y fueron, un poco más tarde, otros dos españoles, el ya citado Llorente y el montañés Fernando Velarde, los verdaderos introductores del romanticismo en el Perú, y los maestros que decisivamente influyeron en Palma y sus compañeros de bohemia literaria.

Era Velarde un joven y fogoso poeta santanderino. Por el año de 1847, llevó al Perú el culto de Zorrilla y Espronceda, que impuso como modelos, junto con sus propios versos, a sus discípulos limeños. Entre los menores en edad, pero entre los más distinguidos, se contaba ya Ricardo Palma, quien desde su adolescencia comenzó a publicar poesías y leyendas en prosa. Sus primeros versos, colecciónados en *Juvenilia*, son, en efecto, de 1848. Por entonces, igualmente, apareció su breve cuento incaico *Oderay*, muy débil e inexperto, pero que es uno de los primeros productos del romanticismo narrativo en el Perú, al propio tiempo que el *Padre Horán* de Aréstegui (1).

También compuso e hizo representar dramas históricos, que él mismo no quería luego que se recordaran, y que en verdad no merecen serlo. Fueron obras prematuras de sus años de fervescencia bohemia y de gran melena romántica; cuando se hizo de moda en la juventud literaria limeña la ingenua copia del mediovalismo europeo; cuando Corpancho, embozado en su capa española con vueltas rojas, meditaba *El poeta cruzado* y *El caballero templario*.

Más grande influencia ejerció otro amigo suyo, el eminentísimo neogranadino don Julio Arboleda, uno de los primeros políticos y literatos del siglo XIX en la América Meridional. Proscrito de Nueva Granada por el radicalismo triunfante, vivía en Lima hacia los años de 1852 y 53. Ricardo Palma lo trató mucho; recibió de él lecciones de inglés; se apartó por su consejo de la pueril imitación de los temas propios de Europa; y convirtió la atención a los asuntos de historia americana. Sobre el modelo del *Gonzalo de Oyón*, poema que a la sazón Arboleda

(1) Novela regional cuzqueña de don Narciso Aréstegui, impresa en Lima el año de 1848, y no tan desdeñable como lo dí a entender en *Carácter de la literatura del Perú Independiente*. Se advierte en ella muy claro el influjo de *Notre-Dame* de Víctor Hugo.

escribía, trazó Palma su leyenda en verso *Flor de los cielos*, dedicada al mismo Julio Arboleda.

El cenáculo de los regocijados y traviesos bohemios de Lima, no era ningún lóbrego subterráneo, ni ninguna plebeya taberna, sino nada menos que los iluminados salones de un ministro de Estado, el político y magistrado arequipeño don Miguel del Carpio. Antiguo partidario de Santa Cruz, y, como casi todos los conservadores, reconciliado con Castilla y principal colaborador de su primer gobierno, Carpio tenía aficiones literarias y hasta había compuesto en sus años juveniles una cierta oda *Al Misti*, de la que se chanceaban sus propios contertulios. De sus frustradas pretensiones poéticas le quedó siempre vivo amor a las letras; y aprovechaba su valimiento oficial en proteger y alentar a los principiantes. Para con los bohemios, Carpio deponía la seriedad ceremoniosa de sus altos empleos; se olvidaba de su posición y sus años; y se permitía desenfrenadas bromas, chocarrerías y crudezas de expresión que superaban a las de sus jóvenes amigos románticos.

Pero no todos los dignatarios del Presidente Castilla usaban de igual llaneza y benévolas familiaridad en el trato con los literatos mozos y Palma debía experimentarlo pronto. Gracias a don Miguel del Carpio, había obtenido plaza de amanuense en un Ministerio; y en tal calidad recibió el encargo de llevarle personalmente al Mariscal Castilla el Mensaje destinado a la instalación de la Legislatura. Había dado la última mano a la redacción del solemne documento don Manuel Ferreyros, antiguo liberal de la Independencia y Director General de Estudios en la República; y, queriendo esmerarse en exquisiteces gramaticales, había escrito al principio del párrafo relativo a la amenazada paz pública: *Los falsos alarmas*.

Palma entregó respetuosamente al Mariscal los dos ejemplares del Mensaje que le traía: uno para la imprenta del Estado y otro para la lectura en el Congreso. Castilla leyó en alta voz, enterándose del texto definitivo que le sometían sus consejeros. Al llegar al pasaje de *los falsos alarmas*, se detuvo sorprendido:

—¿Eh, dijo... qué cosa? Vamos a ver, joven, preguntó dirigiéndose a Palma; Usted que es escritor, ¿cree que esto está bien así?...

—Así debe ser, Excmo. señor, respondió algo perplejo Palma... desde que el señor Ferreyros lo ha escrito...

—Diga con franqueza, ¿no le extraña?

—Sí, señor; nunca había oído esa palabra en masculino.

—Y ¿cómo la pondría Usted?

—Diría *las falsas alarmas*, que es como dice todo el mundo.

—Eso es.... eso es....; *falsas alarmas*.... lo demás son pedanterías.... pedanterías.... repitió, según su costumbre, Castilla. —Vaya a decirle a Ferreyros, ahora mismo, que ponga *falsas alarmas*.

A los pocos momentos, el amanuense ministerial notificaba al Director de Estudios la corrección que deseaba Castilla:

—¿Y cómo se le ha podido ocurrir eso? preguntó Ferreyros.... El Mariscal sabrá de milicia y gobierno, pero no de gramática.... Además, la decisión de la Academia Española es formal y contundente sobre este género masculino, añadió hojeando el *Diccionario*.... ¡Ah! ya caigo.... Será Ud., señor literatuelo, el que ha ido a llevarle al Presidente tan buen consejo y a corregirme la plana.

—El me preguntó mi opinión, y yo le dije lo que me parecía, contestó Palma, que no se atrevió a negar la verdad.

Ferreyros se enojó:

—Pues, valiente consultor gramatical se ha buscado Su Excelencia. Ya se ve; con lo que estudian y saben estos mozos románticos, y con el lenguaje que emplean.... Venga, venga acá, y lea lo que dice el *Diccionario de la Academia*....

Y acabó de abrumar al atortolado joven con las autoridades y textos de Moratín, Quintana y Martínez de la Rosa, oráculos del clasicismo de entonces.

El final de la ronca fué, más o menos, como sigue:

—Vuélvase por donde ha venido. Yo no cambio esa concordancia, porque soy el responsable de la publicación del Mensaje, y no puedo autorizar disparates. Y otra vez, jovencito, no se ponga a corregir a quien sabe más que usted. Si no, me veré obligado a pedir su destitución en el Ministerio, por ignorante, presuntuoso y entrometido.

Palma refería que muy cabizbajo y sofocado salió de la casa de don Manuel Ferreyros; pero que a las dos horas escasas de la escena, sin haber vuelto a hablar con Castilla, saboreó el des-

quite, al escuchar que, en la ceremonia de la lectura del Mensaje ante las Cámaras, repetía el Presidente con gran énfasis, mirando fijamente a Ferreyros:

—*Las falsas alarmas*; sí señor . . . así es . . . *las falsas alarmas* . . .

Poco después, a consecuencia de cierta aventura amorosa, Palma se vió amenazado de que una madre enérgica, con ayuda de bravos parientes, lo obligara a contraer inmediato matrimonio. En este aprieto, acudió, como siempre, a su providencia, don Miguel del Carpio, quien, para sacarlo del lance, y evitarle peligros y venganzas, lo colocó de contador en el bergantín de guerra *Guise*.

Al año subsiguiente, 1855, navegaba con igual empleo en la goleta a vapor *Rimac*. Naufragó con ella cerca de Acarí y Atiquipa. A punto de perecer de sed estuvo en los horribles arenales de la costa; y en una de sus *Tradiciones* ha recordado sus padecimientos y los de sus numerosos compañeros en esa travesía del desierto.

Hacia 1857, lo hallamos de revolucionario, en las filas ultraconservadoras del General Vivanco. ¿Cómo don Ricardo Palma, que siempre se proclamó volteriano, y que luego fué, según hemos de ver, liberal militante, pudo hacerse en aquella temporada caluroso vivanquista, que equivalía a reaccionario extremo, desembozado partidario del poder personal y de los privilegiados fueros militar y eclesiástico?

De un lado, las tradiciones santacrucinas que respiró en su hogar paterno, como ya apuntamos, y la atmósfera dominante de Lima y el Perú lo llevaban en su juventud al campo de la autoridad y de lo pasado, en cuanto lo permitía su móvil, ligera y jovial naturaleza. Y su propia complejión de artista, su romanticismo arqueológico, su culto de los recuerdos y las añoranzas, lo inclinaban sentimentalmente a aquel partido, el más directo heredero del antiguo régimen español entre nosotros; de igual modo que, mucho más tarde, ya en su ancianidad, cuando su viaje a España, simpatizó con el carlismo intransigente (hasta el extremo de que varios de sus amigos madrileños lo apellidaban *el carlistón*) por íntimas razones estéticas, no desemejantes de

las que han mantenido y avivado los *legitimismos* de Valle Inclán y Barbey d'Aurevilly.

Pero, más que todo, ha de decirse claramente que don Ricardo nunca tomó la política en serio; ni había nacido para apasionarse por ideas abstractas; ni se dió el trabajo de ahondar en las doctrinas sociales, ni de armonizar sus sentimientos con sus principios. Era, de pies a cabeza, un literato, y no era sino eso: ora escribiendo, ora actuando, era un poeta; leve, alado, caprichoso y sensible, obediente a las sugerencias de la más amable fantasía, no a los secos corolarios de la adusta razón. Siguiendo la funesta costumbre peruana de atender meramente a la persona de los caudillos, y no a los programas (cuando, por raro caso, los tienen), se prendó de Vivanco, mucho más que de la reacción que simbolizaba. Como toda la juventud culta de su tiempo en el Perú, se rindió a la fascinación de aquel bizarro General, que no sólo encauzaba la protesta conservadora (en muchas cosas tan justa y razonable que, aun vencida militarmente, logró imponer la reforma de la constitución liberal), sino que representaba la distinción y cortesía de maneras, la inteligencia y la elegancia literaria. Era Vivanco un devoto de Cervantes, un hablista exquisito, un académico. Calcúlese cuánto ascendiente ejercería sobre Palma.

Habían sido grandes amigos desde larga fecha. Cuando las circunstancias sacaron a Vivanco de su retiro y lo volvieron a poner al frente de una extensa porción del país, y cuando la escuadra se pronunció por él, Ricardo Palma, siguiendo a sus compañeros marinos, se le plegó entusiastamente. Estuvo en la campaña sobre Lambayeque y en el desembarco del Callao. Pero allí se enfriaron sus ardores partidistas. Varias veces le escuché el relato de su desengaño.

Entre muchas y brillantes cualidades, tenía Vivanco dos graves defectos: blandura de carácter y negligencia en la administración militar. Procuraba ocultarlos o remediar sus consecuencias con rigores intempestivos y a veces crueles, que degeneraban en terquedades deplorables. En tales pasajeros accesos de severidad, se fortalecía contra los intercesores, invocando la rigidez de sus principios ordenancistas y la necesidad trascendental y filosófica de la pena de muerte. Ya una de estas obstinaciones de implacable justicia, al mantener una sentencia de

ejecución capital contra los capitanes Lastres y Verástegui, a pesar de los ruegos de todas las autoridades y de las señoras de Lima, le costó en 1834 la popularidad y el gobierno. No escarmientado, a los catorce años, hizo innecesariamente en Lambayeque someter a consejo de guerra a un oficial; y nombró por su defensor a Palma. Este, que era muy humano y compasivo, tomó la defensa con vehemencia extraordinaria, al comprender el peligro en que se hallaba la vida del reo; y abogando ante el Consejo, hizo presente la lenidad obligatoria en las luchas intestinas, la barbarie absurda de la estricta y rigorosa penalidad política en un país donde no podía haber acusador ni juez exento de la tacha de conspiración, y los contraproducentes efectos que la desmedida severidad habían acarreado a Salaverry, Santa Cruz y el mismo Vivanco; y aludiendo en velados términos a la anterior historia de éste, añadió que era indispensable que el vivanquismo no se salpicara más con sangre. Tanto calor y eficacia puso Palma en sus palabras, que salvó a su defendido; de lo que el General en Jefe concibió notable desabrimiento, por juzgar con la sentencia quebrantada la disciplina de sus tropas.

A las pocas semanas, la escuadra revolucionaria expedicionaba sobre el Callao; y Palma se scandalizó grandemente cuando, después del sangriento y frustado asalto, oyó que Vivanco decía,—con la frialdad del militar avezado a las matanzas, o con culpable frivolidad de *dilettante*,—al contemplar el cadáver de un capitán mulato, muerto en su servicio: «Tan feo está muerto como vivo».

Estos síntomas de insensibilidad y egoísmo, lo desencantaron de su caudillo; y cuando acabó la revolución, permaneció en la marina del Gobierno, muy curado de sus fanatismos facciosos. Reconciliados los partidos del Perú ante el conflicto con el Ecuador, asistió Palma al bloqueo y desembarco de Guayaquil en 1859. Creo que poco antes estuvo, por primera vez, en Europa; y residió algunos meses del 58 en París.

De vuelta al Perú, en 1860, su actividad literaria tomó mayor vuelo con la fundación de la *Revista de Lima*. Colaboró en ella con los dos Pardos, padre e hijo (don Felipe y don Manuel), José Antonio de Lavalle, el General Mendiburu, Casimiro Ulloa, el ingeniero venezolano Juan Vicente Camacho, Carlos Augusto Salaverry, Manuel Adolfo García, el economista Masías y algu-

nos otros, que significaban lo mejor y más selecto de la cultura peruana. Ya por esa fecha, comprendía Palma que en el verso y en la prosa elevada podía tener émulos entre sus contemporáneos; pero que no los tenía en la prosa finamente burlesca, en la leyenda histórica corta y festiva. Orientándose cada vez más en el sentido de su definitiva vocación, comenzó a descuidar la poesía por las picarescas *tradiciones* que, en competencia con Juan Vicente Camacho, publicaba en la mencionada *Revista*.

La política volvió a distraerlo. Con la instabilidad de su naturaleza, se hizo liberal, siguiendo las corrientes de la época, la reacción extremista contra el Mariscal Castilla, y más que todo, la influencia de José Gálvez, joven catedrático a quien Palma quería y veneraba entrañablemente. Comprometido por él, entró en la conjuración de 1860. Fué el encargado por Gálvez de llevar a los conjurados del Callao las noticias del ataque contra la casa de Castilla; y de comunicarles la contraorden del movimiento en el puerto, cuando fracasó el golpe en Lima.

A consecuencia de estos sucesos, tuvo que emigrar a Chile con don Manuel Toribio Ureta y otros prohombres del liberalismo. En Valparaíso vivió con el General Echenique, y le redactó un extenso manifiesto, a pesar de su reciente disconformidad de ideas con este derrocado presidente conservador. En Santiago, intimó mucho con los hermanos Amunátegui y otros literatos chilenos, discípulos de Bello. Durante su permanencia en Chile, publicó varios artículos críticos, entre otros uno sobre el *Salterio Peruano* de Valdés.

Un día, en Valparaíso o Santiago, asistía a un mitin internacional, que se celebraba en un teatro, en honor de Méjico o los Estados Unidos. Ocupaba un palco, en compañía de otros desterrados peruanos, entre los cuales era el más notable Ureta. Hubo un orador chileno que, en el fuego de su peroración sobre los *iranos de América*, mencionó al Mariscal Castilla, equiparándolo al Dr. Francia y a Rosas. Herido Palma en su patriotismo, le dijo en voz baja a Ureta:

—Ud. que ha sido ministro de Castilla, debe protestar de lo que aquí se afirma.

—No tiene importancia, le contestó Ureta.

—¿Cómo no ha de tener importancia que pinten al Perú como un país esclavizado? Pues si usted no habla, yo, aunque no soy orador, voy a pedir la palabra.

Y acto continuo, se levantó, diciendo que un emigrado peruano deseaba hacer una rectificación; y, entre la sorpresa del auditorio, expresó que, aunque adversario político de Castilla y proscripto por él, no podía permitir, en su calidad de peruano, que al mandatario de su patria se le describiera como a un monstruo exterminador, comparable con los que el orador había recordado; que el Perú no producía monstruos semejantes, y que tenía orgullo al declararlo, por lo mismo que nada tenía que hacer ni nada deseaba con aquel gobernante cuyos errores había combatido con las armas en la mano.

Estas palabras tuvieron eco en Lima; y cuando se las refirieron a Castilla, exclamó en su tertulia:

—Ese muchacho tiene talento y patriotismo... Yo lo quiero mucho... Pero él no me quiere... no me quiere...

Con numerosas *tradiciones* suyas, desmintió después don Ricardo este aserto del viejo Mariscal.

Debió Palma de regresar al Perú cuando la presidencia de San Román. En 1863, publicó la primera edición de su estudio histórico *Anales de la Inquisición de Lima*. Hecho con los escasos documentos del archivo inquisitorial que aún se conserva en nuestra patria, este folleto es deficiente como obra de erudición. Hay en él, como en cuanto Palma escribió, levedad, soltura, desbarazo, epigramas a la manera del siglo XVIII; pero no da, ni por asomo, la verdadera impresión del asunto, la sensación de aquella formidable máquina de gobierno; de los móviles, tanto religiosos como políticos, que la guiaron; y de las desviaciones y vicios que la estragaron y perdieron. Don Ricardo en una ocasión me reprochó, con afectuosas quejas, que yo hubiera dado a entender la tenuidad de este su libro, alabando exclusivamente el de José Toribio Medina. Pero es que no se puede ni se debe disimular la verdad; y el gran erudito del país rival, al escudriñar la historia de nuestra Inquisición, sin esfuerzos de ingenio, sin primores de estilo, por la sola virtud de la masa de documentos que compulsó, acierta a hacer lo que no hizo Palma con todas las gracias de su pluma: a revivir ante nuestros ojos la tenebrosidad de las cárceles y la fiereza de los tormentos; los misterios de iniquidad y de hipocresía depravada que se ocultaban en los senos de la primitiva sociedad colonial; las demoníacas figuras del hereje Fray Francisco de la Cruz, especie de andaluz

Rasputine, que con su misticismo erótico infamó las estirpes de los más orgullosos conquistadores; y el terrible inquisidor Gutiérrez de Ulloa, pendenciero, malvado, feroz y sacrílego, que puede servir para acreditar la fidelidad de su contemporáneo arquetipo literario, don Juan Tenorio; y que, después de haber dominado por el terror al Perú entero de las postrimerías del siglo XVI vino a morir al fin deshonrado y desesperado. La índole artística de Palma, tan mesurada y fina, no era para inspirarse en tales caracteres, ni para deleitarse en tan espeluznante escenario.

A poco, fué nombrado Palma cónsul peruano en una ciudad del Norte del Brasil; no recuerdo si en San Luis del Marañón o en Pará. Los excesivos calores, las lluvias ecuatoriales, el exuberante, pero monótono y agobiado paisaje de las selvas, el aparato y la pompa del Imperio Brasilero; todo lo que era antitético de su recalcitrante limeñismo, lo cansaron y enfadaron hasta el punto de que enfermó gravemente y tuvo que dejar el consulado. Para disipar el tedio, se dirigió a Francia, me parece que por segunda vez. En París fué a ofrecer su tributo de admiración al gran Lamartine, anciano, pobre y decepcionado, a quien halló para su gusto, en el trato personal (sin duda a causa de la melancólica situación en que lo vió) harto estirado y ceñudo. Y como muestra de la extraña heterogeneidad de sus devociones literarias, conviene saber que casi tanto como su visita al egregio Lamartine, se complacía Palma en recordar su casual encuentro con Alfonso Karr, en una calle parisense. Se hizo muy amigo del colombiano don Rafael Núñez, que fué después insigne estadista y escritor, y que por entonces era cónsul de su país en uno de los puertos franceses del Atlántico. Viajó Palma por Italia y llegó a Venecia, sometida aún al yugo austriaco, y cuyo excepcional hechizo, galante, marino y barroco, evocaba con delicias hasta en la vejez. El espectáculo de su esclavitud le dictó una de las mejores composiciones del libro de versos *Harmonías* (1). Al pasar por las Antillas, en este viaje, cumplió con otro de los obligatorios ritos del romanticismo hispanoamericano: visitar al *sublime vate* Abigaíl Lozano. Era éste un poeta muy obeso, natural de Venezuela, que residía en una de

(1) Impreso en París el año 1865.

las islas inmediatas a su patria, y que producía a destajo endecálabos y alejandrinos tan fofos y abultados como su persona física. Venerábanlo como a excelso maestro los bohemios limeños, por inexplicable error de gusto; y con el indestructible arraigo de las primeras aficiones, don Ricardo Palma, luego tan delicado y perspicaz en sus juicios, siguió, no obstante, reputando de muy buena fe hasta el fin de sus días, como autores eximios a dicho Abigaíl Lozano y a los peruanos Manuel Adolfo García y Arnaldo Márquez. Y no toleraba burlas sobre estas sus idolatrías, tan respetables y simpáticas, por ser generosas ceguedades de sus afectos y entusiasmos juveniles.

Creo que fué en su regreso al Perú cuando trató en Panamá al célebre mexicano Porfirio Díaz, en una corta ausencia a que éste se vió obligado durante las campañas del Sur de Méjico. En esta misma ocasión fué cuando vió por última vez a García Moreno.

Hacía mucho tiempo que lo conocía, desde que sus primeros viajes, como contador de marina, lo habían llevado al triste puerto de Paita, donde García Moreno pasaba una de sus expatriaciones, encerrado en una casita de madera en aquellos ardientes arenales, y devorando día y noche, no obstante tener enferma la vista, tomos de ciencias naturales y de teología y filosofía escolástica. Palma, que con frecuencia iba a darle conversación, le propuso una tarde, para distraer los ocios de aquel destierro, emprender juntos el asedio amoroso de dos agraciadas viudas que residían allí de temporada. El austero García Moreno le respondió, mirándolo de arriba abajo severamente:

—No acostumbro esos que Ud. llama *trapicheos*; y hágame el favor de no volverme a hablar en semejante tono.

A pesar de esta áspera lección de ascetismo, no se interrumpió la buena amistad entre García Moreno y Palma, que charlaban en aquellas semanas todas las tardes sobre literatura castellana y francesa.

Ahora, en vísperas del rompimiento del Perú con España, lo volvía a ver en Guayaquil y en condición muy distinta. Estaba de Presidente del Ecuador. Acababa de llegar de Quito, con celeridad maravillosa, sin comer ni dormir en todo el largo camino, para sorprender y debelar una insurrección liberal guayaquileña. Ya tenía vencidos a los revolucionarios, a quienes se dispo-

nía a fusilar. Subió a visitar el buque en que Palma venía. Vestía un frac azul abrochado, y empuñaba una lanza en la mano.

—Ud. va sin duda a entrar en la revolución contra Pezet, le dijo a su amigo peruano.

—No, es imposible, le contestó éste. También Ud., don Gabriel, tiene a su Ecuador movido.

—¡Oh! Lo que es aquí, no hay cuidado. Los expedicionarios de Jambelí no me asustan. Mañana mismo habré dado cuenta de ellos.

Me refería Palma que al oírle estas palabras, le pareció reconocer en los claros ojos de su amigo, el incansable lector de Paita, la mirada fría e implacable, de acero pavonado, de los retratos de Felipe II. Tenía delante de sí a un inquisidor, hermano tardío de aquellos cuyos hechos estudiaba en los papeles viejos de Lima.

Como lo preveía García Moreno, Palma, apenas llegado al Perú, se adhirió a la revolución contra el gobierno de Pezet, cuyo primer ministro era su antiguo caudillo, el General Vivanco. Sirvió a las inmediatas órdenes de D. José Gálvez; fué empleado en el Ministerio de éste, cuando, triunfante el movimiento revolucionario, se constituyó la Dictadura y se declaró la guerra a España; y estuvo en el combate del 2 de Mayo en el Callao. La siguiente revolución, contra Prado, lo contó también entre sus voluntarios; y fué secretario privado y persona de la mayor confianza del jefe vencedor en ella, el Coronel Balta, en los sucesivos períodos eleccionarios y presidencial. Estuvo, por consiguiente, muy mezclado en todos los acontecimientos de aquella administración. El fué quien por primera vez puso en contacto al joven escritor don Nicolás de Piérola con Balta, cuyo Ministro de Hacienda debía ser en breve; pues fué Palma quien solicitó de Piérola, poco conocido entonces, la redacción del programa electoral de Balta.

Perteneció al Senado, aunque era muy poco afecto a la elo- cuencia parlamentaria. Hasta la víspera del pronunciamiento de los Gutiérrez, se empeñaba en convencer a Balta de la ne- cesidad de no impedir la ascensión presidencial de Manuel Par- do, y creyó haberlo conseguido.

Después del asesinato de Balta y de la matanza de los Gu- tiérrez, se retiró al pueblecito de Miraflores, que fué su lugar

preferido; y se entregó con ahínco a sus tareas literarias. Don Ricardo fué feliz en todas las épocas de su vida, y aun puede decirse que cuánto es posible en la suerte humana: tuvo ingenio, renombre, salud, buen humor, la holgura indispensable, familia cariñosa y vida larga; pero sus más dichosos años fueron, a no dudarlo, los que pasó en Miraflores de 1879 a 1881. Estaba recién casado; había adquirido una casita de campo, en la que nacieron sus primeros hijos; y se hallaba en la plena fuerza y madurez de su talento. Las *tradiciones* que entonces escribió (de la *Serie Tercera* a la *Octava*), resaltan como las más sazonadas y primorosas. Muchas aparecieron en la *Revista Peruana*, dirigida por don Mariano Felipe Paz Soldán.

La desastrosa guerra con Chile vino a afligirlo y a hacerle perder el fruto de largos trabajos: su biblioteca y sus manuscritos, entre otros su novela histórica, lista para la imprenta, *Los Marañones*. Ya en 1880 había suspendido voluntariamente la polémica continental que suscitó con un estudio sobre el asesinato de Monteagudo, por consideración a Venezuela, que en aquella oportunidad nos ofrecía ayuda diplomática y pertrechos militares. Cuando las tropas chilenas se aproximaron a Lima, algunos amigos de Palma, entre ellos varios oficiales, lo exhortaron a que pusiera en seguridad sus libros y papeles, pues Miraflores quedaba en la segunda línea de defensas de la capital. Ricardo Palma rechazó el consejo:

—Parecería, dijo, que desespero de la victoria en la línea de San Juan y Chorrillos; y en estos momentos la excesivas precauciones son desmoralizadoras y de pésimo ejemplo.

A los cuatro días, perecían totalmente en el saqueo e incendio de Miraflores por el ejército chileno (1), la biblioteca que había reunido con tanto afán y los originales inéditos de varios ensayos históricos y de su mencionada novela *Los Marañones*, cuyo argumento eran las andanzas y fechorías del famoso Lope de Aguirre en los bosques americanos del siglo XVI.

(1) El autor olvida que los restos dispersos del ejército peruano derrotado en Miraflores se refugiaron y continuaron defendiéndose en las casas del balneario de aquel nombre, desde donde fueron desalojadas, después de una porfiada resistencia por el Ejército chileno. Esta lucha en el interior de una población produjo, como era inevitable, perjuicios e incendios de que Chile no puede ser responsable. (N. de la D.)

Tras las amarguras y estrecheces que padeció en la ocupación chilena, estaba a punto, en los primeros días del gobierno de Iglesias, de partir para Buenos Aires, donde le ofrecían en el periodismo lucrativa colocación, cuando su fraternal amigo, el Ministro de Relaciones Exteriores, don José Antonio de Lavalle, lo persuadió a que se encargara de la dirección y reconstitución de la Biblioteca Nacional, enteramente destruída por las tropas chilenas.

Sin más interrupción que su corto viaje a España en 1892, (cuando fué a representar, con gran lucimiento literario, al Perú, en las fiestas del Cuarto Centenario del descubrimiento de América), estuvo Palma al frente de la Biblioteca Nacional por más de veintiocho años. La principió a rehacer sin mayores gastos para el Estado, gracias a sus relaciones con autores extranjeros; y la dirigió hasta 1912, en que fué separado, bajo el primer gobierno de Leguía, con las circunstancias que todos deben recordar en el Perú.

Volvió a pasár sus últimos años en Miraflores. A la salita de su modesto *rancho*, pieza que le servía a la vez de recibimiento, escritorio y biblioteca, acudían en peregrinación todos los viajeros cultos que pasaban por Lima. Era, en efecto, don Ricardo la mejor reliquia de la vieja ciudad virreinal, la imagen de lo pasado, la personificación del Perú histórico. Delgado, con la cara completamente afeitada, la boca burlona, y los ojos risueños a pesar de la senectud y la extrema miopía, se parecía ahora muchísimo a su amado Voltaire, cuyas obras completas y cuyo irónico busto le hacían siempre compañía, colocados, a manera de altar en un estante frontero a su sillón de anciano valetudinario. Lo rodeaban sus hijas ejemplares, la mayor de las cuales, Angélica, distinguidísima literata, le servía de lectora y secretaria. Así se ha extinguido, dulcemente, en quietud enviable, el gran tradicionista peruano.

Hace catorce años, en mi primer libro, que cimentó mi cariñosísima amistad con él, dije que *Palma era nuestro Walter Scott en pequeño*. No me desdigo. Discípulo de Walter Scott fué, lejano si se quiere, pero indudable, por la inspiración arcaica, la efusión de leyendista anticuario, la vena juguetona y optimista, y hasta por las leves inexactitudes de color local y las floridas afecciones de estilo que, a fuer de romántico, a veces se permite.

Pero agregaré (porque de otro modo la descripción peca de incompleta) que si, en nuestra literatura regional peruana, alcanza Palma la significación que en el pasado siglo obtuvieron en las europeas Walter Scott y sus imitadores inmediatos, si es un *Walter Scott criollo* o sea reducido y abreviado, menos formal y compuesto, y en cambio muchísimo más libre, zumbón y satírico que el escocés, empapado—rica y complejo mixtión—de españolismo y volterianismo: es también el Boccaccio del Perú, inferior como artista, sin duda alguna, al italiano, pero tan vario, picresco y deleitable narrador como él; y las *Tradiciones Peruanas* es el *Decamerón* luminoso y ágil de la antigua Lima.

Biarritz, 15 de Noviembre de 1919.

JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO.

(*Mercurio Peruano*)

BIBLIOGRAFIA

Eduardo Barrios.—*El niño que enloqueció de amor.*—Tercer millar.—Santiago, 1920.—1 vol. de 261 págs.

Sería inoficioso hablar de la novela del señor Barrios. Todo el mundo la conoce y admira. Tal vez ninguna otra obra literaria ha alcanzado en estos últimos años un buen éxito tan merecido como halagador. Pero bien merece que llamemos la atención pública sobre un hecho, extraordinario en nuestro país, que augura para las letras nacionales mejores días. En los últimos tiempos se han establecido en Santiago dos casas editoriales que han publicado numerosos libros. Fué la primera *La Minerva*, que, bajo la dirección de don Manuel Guzmán Maturana, lleva publicados más de un medio centenar de libros de las más variadas: textos de enseñanza, reimpresiones de obras clásicas, novelas, colecciones de cuentos, poesía, teatro, historia, etc. La segunda se denomina *Biblioteca Arcadia*. Tiene como Director a don Raúl Simón (César

Cascabel) y como Gerente al reputado librero don Carlos Jorge Nascimento. A más de la reimpresión de la novela del señor Barrios que nos ocupa, la *Biblioteca Arcadia* ha editado un tomo de poesías de Daniel de la Vega, una colección de Cuentos Pascuentes de Ignacio Vives Solar y la primera serie de las regocijadas y espiritualísimas *Crónicas* de César Cascabel y tiene en preparación *Canción*, novela de Barrios y *Cosas de un año atrás*, segunda serie de las *Crónicas* de Cascabel.

Felicitamos a los señores Guzmán Maturana, Simón y Nascimento por su hermosa iniciativa y les deseamos el más cumplido éxito.

X.

René Favarelle—*La réforme administrative par l'autonomie et la responsabilité des fonctions.*—Paris, 1919.—Michel Albin, Editeur.

Es éste un libro que todos nuestros Ministros deberían leer para que pudieran curarnos de todos nuestros males, quiero decir, de

todos nuestros males políticos. Su autor, antiguo funcionario en el Consejo de Estado, abandonó sus labores burocráticas y se dedicó a la industria. Está, de consiguiente, perfectamente capacitado, para comparar y valorizar los procedimientos administrativos del estado con los que emplea la industria privada. Hoy día, el estado no es lo que fué en épocas pasadas. Tenía antes bajo su dirección cierto número de servicios públicos de policía (tómese esta última palabra en su significación más amplia), y como tales servicios estaban en manos de un poder sospechoso y sospechado por los representantes de la nación, éstos trataron, ante todo, de vigilar, de fiscalizar, aun de paralizar un tanto ese temido poder. El estado moderno ha conservado esos antiguos servicios de policía, pero se ha agregado numerosos, enormes servicios industriales que antes de la guerra absorbían un presupuesto de tres mil millones de francos. Y ese presupuesto tan cuantioso, representativo de todos los servicios industriales del estado, está administrado según las mismas reglas de supervigilancia desconfiada y paralizadora que son totalmente inaplicables a explotaciones económicas. Los presupuestos anuales, la unidad y la especialidad del presupuesto, todos esos *idola tribus* de nuestros profesores de Derecho Constitucional, bastarían para llevar a la bancarrota a la industria más sólida. Los presupuestos anuales le impedirían formarse un programa de trabajo de más de un año de duración, constituirse fon-

dos de reserva y preparar amortizaciones. La unidad y la especialidad de los presupuestos harían una extraña confusión de las entradas y los gastos de muchas fábricas diferentes. De allí proviene el espantoso caos de todas las explotaciones fiscales y sus balances que fatalmente arrojan crecidos déficits. Todo lo que se dice en contra del estado industrial, es merecido; pero lo es solamente porque las condiciones en que el estado trabaja lo conducen necesariamente a la bancarrota. Para remediar este mal, que padecemos desde hace tanto tiempo y cada día con más intensidad, pide el autor que el estado abandone esos viejos principios desastrosos y que se asimilen las industrias del estado con las industrias privadas. Pero aquí tropezamos con la política. Esta, conscientemente o no, se esfuerza por mantener el sistema actual que le permite pescar con provecho en aguas turbias. Y cuando se resuelve a industrializar un servicio del estado, cree haberlo obtenido plenamente comprando unas cuantas máquinas de escribir y encerrando al personal en sórdidos locales, estrechos y oscuros. Industrializar es muy diversa cosa. Es, en primer lugar, constituir un capital de explotación que permita hacer reservas y amortizaciones; es, en seguida, instituir un consejo de administración autónomo y responsable, autorizado para elegir un Gerente también responsable y amo de su servicio; es, por último, establecer un presupuesto industrial con contabilidad por partida doble y con balances que a

fin del año manifiesten los déficits y las ganancias. Fuera de estas tres reglas no hay salvación.

H.

Thomas W. F. Gann.—*The Maya Indians of southern Yucatan and northern British Honduras*.—Smithsonian Institution.—Bureau of American Ethnology.—Bulletin 64.—Washington, 1918.

La vasta obra cultural que difunde el Instituto Smithsonian de Washington, se cristaliza en las soberbias publicaciones que, a cargo de distinguidos y competentes hombres de ciencia, son cosechadas por tan benemérita institución.

El último estudio publicado por el Instituto Smithsonian se titula: «*The Maya Indians of Southern Yucatan and Northern British Honduras*» y es debido a la pluma del insigne etnólogo Dr. W. F. Gann.

En esta obra de estudio están admirablemente relatadas las prácticas mortuorias, costumbres sociales, ritos religiosos, agricultura, sociología, y demás actividades de los indios Mayas, sobre los cuales muy poco o más bien dicho, nada se había escrito todavía.

Los indios Mayas disminuyen notablemente y, en la actualidad, sólo son unos 10,000, comprendidos en un territorio vastísimo. Sapper estimaba en 1895 que en Santa Cruz solamente había alrededor de 8 a 10,000 indios; ahora allí sólo existen unos 5,000.

El norte y oeste de Honduras Británicas contiene de 5 a 6,000 indios; lo que no es mucho decir, pues, hasta no hace muchos años, su población pasaba de 10,000 indios según otros cronistas.

Por esto es doblemente interesante el estudio de una raza que, día a día va extinguéndose, por obra de las emigraciones, o bien por las iniquidades de que son víctimas de los blancos inescrupulosos.

El estudio de estos indios ofrece al investigador un rico manantial de datos etnológicos y arqueológicos; sobre todo en lo que respecta su original alfarería, en la que encontramos curiosos ejemplares, reveladores de un estado cultural bastante desarrollado. Las hermosas ilustraciones que acompañan al trabajo del Dr. Gann, ayudan poderosamente al estudioso que, por la distancia, no puede comparar esos trabajos con sus similares de otras naciones americanas, para equiparar el grado de adelanto alcanzado en ese interesante ramo de la industria aborigen.

Pero, sin duda alguna, la parte más interesante de la obra que comentamos es la que trata de las prácticas religiosas de los indios Mayas.

Los Mayas erigían hermosos templos a sus ídolos, y en ellos ofrecían sacrificios de ofrendas, y aun hasta mutilándose sangrientamente.

Además, quemaban copal como ofrenda a las divinidades que veían encarnadas en sus toscos ídolos.

Los cronistas antiguos, citados por Gann, corroboran esta afirmación, y transcribiremos la opinión de dos de ellos. El uno dice: «Adoraban unos ídolos hechos de barro a manera de jarrillos y de macetas de albahaca, hechos en ellos de la parte de afuera rostros desmejados, quemaban dentro de éstos una resina llamada *copal*, de gran olor-

Esto lo ofrecían a estos ídolos, y ellos cortaban en muchas partes de sus miembros y ofrecían aquella sangre».

El otro dice: «Usaban de adorar unos jarrillos hechos en ellos rostros desmejados, teniendolos por sus ydolos quemavan dentro y ofrecían una resina llamada *copal* ques como trementina elada, de gran olor, y se cortaban en muchas partes para ofrecer la sangre a aquel ydolo».

Estas curiosas prácticas religiosas eran mantenidas en vigor hasta no hace mucho tiempo, en que la religión cristiana ha empezado a derogar los antiguos usos y prácticas idolátricas de los indios mayas.

También es interesante la parte del estudio del señor Gann que trata de las prácticas sociales de los indios.

El matrimonio de las indias se empieza a desarrollar de los 13 a 15 años; y en los hombres de los 15 a 18, más o menos.

Son muy propensos al alcoholismo, desde tiempos remotos, y ya el cronista español Landa señalaba esta particularidad en sus escritos.

Sus poblaciones son irregulares, y la construcción de sus cabañas muy pobres; viviendo en poblados de mil habitantes más o menos,

En resumen: la obra del señor Gann es muy interesante para los estudiosos, y contiene un riquísimo manantial de datos para los aficionados a los estudios etnológicos y arqueológicos.

RICARDO 2.º LATCHAM.

Alejandro Vicuña.—*Ensayos de Oratoria Sagrada*.—Tomo I.—San-

tiago de Chile.—Imprenta La Ilustración, Calle de la Moneda. Números 855 a 873.—1920.—4.º, 370 págs.

Quisiera hablar aquí de la oratoria sagrada en Chile y considerarla desde el punto literario para decir qué debe a ella nuestra historia literaria. Porque hace ya algunos años, cuando yo estudiaba la vigorosa personalidad del Arzobispo Valdivieso para retratar exactamente lo que fué el espíritu de aquel hombre apasionado y profundamente artero, hube de leer sus discursos sobre oratoria sagrada y compararlos con los otros de su mismo tiempo. Para realizar esa labor, que después he reconocido como harto ingrata y sin provecho alguno, me sirvió en alto grado el grueso volumen publicado por el académico Román en la *Biblioteca de Escritores de Chile* y que se titula *Oradores Sagrados. Selección* (T. X.). Si he de decir la verdad y si he de manifestar sin rodeos el pensamiento íntimo que tengo sobre nuestra oratoria sagrada, entonces como ahora no ha variado, y, por el contrario, la lectura de esta clase de literatura en otros idiomas, me la ha confirmado ampliamente: no vale nada. Es muy ramplona y artificial. En efecto: si hubiéramos de juzgarla en conjunto tendría que decirse que el lugar común es uno de sus defectos; que la prosa altisonante y declamativa es la nota dominante; que el afán a las citas latinas y eruditas es una cabal pedantería, y que la claridad y sobriedad, la primera condición señalada por los preceptistas en este género de elocuencias, es un mito disfrazado con la pompa

y el artificio de una palabrería insopportable. El espíritu de imitación ha entrado allí también en mucha parte. Este juicio es severo y, en mi sentir, sencillamente exacto. Apenas si de él se salvan tres nombres y tres discursos: don Francisco de Paula Taforó, con su *Oración Fúnebre* de don Andrés Bello; don Esteban Muñoz Donoso, con su *Oración Fúnebre* de los héroes de Iquique, y don Mariano Casanova, con su *Oración Fúnebre* de don Manuel Antonio Tocornal. Como se ha visto todo es fúnebre, y no trepido en tildar de fúnebre también, hago excepción del introito de Román, todo el voluminoso libro de su Selección. El asunto de estudiar esta clase de la oratoria chilena es interesante y merece que vuelva sobre él en otra ocasión. Así lo espero. Recientemente, con la publicación del libro de Vicuña esta impresión personal mía ha variado en lo que se refiere a la oratoria sagrada moderna. Vicuña es una excepción y una excepción que alcanza a menguar el tropel de pseudo oradores sagrados que llenan nuestras catedrales e iglesias. Hay en él un orador de verdad y un escritor que no se escuda ni en la vulgaridad (y con la vulgaridad misma pueden hacerse bellas ideas) ni tampoco en la palabrería difusa ni en la erudición estúpida. Es cierto que en cuanto a originalidad habría que hacer algunos reparos, que no es oportuno. Basta sólo apuntar la idea. A diferencia de sus colegas, cuyos discursos ganan en mérito cuando ellos solos los leen, estos otros de Vicuña gustan más cuando uno los saborea y los medita cuidadosamente. De

esta meditación resulta para el autor muchas veces un fallo contrario. Es penoso confesarlo, sin embargo: Vicuña, que es un espíritu amplio, sin sectarismos ni prejuicios, sin fuertes pasiones ni negaciones rotundas, aparece muchas veces en pugna con las corrientes de la hora actual, no porque ellas vayan contra la ley de Dios y ofendan la moral, sino, simplemente, porque no gusta de la más hermosa conquista del alma humana: el desarrollo del libre pensamiento. Una objeción a esta teoría del autor es inoficiosa. Acaso baste oponerle a ella las vastas concepciones morales, intelectuales, filosóficas y hasta biológicas a que se ha llegado por medio del libre pensamiento. Empero, la sinceridad de Vicuña alcanza a salvar este su error. Esa sinceridad da la nota de su oratoria y comunica la unción espiritual a su palabra. Por sobre esa sinceridad está el artista cristiano que no trata de hacer arte y que lo realiza sin quererlo. He aquí un ejemplo: «Recordad una página de la historia. Era un emperador romano. Su palacio era una maravilla del arte; disfrutaba de todos los placeres en que es posible soñar cuando se lleva una corona en la frente. Tenía la gloria y después de humillar a la tierra con el filo de su espada, la gobernaba en medio del bienestar universal. Y, sin embargo, una tarde, cubierto el rostro con sus manos, él lloraba... ¿Por qué ruedan tus lágrimas, emperador omnípotente, cuando nuevas victorias acaban de engrandecer tus dominios e inmortalizar tu nombre? ¡Ah!, replicó, he perdido

este día, porque no he hecho el bien a ninguno de mis vasallos». Esto es de una sobriedad encantadora. Y luego hay allí el melancólico sentir de los días idos que agiganta la visión de los ensueños. Otro ejemplo que parece bíblico: «Un día, a la hora del crepúsculo, subían dos hombres la cumbre de una colina, desde la cual bajaba un torrente que, saltando de cascada en cascada, llegaba finalmente a fertilizar la campiña. En medio del éxtasis que produce la contemplación de un hermoso paisaje, uno de ellos exclamó: Si todo fuese llanura, no gozaríamos de este espectáculo; y sin esta montaña, cuna de esa corriente cristalina, no serían fecundos los campos del valle». Aquí hay un símbolo sencillo y hermoso que representa la imagen de la sociedad. Pero la asociación que siempre da a Vicuña la fuerza de la idea, es superior cuando describe un paisaje con cuatro plumadas: «Hay una hora, en el día, melancólica y solemne: hásé hundido el sol en el mar, como en un vasto sepulcro; las sombras van desplegándose mustiamente por el cielo, la luz se debilita, se apaga, muere. Parece que está el mundo agonizando». Este párrafo recuerda otro de Chateaubriand cuando describe un crepúsculo en el nuevo mundo. A tal encanto y sencillez en la descripción se une todavía el de la prosa que siempre es bíblico, sereno y armonioso. El artista antes que nadie es el que trabaja el discurso, y el filósofo el que labra el pensamiento. Dos grandes cualidades en un escritor, que es orador de verdad, sin afectación, porque es sincero.

GUILLERMO FELIÚ y CRUZ.

Enrique Villamil Concha.—*Vida de don Manuel Blanco Encalada*.—Santiago de Chile.—Imprenta Universitaria, 1919.

4.^o, 339 págs.

La amistad que me une con este autor, con el cual he convivido muchas horas de juventud y de estudio y cuyo último libro he visto nacer en las alternativas inquietantes de su espíritu, no nada entregado a las áridas búsquedas en polvorosos archivos y a las comprobaciones minuciosas de los datos, me han dado la fisonomía intelectual de Villamil y me han comprobado, una vez más, cuánto puede el entusiasmo de una alma juvenil entregada por entero, después de hondas vacilaciones, al esfuerzo tesonero y constante del estudio. En su más alto sentido y en su más justa aspiración, Villamil ha rendido, con su libro, una ofrenda admirativa a un ascendiente ilustre, que fué un hidalgo caballero de duro y heroico solar castellano. Era muy lógico y era ello necesario; hay en eso una satisfacción interior que no es pueril ostentación como no pudo ser tal la de los romanos con el culto de sus lares. La sombra de las sombras que los tiempos proyectan al pasado lejano, descolora la vida de ogaño y pierde el relieve de los hombres: la pátina no respeta ni puede respetar lo que es más caro al afecto histórico del hombre. Pero esa distancia tiene ciertas virtudes cuando el apresurado vivir modifica las costumbres de una época de gentil nobleza y de heroico temple de las almas, las cuales ahora apenas podemos vislumbrarlas por un esfuerzo intenso de la imaginación evocadora. Los hombres de ayer nos parecen nuevos

hoy, como venidos de otro mundo o como arrancados de un sepulcro que cubriera la tierra de diez generaciones. Es tan brusco el contraste. Aquellos pensaban de un modo tan diverso del nuestro; tenían un concepto de vida tan opuesto del que ahora sostenemos; vibraron con ilusiones tan puras y aladas; brillaron en un período que acaso medianamente conocemos por un débil reflejo de la historia, y fundieron, por fin, sus almas en un crisol que ya se ha destruido. Es preciso haber sentido el adorable encanto de otras edades para comprender cómo es de melancólico su eco en la vida atropellada y nerviosa de ahora. La restauración de esas figuras históricas en la hora presente lleva en sí una lección duradera: la de ser hombre y aprender a serlo. No es más. Y Blanco Encalada resume y compendia esa clase de claros varones. A su lado se agita un mundo de pequeñas ambiciones e ingratas intrigas; a su lado también se levantan las almas heroicas como la suya que llevaban la valentía del Quijote, el civismo de don Pedro Crespo, la galantería, fina y atildada de Juan Tenorio, y la caballerosidad de Don Arias, Busto y Sancho. En suma: llevaban el alma castellana. Eso es lo que una vez más, y ya de un modo definitivo, ha venido a demostrarlos Villamil Concha con su libro. Ha venido a decirnos que la personalidad de Blanco Encalada es sencilla; que unas cuantas palabras dan la nota de su larga existencia; que basta penetrarse de su psicología para llegar a comprenderle, y que como hombre era sincero,

desinteresado y heroico, caballeresco y visionario, compasivo y leal; como militar y político, con un alto concepto del honor y una gran adoración de la verdad y persuasivo antes que autoritario en el mando; como funcionario administrativo, puntual y diligente, servicial e íntegro; como hombre de mundo y padre de familia, afectuoso y elegante, franco y leal, delicado y esmerado. Empero, ¿habré de decir que yo le encuentro débil de carácter? Sin duda que todas aquellas cualidades, que hacen de él un tipo original, fueron en desmedro del carácter suyo. Porque Blanco Encalada era fácil de dejarse llevar de los hombres a quienes consideraba tan honrados como él y quienes también creía ver con una sinceridad igual a la suya. También estuvo poseído de una fuerte vanidad. Le faltaba perspicacia y, en cambio, le sobraba espíritu de conciliación: siempre cedia el paso. Es lo que yo he podido inferir de la lectura del libro de Villamil y el concepto que me he formado a medida que en la investigación histórica le he ido conociendo. Es evidente que Villamil, sin embargo, logra dar un matiz nuevo al Almirante. La enorme documentación inédita que presenta en su obra, contribuye a destacar más fuertemente el relieve de su personalidad y logra por ello justificarlo plenamente de algunos cargos que hoy, conocidos con esa documentación, sólo vienen a confirmar el espíritu caballeresco de Blanco. En los primeros capítulos de su libro, las cartas del vencedor del Barón, escritas en su primera edad a los miembros de su familia,

revelan cómo era de sensible el corazón de Blanco y cómo esa sensibilidad aun en los últimos años no fué menguada por la experiencia de la vida. Del mismo modo, la arraigada tendencia al ideal caballeresco, que es su aspecto esencialmente característico, no disminuyó en un ápice con el frío de los años; y viejo y encanecido, cuando la guerra con España, sintiendo su orgullo y su vanidad heridos, Blanco reta a singular combate al jefe de la Escuadra de Isabel. Pero por sobre todas esas gentilezas y por sobre todas las modalidades del clásico hidalgo, hay un patriota y un gran patrício. Villamil prueba eso hasta la evidencia: le bastan sólo los documentos. Es, sin embargo, de lamentar, que en el estudio de la campaña del 37, Villamil no haya ahondado la investigación; si es ese un punto espinoso y capital en la vida de Blanco ¿por qué el autor no lo estudió con detención? Se dirá que presenta documentos nuevos; pero eso no basta. También falta un retrato moral de Blanco, aun cuando ya ese retrato lo haya trazado la pluma del Dr. Orrego Luco. Pero así y todo, Villamil ha prestado con su libro un útil servicio a la historiografía nacional.

GUILLERMO FELIÚ y CRUZ.

Rafael Poblete M.—*Monografía de los Generales que actuaron como Comandantes Superiores del Ejército y como Jefes de Estado Mayor en la campaña de 1879-1883.*—Santiago, 1920.—1 vol. de VIII+139 págs.

Este libro, en mi sentir, es un

alegato vehemente, esforzado, a las veces elocuente; pero no es una obra histórica. Ha sido escrito para comprobar una tesis, no para descubrir la verdad. No importan mis palabras un reproche a su autor. Nada más distante de mi espíritu. Creo, por el contrario, que sentimientos muy altos y muy humanos perturbaron y extraviaron su criterio. Le ocurrió lo que fatalmente tenía que ocurrirle, lo que siempre ocurre a todos los que escriben historia con ideas preconcebidas. Oficial joven, inteligente, lleno de entusiasmo por el prestigio de su nobilísima carrera, estaba íntimamente persuadido de que era falsa de toda falsedad la opinión de los que afirmaban que el elemento militar de profesión no había estado durante la guerra del Pacífico, por falta de preparación técnica, a la altura de su misión, lo que había hecho indispensable la internación, en negocios de índole puramente militar, de elementos civiles. Con esta idea fija, estudió los hechos y en ellos creyó encontrar la más amplia confirmación de su manera de pensar. No podía ser de otra manera. Cuando a los hechos se recurre, no para conocerlos, sino para buscar en ellos la confirmación de ideas preconcebidas y ya fuertemente arraigadas, el espíritu se autosugestiona y con la mejor buena fe del mundo sólo ve los que favorecen la tesis que se quiere demostrar. De los demás, se prescinde, cuando no se les tortura para hacerles decir lo que se desea que digan.

Por eso decía al comenzar que no era éste un libro de historia, sino un alegato. Pero con ser tal,

es un libro útil, como que en él se plantea un problema (en forma incompleta y unilateral, cierto es), un problema que se ha discutido muchas veces sin que hasta ahora haya alcanzado solución. De él no podrá prescindirse cuando en definitiva se juzgue y falle ese problema.

¿Y cuál será ese fallo? Imposible decirlo por ahora con certeza. No estará, sin embargo, en mi sentir, muy distante del que, con rara altura de miras, expresó, en lo más agrio de la lucha entre cocalones y militares, uno de los civiles que mayor intervención tuvo en la guerra del Pacífico y por el cual parece tener el señor Poblete, probablemente porque no lo conoce bastante, muy escasas simpatías

«Yo no me desespero, ni se me ocurre hacer la paz, escribía el 23 de Marzo de 1880 don Domingo Santa María a su amigo don José Victorino Lastarria, por los desaciertos que se cometan o puedan cometerse, aun cuando esos desaciertos me lleven muchas veces la sangre a la cabeza. Es menester no olvidar jamás que los pueblos americanos no tienen escuela militar, que carecemos de hombres y de elementos y que en nuestros hechos entregamos mucho a lo que se llama la suerte o el acaso. Pero no es culpa nuestra ser así, puesto que ayer no más hemos comenzado una vida independiente, bien que tempestuosa, sin que se nos haya enseñado a pelear de otra manera que como pelearon Bolívar, San Martín, O'Higgins, Freire, Bulnes etc. Peleamos conservando la fisonomía de nuestra razas y de nuestros pueblos, y sin poder tampoco

cambiar la fisonomía de nuestros lugares, que en ocasiones presentan dificultades mayores que los ejércitos enemigos mismos.

Como nada elaboramos y nada tenemos, es natural que carezcamos de muchas cosas necesarias para el servicio regular de un ejército. Y esta carencia de cosas y de hombres llegó a ser mayor en Chile porque todos creímos, y no sin razón, que el militarismo era un peligro y un amago constante contra la libertad que servíamos.

Obligados hoy a combatir repentinamente, nos hemos encontrado faltos, no sólo de elementos bélicos, sino de manos diestras que supieran gobernarlos. Sólo una cosa habíamos conservado intacta: el corazón chileno; pero impetuoso, irreflexivo y hasta petulante. De aquí que hayamos dado malones y no batallas esplendorosas. Pero con estos malones, en que el valor personal ha sido todo, hemos dominado al Perú y a Bolivia, nos hemos apoderado de todo el litoral boliviano, de todo el departamento peruano de Tarapacá y nos apoderaremos aunque sea con quebrantos y por medio de asaltos araucanos— de Moquegua, Tacna y Arica.

No me disimulo ninguna de nuestras faltas, no desconozco la impericia de nuestros jefes y no se me ocultan todas las dificultades con que habremos de luchar; pero, a pesar de todo esto y mucho más, y a pesar de nuestras miserias interiores, que nunca serán pocas sino muchas, porque en todas partes se cuecen habas y en mi casa a calderadas, Chile será la primera república sudamericana por su poder, por su riqueza, por su ilustra-

ción; por su progreso material y por su fuerza moral. No lo dude Ud., mi querido don Victorino. La guerra actual ha tomado tales proporciones que no podemos darle un tijeretazo para cortarla donde mejor nos plazca. Hoy, resueltamente, tenemos que acentuar el dominio de Chile hasta Camarones, y hasta allí llevaremos nuestra organización política y nuestro sistema administrativo, de manera que esos lugares no tengan en adelante, otra fisonomía que la chilena. Bolivia habrá de reventar. O muere estrangulada y se descuartiza, o viene a nosotros a pedirnos que le aseguremos una espaciosa puerta de calle.

El Perú, es la suerte que le cabe, servirá de provechosa lección a todas las demás repúblicas sudamericanas. Está pagando su corrupción de siglos.

En estos momentos tengo fastidios inmensos. La *Unión* se nos ha escapado de Arica, y nuestro Ejército que ha desembarcado en Ilo, no marcha con la rapidez que debiera. Todo esto es una fatalidad y una contrariedad que acusa nuestra impericia marítima y militar; pero no obstante esto, tengo fe en que el desenlace nos será glorioso.

Parécenos que esta opinión es la verdadera, la que a todos hace justicia, la que en definitiva, cuando las pasiones pasen, prevalecerá y consagrará la historia.

H. S.

Angel Moreno Guevara, capitán.—*Historia Militar de la Expedición Libertadora al Perú en 1820.*—Santiago de Chile.—Imprenta del Ministerio de la Guerra, 1920.

4.º, 207 págs. y varios planos.

Hay en las páginas de este libro un justo y fundado ideal y hay también una legítima aspiración nacionalista. Moreno ha reclamado para Chile toda la gloria y toda magnitud de ese esfuerzo gigantesco de la Expedición Libertadora del Perú. Ese triunfo nos pertenece nos ha dicho, porque en él pusimos el alma de la raza. Surgió la idea, es cierto, en la mente de un argentino, del General San Martín, y sin embargo, la realización fué nuestra, absolutamente nuestra. Pusimos a prueba entonces la abnegación y el entusiasmo; y de la patria, esquilmando y empobrecida y agobiada por la carga de una guerra de quince años, sacaron O'Higgins y Zenteno, del corazón desgarrado de la tierra que ya de suyo no podía producir nada, y nada más, un ejército y una escuadra, que antes que realidad pudo parecer la visión de estupendos soñadores. Fué el patriotismo, recogido en el delirante histerismo de su gloria, lo que dió forma a la concepción maravillosa del General San Martín; fué el templo de acero y la constancia heroica de dos almas también heroicas, la de O'Higgins y Zenteno, las que pudieron coronar aquella atrevida y soberbia empresa; fué en suma, el esfuerzo colectivo del chileno, hambriento y miserable, con sus campos talados y su familia dividida, el que se lanzó tras la aventura de la gloria... Esa obra de esfuerzo nos pertenece, y en parte muy exigua la comparten los argentinos. Nos dieron tres mil hombres del ejército de los Andes y nos hicieron promesas. Ese fué todo el acervo argentino en la campaña.

Recuérdese, sin embargo, que el hombre que había de dirigir esa empresa era argentino; recuérdese que ese mismo hombre hubo de renunciar el cargo de General de los ejércitos argentinos y que los caudales prometidos por el Gobierno de Buenos Aires jamás pudieron obtenerse. Ese mismo Gobierno pareció dudar ante la grandiosidad del sacrificio. Hubo un instante en que quiso desentenderse del proyecto, y San Martín dimitió su cargo. Es verdad que Pueyrredón fué autorizado para levantar un empréstito forzoso. Pero la Argentina luchaba entonces con dos factores siniestros: la convulsión interior, que obligó al Gobierno a llamar a San Martín con el ejército argentino y que ocasionó la desobediencia de aquel jefe; y también el temor a la expedición conquistadora que a la sazón se alistaba en Cádiz. Fué por eso que en la Escuadra Libertadora sólo un buque, una pequeña fragata, izaba el pabellón argentino. No había más que ese buque, esos tres mil hombres y ese General que fueran los representantes del argentinismo sentimental pregonado por Mitre y por Vicente Fidel López. En cambio, todo era chileno: cuatro mil hombres, una caja formada a costa de dolorosos sacrificios, armas y pertrechos fundidos en las maestranzas nacionales y buques capturados uno a uno a los mismos españoles. Los resulta-

dos de esa expedición también nos pertenecen. Moreno los ha estudiado desde el punto de vista militar, pero los factores políticos que en ellos intervinieron no los ha podido desligar. Tampoco podemos apreciar este libro con un criterio crítico militar. En este orden puede haber tantas opiniones como criterios estudien el asunto. Sin embargo, las observaciones del autor nos parecen siempre acertadas y dignas de atención, especialmente en sus dos primeros capítulos como asimismo en el último. La investigación en todo el curso del estudio se resiente a menudo. Moreno trabaja con materiales de segunda mano y a pesar de ello están muy bien utilizadas las fuentes por él consultadas. Hay que decir todavía, que si esta carencia de materiales nuevos constituye el defecto más esencial de su obra, la exposición que hace del desarrollo de la campaña, puede reputarse como muy verídica. El ojo crítico del narrador, salta a cada paso para presentar al final de cada capítulo, una ojeada de conjunto que, en nuestro sentir, es lo que más vale en su historia por la originalidad y sagacidad para coger lo bueno y malo que tuvo el desarrollo de la campaña. Por otra parte, no debe olvidarse que ahora por primera vez se hace el estudio militar y crítico de la Expedición Libertadora.

GUILLERMO FELIÚ y CRUZ.

más de medio siglo, don José Victorino Lastarria; que, al fin, aquel era su abuelo y éste su nieto biógrafo entusiasta. Así, acaso fué esta circunstancia del cercano parentesco la que hizo ponderar a don Victorino el mérito de la obra educativa realizada por el fervoroso Maestro colonial y la que le llevara también a enaltecer la acción del funcionario público que, a decir verdad, si no en todos, al menos en uno de sus aspectos (el asunto de las minas de Punitaqui) merece un áspero reproche. Pero bien es cierto que así como era de entusiasta su intención de destacar la figura de su claro ascendiente, no tuvo como serio abono su admiración en este ensayo histórico la humildad de la investigación ni tampoco la comprensión desapasionada de lo que había sido efectivamente el espíritu del Catedrático de la Real Universidad de San Felipe. En rigor, el Lastarria que nos había hecho conocer don Victorino era un Lastarria formado por él; quiero decir, idealizado en cierto modo, con proyecciones que nunca tuvo, con cultura extraordinaria en una atmósfera que esterilizaba todo arresto de un alma espiritual, y más que eso todavía, en ese Lastarria había el germen de una reacción contra el sistema colonial. Era mucho decir para un hombre, que si fué un modernizante de viejos hábitos educacionales, no tuvo, no obstante, la plena satisfacción de su libertad interior. Aun en el mismo terreno de la refutación de lo que se le antoja falso y excedido, Sazie ve siempre la realidad: la mide y pude decirse que marca puntualmente hasta donde pudo haber en don

Victorino una falsa interpretación de perspectiva. No hay en esa tarea de revisión de valores viejos acometido por un espíritu joven, virulencias ni asperezas de suficiencia dogmática: refuta en todo con una caballerosidad que ni siquiera toca los lindes del amor propio. Así es que este mismo caudal de investigación quita a su estilo fuerza y elegancia, pero gana con eso su estudio como trabajo de erudición. No compite en estilo he dicho, y ello es verdad; que don Victorino era a la sazón, cuando escribió su ensayo, escritor formado, con sus facultades literarias en pleno florecimiento y con una personalidad inconfundible y lo necesariamente formada. Pero error fuera pretender apreciar el valor del estudio de Sazie desde ese punto. Ni ha sido su intención realizar obra literaria, ni tampoco imitar a don Victorino; habrá que decir, en cambio, que el valor absoluto de su libro reside en la felicidad de la investigación. Ahí está su mérito. Cabalmente, y con plausibles orientaciones hacia un fin más alto en la historia, que no la minusia erudita, Sazie ha dirigido su crítica a poner de relieve los esfuerzos de Lastarria como propulsor en Chile de las ciencias económicas. Esta influencia fué honda en Salas y en Belgrano; los dos aparecen como discípulos suyos, y aun cuando los historiadores la hayan olvidado, don Victorino, sin embargo, lo recordaba, y Sazie ha podido puntualizarla. Hay en eso, junto con otros, que por lo breve del espacio no puedo enunciar, un mérito evidente.

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

INDICE DEL TOMO X

	PÁGS.
Armando Donoso.—Sarmiento y Lastarria.....	5
Manuel J. Othon.—Envío.....	35
Domingo Santa María.—Relaciones de la Iglesia y del Estado.....	36
Máximo Revón.—Edmundo de Goncourt y los miembros de su Academia.....	44
Ernesto Riquelme.—En la rada de Iquique en vísperas del 21 de Mayo.....	55
Hernán Castro N.—Acerca de la creación de un registro de guardadores de menores.....	57
Paulino Alfonso, Anselmo Blanlot Holley, Abdón Cifuentes, Ricardo Dávila Silva, Joaquín Díaz Garcés, Alberto Edwards, Iris, Amanda Labarca Hubertson, Juan Enrique Lagarrigue, Ricardo Montaner Bello, Adela Rodríguez de Rivadeneira, Alcibiades Roldán, Carlos Silva Vildósola, Guillermo Subercaseaux, Emilio Vaisse (Omer Emeth) y Alejandro Vicuña Pérez.—¿Es conveniente en Chile conceder a las mujeres el derecho de sufragio?.....	62
Francisco Echaurren Huidobro.—Como fuí nombrado Ministro de Guerra y Marina en 1868.....	80
Alfonso Preciado.—La generación espontánea.....	83
Notas y Documentos.—(Amado Nervo, Morfina, cocaína y opio.— Pompeyo Gener, El grammaticalismo)......	97
Bibliografía.—Armando Donoso, Un hombre libre, Rafael Barrett.—Emilio Rodríguez Mendoza, En horas de inquietud.—Eduardo de Salterain Herrera, Cartas fundamentales.—José María Cifuentes, Las Municipalidades en Chile.—Máximo del Campo, El Conflicto del Pacífico.	103
Domingo Amunátegui Solar.—Leyes Orgánicas de la Universidad de Chile.....	113

Ismael Valdés Vergara.—Carta a mis hijos.....	120
Guillermo Muñoz Medina.—La zarzuela española (conclusión).....	122
Alfredo Andueza.—Los vicios de la democracia	130
Carmen Gana de Blanco.—En la corte de Napoleón III.....	148
Agustín López A.—El jardinero.....	151
Eduardo de la Barra.—Reforma radical de la acentuación castellana.	154
Domingo Santa María.—Cómo se hizo la alianza liberal-conservadora de 1858.....	156
Máximo Revón.—Edmundo de Goncourt y los miembros de su Academia (conclusión).....	165
Alfonso Preciado.—La generación espontánea (conclusión).....	177
Guillermo Rojas Carrasco.—La filosofía de Tomás Carlyle.....	183
Notas y Documentos.—Bachiller Alcañices, La novela de Cervantes La Tía fingida.—Dr. Guelpa, Gimnástica Visceral.—A. T'Serstevens, La superstición del pasado	195
Bibliografía.—Angel Ganivet, Epistolario.—Adolfo Rodríguez y Martínez, La reata del camino.—Rodolfo Lenz, Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile.—Ignacio Santa María, Guerra del Pacífico.—José Montero, Pereda.—Rodolfo Schreiter, Sepulturas antiguas en los valles calchaquíes.—Williams Belmont Parker, Chileans of to day.—Miguel A. Varas Velásquez, Correspondencia de don Antonio Varas con el Almirante Blanco Encalada.—Luis Marquet, La continuité de la vie sociale.—Santiago Marín Vicuña, La división comunal de la República.....	202
A. Cabero, Una opinión discordante acerca de las causas de la baja nupcialidad y de la alta natalidad ilegítima en Chile.....	225
Gabriel E. Muñoz.—La muerte de Pan.....	236
Nicolás Segur.—La evolución de la novela.....	239
Alejandro Bertrand.—El ambiente científico en la América latina. Un esfuerzo para fomentarlo en Chile.....	246
Félix de Alzaga.—Esfuerzo del Gobierno argentino para contratar los servicios de Lord Cochrane.....	258
Arturo Orgaz.—Enciclopedia Jurídica	262
Víctor Alfonso.—El paisaje del sur de Chile.....	269
Luis Salinas Vega.—Tentativas de Chile en 1871, para separar a Bolivia de la alianza peruana	277
Guillermo Rojas Carrasco.—La filosofía de Tomás Carlyle (Conclusión).....	288
José de la Riva Agüero.—Don Ricardo Palma.....	308
Bibliografía.—Eduardo Barrios, El niño que enloqueció de amor.—René Favareille, La réforme administrative par l'autonomie et la responsabilité des fonctions.—Thomas W. F. Gann, The Maya Indians.—Alejandro Vicuña, Ensayos de oratoria	

sagrada.—Enrique Villamil Concha, <i>Vida de don Manuel Blanco Encalada</i> .—Rafael Poblete M., <i>Monografía de los generales que actuaron en la guerra del Pacífico</i> .—Angel Moreno Guevara, <i>Historia Militar de la Expedición Libertadora al Perú en 1820</i>	326
José Ignacio Zenteno.—Expedición libertadora del Perú salida del puerto de Valparaíso el 20 de Agosto de 1820, año décimo de la libertad.....	337
Eliodoro Astorquiza. — Don Alberto Blest Gana	345
L. P. Dubois. — Dos preeminencias que deben tener los Ministros de Hacienda.....	371
Ernesto de la Cruz.—Un hermano de Santa Teresa de Jesús en Chile	377
Américo Castro.—Don Federico Hanssen.....	382
Jorge González B.—Poema de la noche.....	389
Luis Aráquistain.—Los escritores y la política.....	390
Aníbal Pinto.—La captura del trasporte «Rimac» en 1879.....	395
Antonio Tagle G.—Don Mariano José de Larra.....	397
M. Henríquez U.—El ocaso del dogmatismo literario.....	425
Notas y Documentos.—General Debene, El reclutamiento de los oficiales en Francia.—Jorge Gustavo Silva, El periodismo contemporáneo.—R. H. F., Lo que costaban los artículos de consumo diario en Santiago en 1691. — Alejandro Silva de la Fuente, ¿Voto secreto o público?.....	430
Bibliografía.—Dr. Cabanès, <i>Moeurs intimes du passé. 5.^e serie</i> .—Clemente Pérez Valdés, Comentario sobre el proyecto de reforma de la ley de matrimonio y registro civil.—Oficina Central de Estadística, Estadística del avalúo de la propiedad raíz en la Repùblica de Chile.—Joseph Byrne Lockney, <i>Panamericanism, its beginnings</i> .—Enrique Vergara R., <i>Geografía postal y telegráfica de Chile</i> .—Ramiro de Maetzu, <i>La crisis del humanismo</i> .—Eugenio M. de Hostos, <i>Moral social</i>	441
Augusto Orrego Luco.—El 18 de Septiembre de 1810.....	449
Gabriel Zendegui.—Cuesta arriba.....	471
Guillermo Epple Sch.—El monopolio del seguro por el Estado en Chile.....	472
Eça de Queiroz.—Los cuatro partidos políticos.....	502
Moisés Amaral.—La visita a los enfermos	505
Luis Norvins.—Los multimillonarios y los anarquistas en Estados Unidos	516
Luis Rodríguez Embil.—El dadaísmo y nuestra época.....	522
Exequiel Zavala B.—El primer diplomático acreditado ante el Gobierno de Chile: el Doctor don Antonio Alvarez de Jonte.....	528

Notas y Documentos.—Angel Moreno Guevara, A propósito de una nota bibliográfica.—Federico Calvo, El gérmen del cáncer ha sido evidenciado. No se sabe si es animal o vegetal.—X. —¿Está condenado a desaparecer el acorazado?	542
Bibliografía. — Pierre Janet, <i>Les médications psychologiques</i> .— La Constitution de l'Empire Allemand du 11 de Août de 1919. —Temístocles Conejeros, El poder ejecutivo en nuestra Constitución Política.—Rodolfo Lenz, La oración y sus partes.—Domingo Amunátegui Solar, Bosquejo histórico de la literatura chilena.—Tomás Thayer Ojeda, Apuntes para la historia económica y social durante el primer período de la conquista de Chile.—Lorenzo Sazié Herrera, don Mignel José Lastarria....	549

